MERCHE DIOLCH

DESEO QUE ME RECUERDES



Copyright

EDICIONES KIWI, 2022
info@grupoedicioneskiwi.com
www.grupoedicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, octubre 2022

© 2022 Merche Diolch
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Paola C. Álvarez

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright
- Nota del Editor

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo
Agradecimientos

A Juan y Gaby.
Siempre en mis recuerdos.

«…Seguimos con la vida que a los dos nos recetaron…».

Durante una mirada
La Oreja de Van Gogh

Prólogo

El timbre del teléfono se repetía en el silencio del pasillo de la enorme casa mientras reclamaba atención. Un sonido incesante que se reiniciaba una y otra vez cuando la compañía telefónica cortaba la llamada al haber excedido el tiempo sin que se descolgara.

La paciencia o la urgencia de la persona que estaba al otro lado de la línea hacía que volviera a dar a la tecla de rellamada mientras ponía los ojos en blanco y murmuraba un sinfín de improperios a la espera de que alguien la atendiera. Sin pensar, golpeó la blanca y algo desgastada pared del establecimiento al mismo tiempo que un relámpago de dolor le atravesaba el brazo.

—Francesca…

—Estoy bien —indicó, aunque su tono de voz contradecía sus palabras. Su autolesión y el sonido sin respuesta del teléfono más que preocuparla, la enfadaban.

Por no añadir que el ver cómo los clientes del autobús, que acababa de detenerse delante de la puerta de la heladería, se amontonaban en el mostrador para pedir algo refrescante, no la ayudaba para mantener su paz interior. Ese estado que había escuchado en multitud de programas de autoayuda o pódcast de la misma temática y que a ella no le servían de nada.

«Esta llamada es muy importante», se repitió mentalmente, e hizo un movimiento con la mano para que esperaran.

Todos los que allí se encontraban la ignoraron. Incluso Giovanni, su marido, que tenía la cabeza agachada tratando de averiguar qué sabor quería uno de esos turistas que no debía ser italiano por la de gestos que realizaban ambos hombres para comunicarse.

—Un segundo… —indicó, y esta vez marcó completo el número de teléfono, por si la tecla de rellamada no funcionaba. Buscó algo con lo que abanicarse y tomó una vieja revista de corazón que comenzó a mover de lado a lado en un vano intento de alejar el calor que hacía ese día.

—Francesca, deja el teléfono ya y ayúdame —le pidió su marido, emitiendo un fuerte bufido de cansancio al mismo tiempo.

—Ahora voy, Giovanni —le dijo, y escuchó un nuevo gruñido por su parte, pero no cedió. Le dio la espalda y fijó los negros ojos en el teléfono que tenían en el local.

Colgó…, una vez más, y despacio, muy despacio, pulsó las teclas.

—Venga, Anna. Descuelga… —rezó en voz alta, sabiendo que era imposible que su amiga la escuchara.

—Llámala al móvil —Giovanni le sugirió.

Ella lo miró por encima del hombro y le soltó alzando la voz:

—¿Qué te crees, que no lo he hecho ya? Sabes que la cobertura va y viene por esa zona. —Colgó el auricular con fuerza y se pasó la mano por el cabello rizado—. Estoy llamando a la casa grande…

El hombre arrugó el ceño mientras le daba un cucurucho con dos bolas de helado a otro turista que charlaba con una chica joven, y comentó sin mirarla:

—Es imposible que te atiendan. Han comenzado con la recolección. —Tomó las monedas que le daba el extranjero y abrió la caja registradora, que no estaba lejos de donde se encontraba su esposa—. Déjalo y ya avisarás luego a Anna —le indicó.

—Lo intento una vez más —señaló, y se volvió otra vez hacia el teléfono—. Rosa tiene que

estar.

—En la cocina. En el otro lado de la casa —comentó Giovanni, y tomó la cuchara con la que servía los helados.

—Una vez más —repitió Francesca, y marcó.

Golpeó con la uña la pintura blanca de la pared y contó cada tono de la llamada, hasta que se hizo el silencio. Creyó que se había cortado de nuevo, cuando escuchó la voz áspera de una mujer:

—¡*Pronto*…!

—Ahh…, Rosa…

—Francesca, ¿eres tú, mi niña? —preguntó la mujer mayor, algo angustiada ante el apremio de la amiga de su nieta.

—Sí, Rosa. Soy Francesca.

—¿Ocurre algo? —insistió preocupada.

—Nada, nada… —le dijo, aunque eso no era del todo cierto—. Anna… Tengo que hablar con Anna. ¿Está?

La mujer mayor negó con la cabeza, pero, al darse cuenta de que la otra no podía verla, contestó:

—No, está en el campo.

—*Nonna*[1]…, ¿qué ocurre? —preguntó una mujer joven que acababa de aparecer por la puerta del gran caserío. Se acercó a ella, con mirada curiosa, mientras trataba de limpiarse el sudor del cuello con un viejo pañuelo.

La anciana se volvió hacia su nieta y le ofreció una sonrisa de bienvenida.

—Acaba de llegar —informó a su interlocutora, y se apartó el auricular de la oreja, que ofreció a su nieta—. Es Francesca. Está muy alterada.

La recién llegada frunció el ceño y tomó el teléfono.

—Franny, ¿estás bien? ¿Ha sucedido algo?

La heladera soltó el aire que retenía su enorme cuerpo al escuchar la voz de su amiga.

—Sí, sí… Tranquila.

—Francesca…

—¡Espera, Giovanni! —gritó, dejando sorda a su amiga, que se apartó automáticamente el auricular de la oreja—. Es Anna. Ya está al teléfono.

Su esposo gruñó y prosiguió atendiendo a los clientes.

—¿Franny? ¿Qué pasa? ¿Estáis bien? ¿Nico está bien?

—Sí, sí… El niño está en la escuela —respondió con rapidez a su amiga cuando notó su preocupación.

—¿Entonces? —Anna miró a Rosa, que la observaba con el ceño fruncido, intranquila—. *Nonna* ha dicho que era urgente y que…

—Y es urgente —la cortó—. No sabes lo que ha sucedido hoy. —Puso los ojos en blanco y suspiró—. Nadie esperaría lo que ha sucedido hoy —repitió.

—Franny, tengo mucho trabajo. Si eso, ya me lo cuentas cuando nos veamos —le indicó, alzando las cejas hacia la mujer mayor, que comenzó a relajarse al ver la actitud de su nieta.

—¿Uno de sus cotilleos? —susurró buscando confirmación.

Anna tapó la zona del auricular, por donde podía escucharla su amiga, y le aclaró a su *nonna*:

—Eso parece. Giovanni debe estar a punto de quitarle el teléfono…

—Anna, ¿me estás escuchando? —le preguntó Francesca, casi recriminándola, porque sabía

que no le estaba haciendo caso.

—Sí, sí…, pero, Franny, ya te he dicho que tengo mucho trabajo todavía y…

—Carlo ha vuelto —la cortó de golpe, dejándola callada.

Un silencio sepulcral atravesó la línea telefónica mientras la mano de Anna, que sostenía el teléfono, agarraba el aparato con fuerza y buscaba instintivamente apoyarse en la pared de esa vieja casa.

—Anna… —la llamó Rosa al ver su cara—. ¿Estás bien? —La joven no respondió a la pregunta, por lo que la mujer decidió quitarle el teléfono que, por el color blanco de sus nudillos, podía suponer que le iba a costar. No fue así—. Francesca… —llamó a la amiga de su nieta.

—¿Rosa? ¿Y Anna? ¿Está bien? —soltó la joven un batallón de preguntas alarmada, cuando escuchó la voz de esta.

—No. —No pudo mentirle. El rostro de su nieta había cambiado y no reaccionaba—. ¿Qué le has dicho?

Francesca se mordió el labio y miró a su marido, que seguía preparando helados.

—Rosa, no sé si debería…

—Francesca, dime qué le has dicho a Ana —le exigió saber.

La mujer escuchó un suspiro profundo y temió lo peor. Sus huesos se lo decían. Su corazón lo sabía. Todo esto no presagiaba nada bueno.

—Carlo…

1 Abuela.

Capítulo 1

Hay recuerdos muy presentes…

Hace unos años.

—Anna, cariño, ¿me estás escuchando?

La joven, que estaba sentada a la mesa de la cocina con un colacao entre las manos, donde el mantel de cuadros rojos y blancos destacaba sobre el resto de los muebles de madera envejecida, pestañeó varias veces seguidas al escuchar la voz de su *nonna*.

—Sí, claro —dijo, aunque las dos sabían que eso no era cierto.

La mujer puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. Recogió el plato que había puesto con magdalenas caseras para que su nieta desayunara, pero que esta no había tocado, y comentó:

—Estás más tiempo soñando que con los pies en la tierra.

—Pero son sueños terrenales, *nonna* —indicó Anna con una gran sonrisa que le arrancó una carcajada.

—¿No estarás pensando en la sorpresa de Carlo?

Anna levantó la cabeza de golpe y miró a su abuela, que le daba la espalda en ese instante, al mismo tiempo que su cara enrojecía sin poder evitarlo.

—¿Sorpresa? ¿Qué sorpresa?

La risa cascada de Rosa resonó por la vieja casa. Una vivienda que habían construido sus antepasados con gran esfuerzo y cuyos muros de piedra los resguardaba, mientras observaba el devenir de sus habitantes. Una familia modesta que se dedicaba al cultivo de lavanda, sujetos a los caprichos de la naturaleza, al tiempo y a las malas artes de algunos humanos.

—¿Me vas a decir que el hijo mayor de los Rossi no tiene nada preparado este año por tu cumpleaños?

La cara de Anna se encendió todavía más y sintió que el calor la invadía. De pronto, notó la garganta seca y supo que, aunque bebiera de la leche de la taza, no saciaría la sed que había irrumpido con fuerza. Era nombrar a Carlo y sentir un desasosiego que provocaba que su corazón latiera a mil por hora.

—No sé si habrá preparado algo… —comentó mordiéndose el labio inferior, mientras removía el colacao, que ya comenzaba a ser una pasta oscura nada apetecible.

Rosa observó a su nieta, la misma que había visto nacer hacía ya dieciocho años y que se había quedado huérfana de madre muy pronto. Sonrió con cariño y dio gracias a Dios por permitirla verla crecer sana y fuerte —tan diferente a su delicada madre—, y agradeció que la vida le hubiera dejado estar a su lado, sin perderse ninguna de sus experiencias y descubrimientos. Su primer día en la escuela, su primera caída, su primer amor… y el último, porque Carlo siempre había estado presente. Desde que sus miradas se encontraron a la entrada del colegio y sus manos se unieron para caminar hacia ese destino que desconocían.

Juntos.

Siempre habían estado juntos.

Se limpió las manos arrugadas con un trapo, en las que se reflejaba el duro trabajo que llevaba haciendo desde niña, y se acercó a Anna mientras comprobaba que su delantal estaba bien anudado. Le revolvió el cabello, que llevaba suelto y que sabía que según saliera de la casa

acabaría atrapado en su sempiterna trenza, y le dio un beso en la coronilla antes de acomodarse en la silla que había más próxima a ella.

—No todos los días se cumplen dieciocho años, *farfalla*[2]… y Carlo sabe que hoy es especial.

Anna se encogió de hombros con la vista fija en su ahora nada atractiva bebida.

—Ni siquiera me ha felicitado.

Rosa arrugó, confusa, las cejas.

—¿No te ha llamado? —Negó con la cabeza—. Qué raro… Aunque es verdad que no he escuchado el teléfono a primera hora, pero pensé que había sido porque justo habías hablado con él cuando he ido a por los huevos al gallinero. —Le acarició el cabello—. Ya me he acostumbrado a oír ese estridente sonido al alba.

La joven, aunque sonrió al recordar el grito de su *nonna* el primer día que Carlo decidió despertarla llamando al teléfono de la casa casi al amanecer, negó con la cabeza y se encogió un poco más sobre sí misma, si eso era posible.

—Sí, es raro… —indicó sin apenas voz, lo que hizo que la abuela atrapara su barbilla y la obligara a mirarla.

Fijó sus envejecidos ojos en los azules de su nieta, los mismos que había heredado de su madre, y le preguntó:

—¿Qué está pensando esta cabecita tuya? —Le golpeó la sien y le regaló una dulce sonrisa—. ¿No creerás que se le ha olvidado?

Anna hizo un puchero con la boca y encogió uno de sus hombros.

La sonrisa de Rosa se amplió.

—Eso es imposible, *farfalla*. Ese chico te adora. Besa cada paso que das. —Le acarició la mejilla, para acabar pellizcándole la punta de la nariz, donde destacaban algunas pecas. El sol empezaba a hacer de las suyas y la piel de su nieta, tan blanca como la nieve que siempre había en el pico más alto de los montes Apeninos, a pesar de estar en pleno verano, comenzaba a cobijar esas pequeñas motas que destacarían hasta que adquiriera una tonalidad más oscura. No llegaría a estar morena, como su padre o ella, por culpa del duro trabajo en el campo, pero sí adquiriría un color lo suficientemente oscuro para que esas pequeñas marcas no destacaran tanto y adornaran su piel como si miles de mariposas hubieran caminado por su cuerpo.

Era su pequeña mariposa… a la que adoraba y quería como si fuera su propia hija. La había visto crecer. Había compartido sus risas y sus llantos. La cuidó y ayudó mientras su padre, su hijo, sorteaba sus propios demonios. Esos que lo habían asaltado cuando su esposa, su amada, la mujer de su vida, lo abandonó de la noche a la mañana.

Fue un momento difícil para la familia Santoro.

La tristeza inundó la casa familiar y la sonrisa de Lorenzo se esfumó. Sus ganas de vivir se fueron con la madre de Anna y sus penas acabaron sumergiéndolo en el alcohol.

Si no hubiera sido por su pequeña *farfalla*, Rosa no sabría lo que habría sido de ella misma. La casa, la empresa y la familia… Había que seguir hacia delante y, hasta que Lorenzo no encontró las fuerzas que necesitaba para tomar las riendas de su vida —tardaron algunos años, pero regresó; distinto, pero regresó—, ella fue la que decidió por todos.

La que se encargó de todo.

Y en la vida de Anna, su *nonna* fue mucho más que su abuela.

—Pero no me ha llamado, *nonna*. Quizás… quizás… —comentó sin terminar lo que pensaba.

Rosa apretó la barbilla de su nieta con más fuerza.

—¿No te quiera? —adivinó lo que cruzaba por su joven mente.

Anna asintió con timidez.

La mujer chascó la lengua contra el paladar y negó con la cabeza. Le dio un beso en la mejilla y se levantó de la silla, comprobando de nuevo que su viejo delantal estuviera bien anudado.

—Eso es imposible.

La miró extrañada al escuchar tanta seguridad en sus palabras.

—¿Imposible?

Rosa abrió el grifo del fregadero y, tras meter la verdura que iba a utilizar para hacer la comida, comenzó a limpiarla sin aclarar a su nieta lo que quería decir.

Anna observaba la espalda de su abuela, deseosa de que se explicara, pero, al verse ignorada, se levantó y tomó la taza en la que el colacao ya había espesado el líquido, y se acercó a ella.

Posó la taza en la encimera de madera, donde el paso del tiempo había cambiado el tono claro de su origen a uno más oscuro, y recibió una mirada de reprimenda.

—¿No querrás que la deje ahí? —Señaló el interior de la pila, donde estaban las verduras.

Rosa bufó y retomó su trabajo, no sin antes comentar:

—Pero no te vayas muy lejos, porque en cuanto termine, la friegas.

Anna asintió y observó cómo trabajaba; cómo limpiaba una a una las hojas de las acelgas y de los tomates. Su dedicación sin premura. Sin prisas.

Vio la fuerza de sus oscuras manos, las marcas presentes por el duro trabajo, y comprobó que el paso del tiempo se había asentado en su rostro. Uno más envejecido que no reflejaba la edad que tenía, pero sí la influencia del clima y de sus labores al aire libre.

Su *nonna* no se quejaba… Nunca se quejaba.

Olió su perfume a lavanda, el mismo que inundaba los campos que rodeaban la casa, y se sintió querida, protegida…

Rosa la miró de lado, mientras dejaba la comida sobre un plato, extrañada de encontrarla todavía allí. A su lado.

Lo primero que hacía Anna, nada más terminar de desayunar, era huir a su dormitorio. Se preparaba para la visita de Carlo y luego esperaba nerviosa su llegada.

Pero hoy todavía seguía en la cocina, con su viejo pijama y el cabello revuelto, aunque estaba preciosa. Su niña se había hecho mayor y, aunque los meses de invierno la echaba en falta, sabía que siempre quedaban las vacaciones y algún que otro fin de semana para pasar tiempo con ella. Durante su ausencia, estaba orgullosa porque sus estudios universitarios avanzaban y la veía feliz por estar haciendo lo que le gustaba.

Cerró el grifo, se secó las manos y se giró hacia ella, ofreciéndole una sonrisa.

—¿Qué ocurre?

Anna la abrazó y le dio un beso en la mejilla.

La mujer se extrañó todavía más por su comportamiento impulsivo.

Le apartó los brazos y buscó sus ojos azules, que comenzaban a brillar por las lágrimas que retenían, y siseó tratando de tranquilizarla.

No tardó en ver cómo el agua salada se deslizaba por su rostro y le devolvió el abrazo mientras le acariciaba el cabello.

—Shh…, mi *farfalla*… ¿Qué sucede? ¿No te encuentras bien? —La apartó para mirarla—. ¿Habéis discutido Carlo y tú?

Anna negó con la cabeza, al mismo tiempo que sorbía por la nariz.

—No…

—¿Entonces? —Le apartó el cabello del rostro.

—No es nada… Es solo que… —Encogió de nuevo uno de sus hombros y se calló, sin terminar de aclarar lo que le ocurría.

Rosa sujetó su barbilla y la obligó a mirarla a los ojos. A esos iris grises que habían visto tanto y sabían de todo.

—Anna, me estás preocupando…

La joven la besó de nuevo y se apartó de ella, mientras se limpiaba la cara. Se acercó a la mesa, donde apoyó su trasero, y se cruzó de brazos. Algo rondaba por su mente que la impedía estar alegre por su cumpleaños.

—Anna… —la llamó de nuevo, impregnando a su voz todo el amor que sentía por ella.

La chica suspiró con fuerzas.

—¿Y si ha dejado de quererme? —Rosa no pudo evitar estallar en carcajadas al escuchar la pregunta.

Una risa que cortó de golpe cuando observó su gesto enfurruñado.

—Perdona, perdona… —se disculpó de inmediato, acercándose a ella. Posó las manos en sus brazos y la miró—. Eso es imposible.

—Eso has dicho antes —la cortó, elevando las manos al aire, al mismo tiempo que se alejaba de ella—, pero no entiendo por qué lo dices. Llevamos mucho tiempo separados. Carlo se ha tenido que quedar ayudando a sus padres; y yo, en la universidad… Llevo varios días aquí —golpeó con el pie desnudo el suelo de piedra— y todavía no lo he visto.

—Pero te ha llamado cada día. Incluso más de una vez —le recordó con mucha paciencia—. Ya te explicó que había tenido que salir del pueblo por temas relacionados con su familia, ¿no?

Anna asintió y se cruzó de brazos, sin evitar hacer pucheros con la boca. Estaba siendo de lo más infantil. Lo sabía. Pero le daba miedo… perderlo.

—No sé, *nonna*… —Se pasó la mano por el cabello y dejó caer el brazo a lo largo de su cuerpo sin fuerzas, a continuación. Fue un gesto de lo más impotente—. No me hagas caso. Será el calor… —Se derrumbó sobre una de las sillas que había apartado de la mesa.

Rosa observó cada uno de sus movimientos y, aunque sabía que no debía reírse de sus preocupaciones, no podía evitar sentir por dentro que su nieta estaba haciendo un mundo de una tontería.

Lo único que necesitaba era ver a Carlo. Observar cómo ese chico la adoraba, la quería, la extrañaba…, y todos sus males se evaporarían por arte de magia.

Pero es cierto que todos —incluida ella— hemos pasado por situaciones similares en alguna etapa de nuestra vida. Momentos en los que el mundo parece derrumbarse a nuestro alrededor porque la ausencia de una mirada, de la persona querida, nos duele. Momentos en los que cada uno, a lo largo de nuestra vida, vamos dando la importancia que necesitan las cosas por la experiencia adquirida, y que, en cada época, vamos respondiendo de una u otra forma diferente.

Es por eso, por lo que Rosa, lejos de recriminarle o de quitarle hierro a sus preocupaciones, quiso recordarle lo que ambos tenían. Lo que Carlo y ella poseían.

Se acomodó en una silla cercana, tomó una de sus manos y, tras dibujar las líneas de la palma con delicadeza, comentó:

—¿Quieres saber por qué pienso que es imposible que Carlo deje de quererte?

Anna la miró con interés y no dudó en mover la cabeza de forma afirmativa con velocidad, recibiendo una dulce sonrisa.

—Cuando te escucho decirlo, quiero creerte, *nonna*. Ansío creerte. —Suspiró y cerró los ojos un segundo—. Pero a veces me resulta tan complicado… —Puso los ojos en blanco y torció el

gesto—. Nos conocemos desde hace tanto tiempo…

—Una vida —añadió Rosa, y su nieta asintió de inmediato.

—Y somos tan jóvenes… —comentó pasado un tiempo, perdiendo el brillo que nacía en sus iris celestes cada vez que pensaba o hablaba del joven.

La abuela posó las manos a ambos lados de su cara.

—¿Qué te da miedo, *farfalla*?

Anna observó los ojos grises de su abuela y sintió como los suyos volvían a humedecerse. Parpadeó varias veces con rapidez para evitar que el agua salada se escapara de su cárcel, pero no pudo evitar que una lágrima solitaria se deslizara con lentitud por su mejilla, hasta que los dedos de Rosa la limpiaron.

—En realidad…, no lo sé, *nonna*. —Se encogió de hombros—. ¿Lo puedes entender? Porque yo no. —Se mordió el labio inferior y trató de sonreír, pero fue un gesto que no le llegó a los ojos.

La abuela le golpeó con cariño la zona en la que los dientes arañaban su delicada piel, obligándola a cesar con su martirio.

—Ay, *farfalla*. Si vieras lo que yo veo…

—¿Y qué ves? —preguntó con deseo.

Rosa suspiró y sonrió. Centró su mirada por un segundo en la de su nieta, pero luego desvió la atención a una vieja fotografía que colgaba de la pared, donde se podía ver a una joven pareja de novios.

—El amor —dijo sin más.

Anna torció el morro y se apoyó en el respaldo de la silla. Observó la fotografía en blanco y negro de sus padres en la puerta de una iglesia, para centrarse a continuación en su abuela.

—*Nonna*…

Esta sonrió al percatarse del tono de voz de su nieta. La observó y le agarró una de las manos con cariño.

—Mi pequeña *farfalla*, Carlo y tú habéis nacido para estar juntos. Vuestro mundo gira en torno al otro. No podéis dar un paso sin que uno camine muy cerca…

Anna, aunque sonrió ilusionada al escucharla, un pequeño resquicio de desilusión se asentó en su corazón. No es que no diera importancia a sus palabras. La daba. Pero llevaba mucho tiempo oyendo lo mismo, y creía, esperaba, que el discurso de su *nonna* hubiera cambiado.

A todos nos viene bien que nos regalen los oídos, y más cuando las inseguridades nos acechan, pero lo que Anna necesitaba en ese momento era… era…

Ni siquiera ella sabía lo que necesitaba.

Desde que se había despertado esa mañana, abriendo los ojos mucho antes de la hora a la que Carlo la solía llamar, tenía un mal presentimiento, y le daba miedo que, aunque era su cumpleaños, un día que debía estar lleno de felicidad, sucediera algo malo.

Cuando el teléfono no sonó a la hora de siempre, ya ese presentimiento se acentuó, y comenzó a cargar con una pequeña losa que la ahogaba y le robaba el aire que respiraba.

—*Nonna*, llevo escuchándote decir lo mismo desde hace años, pero… —La mujer arrugó el ceño y apretó con fuerza la mano que sujetaba, lo que provocó que Anna se quejara—. Ay…, me haces daño. —Se deshizo de su agarre y comenzó a mover los dedos, buscando que la sangre volviera a circular con normalidad.

—Mira que eres una exagerada —la recriminó—. ¿No querías que te explicara las cosas?

—Sí. Claro. Pero algo que no haya oído todos los días —le soltó.

Rosa la miró, sopesando sus palabras, y, tras unos segundos en los que el silencio inundó la estancia, empezó a hablar:

—Yo creía que eras una chica lista, por eso de ir a la universidad y que te hayan concedido una beca…

—*Nonna*, no vuelvas con ese tema —se quejó. Siempre que algo no le cuadraba a la mujer, le recordaba sus estudios. Lo hacía de forma recriminatoria, pero las dos sabían que estaba muy orgullosa de sus logros.

—Pero, si necesitas que te explique las cosas como si fueras una niña pequeña… —continuó ignorándola—. Aunque, ahora que lo pienso, hasta los niños son más listos…

—¡*Nonna*! —la llamó indignada, para añadir con rapidez, bajando el tono de voz—: Por favor…

Rosa suspiró, escondiendo una sonrisa complacida.

—El amor, *farfalla* —repitió—. El amor os rodea, os envuelve como un halo místico que no se romperá jamás. Ni siquiera la espada de San Miguel podría fracturarlo.

Anna se rio.

—*Nonna*, con esa espada el ángel acabó con Lucifer.

Le golpeó la punta de la nariz.

—Por eso mismo, niña tonta. —La joven puso cara de indignación, y ella sonrió divertida—. Lo que tenéis es algo mágico, casi milagroso…

—¿Amor? Pero, *nonna*, si hay multitud de parejas por ahí que se quieren —movió la mano en el aire—, ¿cómo puede ser eso algo excepcional?

Rosa atrapó su barbilla y acercó su rostro.

—Porque no todo el mundo tiene el amor verdadero. Ese amor que puede solventar cualquier problema, el que hace que una pareja sienta que puede alcanzar el cielo y evitar hundirse en el infierno. Un amor en el que los dos sois uno, pero con el respeto que supone la individualidad de cada uno. —Anna arrugó confusa las cejas ante ese trabalenguas y la mujer se rio por su gesto—. Mira que ser universitaria y no entenderme…

—*Nonna*… —Le golpeó levemente la mano.

Rosa se rio de nuevo y, mientras negaba con la cabeza, se levantó de la silla.

—Vuestro amor está escrito en el mapa estelar, *farfalla*. Un amor que, si viviéramos en otra época, llenaría las crónicas antiguas. Se cantaría vuestra historia por voz de los trovadores, y nuestros antepasados sabrían cómo matasteis al dragón para ser felices. Siendo, los dos, muy conscientes de cada una de vuestras necesidades, sin que la sombra de cada uno oculte al otro, pero yendo de la mano por este camino tan complicado que es la vida.

Anna se la quedó mirando en silencio, asombrada por su discurso, lo que supuso que tardara en reaccionar. Pero, cuando lo logró, una sonrisa divertida se asomó en su cara. Se acercó a la mujer, que volvía a manipular la verdura, y la abrazó por detrás, apoyando la barbilla sobre uno de sus hombros.

—¿Sabes, *nonna*?

—Umm…

—Todavía me maravilla cómo puedes creer en Dios, los ángeles, las estrellas y en dragones… Todo al mismo tiempo. Don Tommasso no debe aburrirse contigo en vuestras charlas.

Rosa la miró de medio lado.

—El párroco sabe que la vida te enseña a creer en eso y en mucho más, *farfalla*. —Le palmeó con cariño la mejilla—. Ahora, déjame, que debo terminar con esto. —Señaló las acelgas.

Anna le dio un beso justo cuando la voz de su amiga Franny se colaba por las ventanas de la casa. Iba cantando cumpleaños feliz, pero no sabría aclarar bien el tono que usaba.

—¿Esa es Francesca? —preguntó Rosa extrañada.

—O un gato atropellado —dijo, y se rio mientras se dirigía a la entrada principal para abrir la puerta.

2 Mariposa.

Capítulo 2

Las risas y las conversaciones se escuchaban en mitad de la noche, mientras la música buscaba que las pocas parejas que se habían atrevido a lanzarse a la pista de baile danzaran al son de su ritmo. Poco importaba que ninguno fuera un experto o que más de uno estuviera atento a la charla insustancial que compartía con su acompañante. Lo reseñable era que todos habían acudido para celebrar el cumpleaños de Anna y habían terminado, tras una copiosa cena, divirtiéndose sin apenas prestar atención al humor de su anfitriona.

Con una sonrisa impostada, Anna había recibido a los invitados. Tomó sus presentes y, tras simular una felicidad engañosa, sopló las dieciocho velas que descansaban sobre un pastel casero que le había hecho su *nonna*.

No tardó en huir de la vieja casa, en cuanto pensó que su presencia no se echaría en falta.

Amparada por la noche estrellada sin luna y abrigada con un simple pañuelo que había tomado prestado a su querida Franny, caminó esquivando las pocas piedras del sendero que llevaba hasta el viejo árbol, que había enfrente de la casa. Un alma solitaria que brindaba escasa sombra de día, pero la suficiente para que los trabajadores pudieran resguardarse del infernal sol al mediodía.

Una silueta oscura que de noche ofrecía más miedo que cobijo, sobre todo, cuando Anna era apenas una niña que no sabía ni atarse los cordones de los zapatos, y que, cuando fue cumpliendo años, terminó convirtiéndose en su fiel aliado.

Nunca un ser vivo sin raciocinio había sido testigo de las preocupaciones y tristezas de un ser humano, como lo fue ese árbol milenario para Anna.

Compinche de aventuras y desventuras, y de los primeros avances de una relación de amistad que terminó siendo mucho más de lo que sus propios protagonistas esperaban.

Fue el primero que presenció las tímidas caricias que se regalaron Anna y Carlo. El primero que vio cómo el miedo, ante una posible negativa, se convirtió en una felicidad infinita; y el primero y único testigo de cuando los besos y caricias fueron más atrevidas, hasta que la pareja decidió dar el gran paso.

Testigo de las citas románticas y discusiones sonoras que acababan con reconciliaciones que algunos ojos no querrían ni presenciar.

Un árbol… Una vida…

Dos vidas ya escritas.

El silencio envolvió a Anna según se acercaba al árbol y se alejaba de su fiesta. Los sonidos de la naturaleza la arrullaban, como si conocieran de antemano lo que ni ella misma sabía, y, mientras apoyaba la mano sobre la corteza del tronco y posaba su frente sobre esa aspereza, notó que los sentimientos la desbordaban.

Cerró los ojos y unas pocas lágrimas se le escaparon de los párpados.

Debía estar feliz. Era su cumpleaños. Dieciocho años… Una fecha destacable para alguien en su vida, pero, desde esa mañana, un mal presentimiento invadía su corazón, y se había acrecentado a lo largo del día.

Sobre todo, cuando Carlo no apareció.

La espera por verlo, por saber qué era lo que le había impedido realizar su llamada matutina o descubrir eso que lo había llevado a la ciudad, la había tenido distraída. Alejada de todos los

preparativos y de las risas que las bromas de su amiga o su *nonna* le realizaban, buscando alejarla de sus preocupaciones.

Una ardua tarea que apenas había conseguido su cometido.

Anna había esperado que Carlo se presentara junto al resto de invitados, que la sorprendiera con un beso y un regalo, como excusa por su ausencia, pero no había aparecido.

Y sus padres… tampoco sabían nada de él. Incluso desconocían la razón que lo había llevado a ausentarse.

Anna, lejos de preocuparlos, restó importancia a que no se encontrara en la fiesta, e incluso se inventó una disculpa con un supuesto falso aviso, en el que Carlo la había llamado para informarla de su retraso.

Todo para que ellos no se inquietaran, aunque ella misma desconociera dónde estaba o qué realizaba.

Mintió por él, aunque no sabía lo que hacía.

Mintió por Carlo, aunque desconocía dónde se encontraba.

Se preocupó…, aunque podía ser todo mentira.

—¡Mentira! —repitió en voz alta, al mismo tiempo que golpeaba el tronco con el puño y se le escapaba un sollozo que detuvo de improviso.

Se limpió de malos modos la cara, estiró la espalda lo máximo que pudo y fijó sus ojos celestes en el mapa estelar. El verano había comenzado hacía poco, y ella había esperado con su regreso algo muy distinto. Algo totalmente diferente…

Pasar tiempo con su *nonna*, ayudar en la casa, en el campo, pero, sobre todo, estar con Carlo.

—Pero no podía haber empezado de peor forma —comentó, y se abrazó a sí misma cuando sintió un escalofrío.

Se apoyó en el árbol y decidió sentarse entre sus raíces, buscando el cobijo que siempre le había ofrecido. No apartó la mirada de las luces del cielo, pero sí se distanció de lo que sucedía en la casa.

Algo no muy difícil cuando apenas se escuchaba nada, salvo cuando se levantaba el escaso viento que había por la zona y transportaba la música y las risas de los allí reunidos.

Ella debería estar allí… En la casa… En la celebración de su cumpleaños…

Suspiró con fuerza y dejó que los grillos, junto a los aullidos del perro del vecino, se apoderaran de sus preocupaciones. Acabó cerrando los ojos y la tranquilidad de la noche terminó por relajarla. Tanto que incluso podría haber jurado que se quedó dormida, hasta que sintió unos cálidos labios en el cuello.

El susto que se dio fue similar al salto que realizó cuando la despertó Carlo, quien, lejos de mostrar arrepentimiento, se reía por sus actos.

Anna lo miró, parpadeando repetidas veces, por si la engañaban sus ojos o seguía inmersa en un sueño, y cuando se dio cuenta de que Carlo estaba allí y, sobre todo, de que se reía de ella, su enfado regresó multiplicado por mil.

Se incorporó con cuidado, por miedo a enganchar su falda con algunas de las raíces del árbol, y, cuando Carlo le ofreció su ayuda, se apartó con rapidez.

La diversión del joven se esfumó de golpe.

—Anna, ¿estás bien? —le preguntó—. Perdona si te he asustado, pero estabas ahí… —Señaló el lugar que había ocupado segundos antes—. Se te veía tan…

—Sí, estoy bien —lo cortó, y se cruzó de brazos.

Su postura y el tono usado contradecían sus palabras.

Carlo arrugó el ceño y trató de acercarse a ella, pero Anna retrocedió de inmediato, lo que detuvo sus pasos. Escondió las manos en los bolsillos de sus vaqueros oscuros y buscó su mirada azul.

—¿Estás enfadada?

—No.

No pudo evitar sonreír al escuchar su respuesta, lo que provocó que los labios femeninos se arrugaran todavía más.

—¿Seguro? —preguntó, dando un par de pasos hacia delante.

Anna los dio hacia atrás.

—Seguro. No eres tan importante para que tu ausencia me afecte.

—Ahh… —Se apoyó en el tronco del árbol y la miró con suficiencia—. ¿Con que eso es lo que te pasa?

La joven posó sus manos en las caderas y elevó indignada el mentón.

—No sé de qué hablas.

—Venga, Anna… —Se cruzó de brazos y amplió la sonrisa—. Nos conocemos muy bien.

Ella lo miró de arriba abajo, siendo muy consciente de lo atractivo que estaba con esos vaqueros y la camiseta negra que se ajustaba a su cuerpo. Carlo no necesitaba ir al gimnasio para que sus músculos resaltaran. Su trabajo diario, en la hacienda de sus padres, lo mantenía en forma, convirtiéndolo, a sus casi diecinueve años, en el mejor partido del pueblo.

No pudo evitar fijarse en la ridícula perilla pelirroja que se había obcecado en dejarse crecer, porque insistía en que le daba carisma, y ascendió hasta sus verdes iris. Hasta ese bosque sin fin que cambiaba de tonalidad cuando el carácter de su dueño variaba.

A ella siempre le había gustado…, fascinado, cuando aparecía el verde oscuro, porque era cuando una pequeñísima estrella aparecía de la nada junto a la negra pupila.

Y Anna sabía cuándo aparecía.

Ambos lo sabían.

Se conocían muy bien, sus mayores secretos y sueños, y ninguno ignoraba que, cuando ese verde aparecía en sus ojos, un verde tan oscuro como los prados perdidos de la Toscana en pleno invierno, era cuando Carlo la deseaba.

—Estaba preocupada —dijo, y esperó su reacción.

El joven la miró con detenimiento unos segundos, dejando que el silencio hablara por ellos, y acortó la distancia que los separaba con prisa.

Anna hizo amago de alejarse, pero, al final, su orgullo se lo impidió. Arrugó el ceño, pero no apartó sus ojos de los verdes.

—Estás mintiendo… otra vez —le indicó Carlo cuando estuvo a su altura.

Sus miradas estaban más cerca.

Sus respiraciones enredadas.

Y sus aromas… —ella olía a lavanda y él, a hierba recién cortada—, los envolvía.

—Vale. Está bien. —Elevó las manos al aire y las dejó caer a continuación—. Estoy enfadada. ¡¿Ya estás contento?! —le escupió y trató de alejarse, pero Carlo la agarró de la muñeca, reteniéndola.

—Perdona —se disculpó con rapidez.

—No sé por qué te…

—Por ser un zopenco y no haberte felicitado nada más llegar.

La chica suspiró, rendida.

—Carlo, no estoy enfadada por eso… —indicó, y enfrentó su mirada—. Aunque tengo que reconocer que, si hubieras empezado por ese tema, en vez de reírte por haberme asustado…

—Es que tendrías que haber visto el salto que has dado… Ay… ¿Por qué me pegas? —le preguntó mientras se masajeaba el costado.

Anna hizo lo mismo con su mano derecha. Abriendo y cerrando el puño por el golpe que le acababa de propinar.

—Porque eres un bocazas. —Se alejó de él—. Porque deberías haberme llamado, haber aparecido cuando te buscaba, porque era mi cumpleaños… Es mi cumpleaños —se corrigió, elevando el dedo índice, con el que le apuntó—, y no estabas.

Carlo la observó desde la distancia.

—Tienes razón y, por eso, te pido disculpas —indicó, y fue a buscarla, pero Anna se alejó de nuevo de él, lo que provocó que este gruñera de impotencia. Se pasó la mano por su corto cabello y dejó caer el brazo sin fuerzas—. Anna, por favor…

Ella negó con la cabeza.

—No. Necesito tiempo. Estoy muy enfadada contigo… —Sus palabras se quedaron ahogadas en la garganta.

En dos zancadas, que no vio venir, Carlo acortó el espacio que los separaba. Atrapó su cara con ambas manos y posó su boca en los labios femeninos, arrancándole el beso que ansiaba darle desde que la había visto.

Mentira.

El beso que llevaba deseando darle desde su último encuentro. Hacía ya más de quince días.

—Perdona, perdona… —le susurró muy cerca de ella, cuando cesó la caricia y sus respiraciones parecían una sola—. No te enfades, *farfalla*. Ya sabes que no soporto cuando nos enfadamos.

La llamaba como su *nonna*. Con ese calificativo cariñoso que ambos compartían, como un secreto profundo que no querían desvelar a nadie, y que Carlo comenzó a utilizar cuando se quedó obnubilado la primera vez que vio su blanca piel recubierta de numerosas pecas. Cuando supo que su cariño iba más allá de una simple amistad y reconoció, como si acabara de recibir un buen puñetazo en su estómago, que estaba enamorado de su mejor amiga, su compañera, la chica que le había robado el corazón.

Anna apoyó la frente en la de él y suspiró rendida.

—A mí tampoco me gusta que estemos enfadados —coincidió—, pero llevo todo el día intranquila.

—¿Por qué? —Le levantó el rostro y buscó su mirada azul—. ¿Qué te pasa, mi amor? —Le apartó unos mechones castaños de la cara y golpeó con cariño la punta de su nariz—. Dime qué sucede —le rogó.

La joven lo observó y, tras un nuevo suspiro, se separó de él, dándole la espalda.

—Te esperaba…

—Y aquí estoy —le indicó, abrazándola por detrás. Apoyó la barbilla en su hombro y ella se inclinó, buscándolo.

—Pero tarde —le recordó.

Carlo se demoró en responder, pero, cuando lo hizo, la sorprendió.

—He ido a por tu regalo. Bueno…, más bien diría que a por nuestro regalo.

Capítulo 3

—¿Nuestro regalo? —le preguntó, volviéndose hacia él.

El enfado y la melancolía que la habían acompañado hasta hacía unos momentos se evaporaron de golpe, y Carlo no pudo esconder la sonrisa traviesa que apareció en su rostro al escuchar su tono de voz.

Esperaba sorprenderla, y creía que había acertado con lo que lo había llevado hasta la ciudad, aunque el comienzo de su encuentro no había sido el más apropiado.

—Bueno, siempre podemos olvidarlo…

—No. De eso nada —apuntó Anna interrumpiéndolo, y comenzó a hurgar en sus bolsillos.

Carlo se reía mientras se movía, tratando de alejarse de ella, pero siguiéndole el juego.

—¿Se puede saber qué haces?

—Buscar mi regalo —respondió tirando de su cinturón, y este se carcajeó al mismo tiempo que la agarraba de la cintura.

—No lo encontrarás ahí —le indicó cuando sintió una de sus manos en el bolsillo trasero.

Eso la detuvo. Lo miró a los ojos y frunció el ceño.

—¿Dónde? ¿En la casa? —preguntó, pero no esperó la respuesta. Se soltó de su agarre y se encaminó hacia la vieja vivienda.

—Tampoco —comentó Carlo divertido, al verla alejarse para a continuación mirarlo con gesto descolocado.

—¿Tampoco?

Él negó con la cabeza, al mismo tiempo que chascaba la lengua contra el paladar.

La joven se cruzó de brazos y lo observó, confusa.

—Carlo…

—Anna…

Se acercó a él con tiento.

—¿Qué has hecho?

Este se encogió de hombros y la agarró de la mano, hasta que su cuerpo golpeó el suyo. La falda se enredó entre sus piernas, y un gemido de sorpresa se escapó de los labios femeninos.

—Lo que siempre hemos querido.

Ella se apartó para mirarlo mejor a los ojos.

—¿El qué? —preguntó con temor, aunque creía saber la respuesta.

Carlo amplió la sonrisa. Una que le llegó hasta los ojos, iluminando el bosque que se escondía bajo sus párpados.

—He conseguido el trabajo —anunció feliz.

Anna tardó en comprender lo que eso significaba, pero, cuando lo hizo, quiso corresponderle con una sonrisa similar a la de él.

No fue ni por asomo igual.

—¿Has conseguido el trabajo?

Carlo asintió contento, y le dio un beso en los labios.

Ella se llevó las manos a la boca cuando la soltó y Carlo se volvió hacia el océano morado que inundaba el campo. No había ni luz ni luna, y ni las estrellas ofrecían suficiente claridad para vislumbrar el color de la hacienda, pero ambos sabían, porque llevaban toda la vida viviendo allí,

cuál era la gama cromática que abundaba en esas tierras.

El joven puso los brazos en jarras, dándole la espalda, y comentó:

—Por fin podremos hacer realidad nuestros sueños.

Anna se colocó a su lado, observando el mismo paisaje.

—Por fin… —repitió a media voz.

Si Carlo hubiera estado más atento, se habría percatado del estado de Anna.

Si Carlo no hubiera estado pensando en *sus* sueños, habría notado que a Anna esos sueños no la entusiasmaban.

Carlo habría notado que la misma ilusión que a él le desbordaba estaba ausente en ella.

Pero… no fue así.

De pronto, se giró hacia ella y la abrazó con una alegría infinita. *Sus* sueños se hacían realidad.

—Anna, en unos días estaremos lejos de aquí. —La miró a la cara—. ¿No es una gran noticia?

Ella asintió, escondiendo lo que de verdad sentía, y volvió a verse rodeada por los brazos masculinos; por su aroma, el que le era tan familiar; por su calor, el que añoraba cuando estaban lejos; por su energía, la que necesitaba para dar el paso que sabía que debía dar.

Era su sueño. El de ambos. El que llevaban hablando desde hacía años: irse de la Toscana. Irse de Italia.

Marcharse de su hogar.

Llevaban mucho tiempo haciendo planes sobre ello.

Demasiado…

Era algo en lo que los dos estaban de acuerdo y de lo que tanto habían hablado.

Carlo encontraría un trabajo que los ayudaría a sobrevivir al principio, hasta que Anna pudiera compaginar sus estudios a distancia —porque ella tendría que dejar la universidad y estudiar a distancia—, con otro trabajo que hallaría en el lugar donde se trasladarían.

—¿Con quién has hecho la entrevista? ¿Para qué empleo? —le preguntó con miedo de saber la respuesta.

Hacía unos días habían hablado por teléfono de un anuncio en el periódico, donde se solicitaba personal para trabajar en una plataforma petrolífera en el Mar del Norte. Había varios puestos libres en los que apenas se pedía experiencia. Solo se requerían ganas de trabajar bajo condiciones extremas, ser una persona responsable y cumplir con las normas de la empresa, y de la labor que se realizaría.

Era un trabajo difícil y peligroso, por la ubicación donde se llevaría a cabo, pero, sobre todo, complicado para los familiares o acompañantes que se trasladaban con el personal contratado.

Las familias se instalaban en la zona de costa más cercana a la plataforma, pero eso no suponía que estuvieran próximos. Dependiendo de dónde se encontrara la misma, las viviendas podían estar construidas a varios kilómetros de distancia y eso conllevaba pasar demasiado tiempo sin la compañía de los seres queridos.

Anna lo sabía.

Había buscado información sobre ello por internet en cuanto colgó el teléfono a Carlo.

Lo conocía demasiado bien y sabía que, aunque ambos habían estado conversando sobre el asunto sin darle demasiada importancia a la oferta, estaba convencida de que, en cuanto pudiera, Carlo contactaría con los responsables para informarse y, si las condiciones lo convencían, aceptaría.

Estaba deseando marcharse de allí.

Ansiaba alejarse de esa tierra que los había visto nacer a ambos. En la que se habían criado.

Donde se habían conocido…

Lo miró a los ojos y observó ese brillo que hablaba de ilusiones y objetivos.

Se pasó la mano por el cabello castaño y suspiró rendida. No la extrañaba nada —nada— lo que estaba sucediendo.

Tensó la mandíbula, apretó los puños y maldijo a quien fuera que hubiera dejado el periódico sobre la mesa de la cafetería para que Carlo lo encontrara.

«¿Quién leía el periódico en papel en pleno siglo XXI?».

Carlo se volvió hacia ella. Su rostro irradiaba felicidad.

—Llamé a ese anuncio de la plataforma…

—Del Mar del Norte —dijo por él, y este asintió.

—Concertamos una entrevista…

—Hoy —apuntó, recibiendo de nuevo un movimiento afirmativo.

Este se llevó las manos a la cabeza, despeinándose por el camino, y sonrió.

—Anna, ha sido… ha sido… —No encontraba las palabras que definieran correctamente lo que había vivido.

—¿Increíble?

Este elevó los brazos al cielo y giró sobre sus pies.

—Sí, increíble. —Atrapó sus manos y las apretó con fuerza—. No iba con nada en mente. Solo hablé con ellos, me informaron de todo lo concerniente al puesto y con mi experiencia…

—¿Experiencia? —preguntó extrañada. Carlo no había trabajado en la vida, salvo en la hacienda de sus padres, por lo que no sabía a qué se refería.

Este sonrió con satisfacción.

—En el campo. Con los cultivos y llevando el ganado —le explicó, y ella asintió conforme, lo que lo llevó a proseguir con su explicación—: Me ofrecieron un puesto mejor y unas condiciones más favorables. Muy diferentes a lo que esperábamos cuando lo hablamos.

—Deben estar muy desesperados —indicó con una media sonrisa.

Carlo no se percató de lo que podía significar su comentario y prosiguió hablando:

—Quizás. No sé. —Le dio un par de besos en los nudillos—. Anna, tendríamos una casa cerca… —Se calló de pronto—. No me acuerdo del nombre del pueblo. —Negó con la cabeza—. Pero eso no es lo importante.

—Ah, ¿no?

Negó otra vez.

—Para nada.

—¿Y qué es lo importante? —se interesó, dubitativa.

Carlo posó las manos a ambos lados de su cara.

—No tendríamos que hacernos cargo de ningún gasto de la vivienda porque correría a cargo de la empresa. Va incluido en el trabajo —aclaró, y la besó—. ¿A que es una gran noticia?

—Sí, una gran noticia —señaló, pero su voz no reflejaba sus palabras.

—Es genial. Como caído del cielo —prosiguió él, inmerso en su propia felicidad—. No creo que tarde mucho en decirlo en casa. Una boca menos que alimentar y una ayuda extra para mis padres.

La joven asintió con la cabeza, contenta por primera vez desde que le había dado la sorpresa.

No era un secreto para nadie que la situación económica de la familia Rossi no era para nada boyante. No conseguía sacarle rentabilidad a la propiedad y, con dos hermanos más pequeños que alimentar, Carlo se desvivía por ayudar a sus padres.

Esa era una de las principales razones por las que buscaba un trabajo mejor: para ayudar a la familia.

Pero otra bien distintiva era que Carlo ansiaba conocer mundo y la Toscana… El pequeño pueblo en el que tanto él como Anna vivían se le quedaba pequeño para sus sueños.

Carlo siempre había tenido grandes aspiraciones. Quería alcanzar grandes logros y viajar, y, en esos proyectos, había arrastrado a Anna. Su ilusión, su futuro se le dibujaba más que apetecible hacía años, pero ahora…

Anna sabía que debía decirle la verdad, que debía confesarle que sus sueños, esos de los que tanto habían hablado y que habían compartido, se habían transformado.

Debía confesarse antes de que todo esto se le fuera de las manos.

—Carlo, yo…

Este se volvió hacia ella en cuanto escuchó su nombre. Observó su cara, su gesto preocupado y, por un segundo, por una milésima de segundo, adivinó lo que le iba a decir, pero no llegó a descubrirlo.

Capítulo 4

La vida nos sorprende a cada paso que damos,
aunque no lo quieras…, aunque no lo desees…

En la actualidad.

—Ya estoy aquí. Ya estoy aquí… —repitió varias veces Francesca nada más abrir la puerta de la gran casa.

—En la cocina —le indicó Rosa en cuanto la escuchó, sin molestarse en ir a su encuentro.

Franny era la mejor amiga de su nieta desde que tenía memoria —ni siquiera recordaba cuándo comenzó esa amistad—, y había pasado muchos días en esa casa. Sabía dónde se encontraba cada estancia e incluso, en más de una ocasión, había vivido en ella cuando Anna la había necesitado.

Y hoy la necesitaba.

—Franny ha llegado —anunció una vez más la joven, dejando caer varias bolsas sobre la mesa de madera, y se dirigió al congelador para introducir en su interior un par más.

—Estoy bien —indicó Anna, pero tanto su abuela como la recién llegada chascaron la lengua contra el paladar, contradiciéndola.

Estaba sentada en una de las sillas que rodeaban la gran mesa y si alguien le hubiera preguntado, tendría que haber reconocido que desconocía cómo había llegado hasta allí. Solo se acordaba de que, en cuanto escuchó ese nombre…, Carlo…, su mundo se volvió gris. Las piernas le fallaron; su mano, la misma que sostenía el auricular del teléfono, comenzó a temblar, y los acontecimientos se sucedieron como en una película antigua, en blanco y negro.

Rosa tomó el control.

De seguro que había sido ella la que había conducido a Anna hasta la cocina —no había nadie más cerca—. Ella la había acomodado y, tras calibrar qué más debía hacer, mientras el silencio se asentaba en la casa como una gran losa pesada, decidió que podía recoger lo que no había que recoger.

Fue un intento de no quedarse quieta, observando a su nieta que parecía como ida, a la espera de que Francesca llegara.

—Sí, sí… Seguro que estás bien —comentó Franny en tono irónico. Cerró la puerta del electrodoméstico y se acercó a Anna.

Su abuela también estaba a su lado y ambas mujeres, tras mirarla con detenimiento, se observaron con gesto férreo y se comunicaron con un lenguaje mudo que ni Anna supo traducir.

Miró a su amiga y a su abuela, y asintió con fuerza. Con firmeza. No debía mostrar debilidad o todo a su alrededor se derrumbaría. Todo lo que había construido con cuidado, y que se mantenía en precario equilibrio —ahora lo sabía— se destruiría.

Fue a levantarse de la silla, pero Franny apoyó la mano en su hombro y la empujó hacia abajo, impidiendo que se moviera.

—Auch… —se quejó, aunque en realidad no la había hecho daño—. Franny, de verdad, estoy bien. Deberías estar en la heladería con Giovanni…

—Giovanni puede sobrevivir sin mí —la cortó su amiga—, pero tú… —Dudó, mirándola a los ojos azules, mostrando lo que creyó que era compasión.

No le gustó.

—Franny…

Esta negó con la cabeza y la señaló con el dedo.

—Te quedas ahí —ordenó, y se volvió hacia la mujer mayor—: Rosa, saque un par de cuencos y cucharillas.

Anna elevó una de sus cejas al escucharla.

—¿Para qué? —preguntó al mismo tiempo que su abuela afirmaba con la cabeza y se ponía con la tarea.

—Para solucionar todos tus males —le indicó su amiga, y regresó al congelador. Se coló por el hueco y sacó la misma bolsa de plástico que acababa de dejar en su interior—. He traído helado.

—¿El helado va a solucionar mis problemas? —se interesó casi divertida.

Francesca asintió con seguridad y posó sobre la mesa un par de tarrinas.

—Chocolate y pistacho —anunció golpeando ambos recipientes sin etiquetas, lo que evidenciaba que provenían de su propia heladería—. Son tus sabores favoritos, ¿no?

Anna no pudo evitar sonreír.

—Ya sabes que sí. —Se volvió hacia la mesa y quitó la tapa de la de chocolate para meter el dedo.

No tardó en recibir una colleja por parte de su abuela.

—Niña, tus modales —la reprendió, ofreciéndole una cuchara—. Creo que te he educado mucho mejor.

Francesca se rio y se acomodó enfrente de su amiga.

—Yo podría dudarlo, Rosa. Son muchos años y muchas travesuras. Si hablara…

Ambas jóvenes compartieron miradas cómplices junto a sendas sonrisas, mientras la mujer mayor rumiaba lo que pensaba de ese comentario.

No tardó en sentarse cerca de su nieta, y probó el helado de pistacho.

—Está muy bueno, Francesca —la elogió.

Esta asintió complacida.

—Se lo diré a Giovanni. Le gustará saber que le agrada nuestro helado, *nonna*.

La mujer volvió a meter la cuchara en el frío dulce y se lo llevó a la boca.

Anna no tardó en imitarla, pero en la tarrina de chocolate, mientras Franny las observaba. A ella le apetecía menos comer del dulce. Quizás porque tenía la oportunidad de disfrutarlo a todas horas o porque estaba obsesionada en que debía mantener la línea. Era cierto que sus pechos eran la perdición de su marido —como bien se lo había dicho en numerosas ocasiones—, pero si no bajaba el ritmo de las calorías que ingería, sobre todo en esos meses que tenían por delante, terminaría por no entrar en sus sujetadores o estallaría algún botón de sus vestidos.

No quería que le ocurriera en mitad de misa, provocando un grave incidente.

Justo en ese momento, cuando los pensamientos de Francesca comenzaban a desvariar, Anna vislumbró una divertida sonrisa en su rostro que la intrigó.

—Franny, ¿qué estás pensando?

—En helado y don Tommasso.

Rosa y Anna se miraron por la respuesta, para devolver su atención de inmediato a la joven.

—¿Qué relación tiene el padre con el helado? —la interrogó Rosa.

Francesca amplió la sonrisa, pero, lejos de aclarárselo, negó con la cabeza.

—Es mejor que no me haga caso, *nonna*. Son cosas mías —indicó, y mojó el dedo en el dulce

de chocolate, recibiendo un golpe con la cuchara de Rosa.

—¡Francesca! —la regañó, arrastrando las patas de su silla por el suelo de piedra—. Hay cucharas.

—Lo sé, lo sé… —dijo divertida, llevándose el dedo a la boca—. Pero no pensaba comer. Solo era…

—Toma. —Le dio un cubierto que había sobre la encimera—. Regaño a Anna y vas tú y haces lo mismo. ¿Qué puedo hacer con vosotras dos?

Las jóvenes se miraron a los ojos y compartieron sonrisas traviesas.

—Querernos —indicó Francesca mientras se llevaba una cucharada de helado a la boca.

La tentación era muy fuerte.

Anna se rio y Rosa negó con la cabeza, pero al final no pudo evitar acompañarlas en su chanza hasta que el silencio apareció de nuevo en la estancia, mientras las tres degustaban el frío dulce.

Las tres sumidas en sus propios pensamientos, pero con un único nombre en sus cabezas: Carlo.

Francesca y Rosa estaban pendientes de Anna, de cada bocado que se llevaba a la boca y de cada mirada que no les dedicaba.

Anna…

Anna estaba sumida en sus propias cavilaciones, pensando en el tiempo pasado y tratando de desentrañar la razón que lo habría llevado a regresar.

«Carlo… ¿Cuánto tiempo ha pasado?», se preguntó sin dejar de saborear el chocolate. «Cuánto tiempo sin verlo, sin escuchar su voz, sin…».

—¿Desde cuándo no lo ves? —se interesó Franny dando voz a sus dudas, al mismo tiempo que comía del helado de pistacho.

—No sabría decir…

El silencio regresó.

—Diez años —aclaró Rosa, pasados unos minutos interminables, aunque, si las tres mujeres fueran sinceras, las tres confesarían que lo sabían muy bien. No podían olvidar cuándo se fue—. Se marchó el año que cumpliste dieciocho.

—¿Tanto? —comentó Anna, llevándose la cuchara a la boca—. No me había dado cuenta —mintió.

Lo sabían.

Francesca y Rosa lo sabían, y Anna…

Sí, había sido muy consciente del paso del tiempo, de su ausencia, de que los silencios eran más pesados. Silencios que subrayaban que Carlo no había estado a su lado.

Mentía…

Porque tenía clavado en el corazón cada hora, minuto y segundo que ambos habían estado separados.

Solos…, o por lo menos ella había estado sola, ya que no había logrado llenar su ausencia.

Ausencia… Hasta su garganta se cerraba, impidiéndole respirar, cuando recordaba su ausencia.

«¿Él habría conocido a alguien? ¿Estaría con alguien?».

Anna lo había intentado. Solo Dios sabía que lo había intentado, pero, aunque todas las mañanas se levantaba y se decía que no lo añoraba, que no lo echaba en falta… Todas las noches se acostaba sabiendo que solo se mentía.

Había vivido en una mentira.

Diez años…

Había estado pendiente de la caída de cada hoja del calendario, de cómo se habían sucedido los años, los meses y los días con su ausencia, mientras se obligaba a seguir avanzando.

Porque debía seguir avanzando…

Porque debía haberlo olvidado, aunque jamás lo había conseguido.

Arrugó los labios, frunció el ceño y cerró los ojos cuando ese pensamiento se cruzó por su mente.

«Nunca lo has olvidado, Anna».

Francesca y su abuela observaron sus gestos, sus reacciones y esperaron pacientes a que hablara, que comentara lo que estaba pensando, lo que sabían que pensaba…, pero no dijo nada.

Nunca decía nada.

Francesca suspiró con fuerza, atrayendo la atención de las otras dos mujeres, y se levantó. Se recogió el rizado cabello en un moño improvisado y sin dilación se dirigió hacia el fregadero.

—¿Qué vas a hacer, niña? —le preguntó Rosa.

Esta abrió uno de los armarios que colgaban de la pared y sacó un par de cazuelas.

—Cocinar. Dentro de nada llegarán los trabajadores y habrá que darles algo de comer.

La mujer mayor asintió y también se incorporó a la tarea.

—En eso estaba cuando has llamado —le señaló, y dio un beso a su nieta en la coronilla.

Las tres eran muy conscientes de que ese hecho, esa llamada, había cambiado sus vidas.

De nuevo.

—Yo también…

—Tú quédate tranquila —le indicó su abuela, y le acarició la mejilla.

—Pero podría ayudaros —insistió Anna, dejando la cuchara en el interior de la tarrina de helado.

—De eso nada —la contradijo su amiga—. Ya nos valemos tu abuela y yo solas.

Anna miró a su *nonna*, que movió la cabeza de forma afirmativa mientras se dirigía hacia donde se encontraba Francesca.

No tardaron en ponerse manos a la obra.

Una cortaba mientras la otra colocaba las ollas para que el agua comenzara a cocer.

Observó sus movimientos. Se maravilló de la compenetración que tenían y, aunque su cabeza le decía que debía ayudarlas, unirse a ellas, su corazón ganó.

Para su propia sorpresa, su corazón venció y volvió a centrarse en el helado que comenzaba a derretirse.

Capítulo 5

Los caminos del Señor son inescrutables…

Hace unos años.

—¡Anna! ¡Anna!

El grito de Francesca rompió la noche.

La joven se volvió hacia la casa, olvidándose de lo que quería decirle a Carlo, y vio cómo su amiga corría hacia ellos.

Observó su rostro, donde la sonrisa que había mantenido durante todo el día había desaparecido, y presintió que algo malo sucedía.

No escuchó la música y todas las luces de la gran casa estaban encendidas. Incluso las que alumbraban el viejo camino, donde los invitados habían estacionado sus vehículos.

El silencio era sepulcral.

No se escuchaba ni el sonido de los animales nocturnos.

—Carlo… —lo llamó inquieta, temerosa de lo que pudiera haber ocurrido.

Sin dudarlo ni un segundo, este acortó la distancia que los separaba y agarró su mano con fuerza. Compartieron miradas de apoyo, de comprensión y cariño mientras esperaban a que Francesca llegara a su altura.

—Franny, ¿qué sucede? —la interrogó angustiada, en cuanto los alcanzó.

Esta, con la respiración acelerada y sin apenas fuerzas para hablar, centró toda la atención en su amiga.

—Anna…, tu padre…

—¿Mi padre? ¿Qué le pasa, Franny?

Su amiga negó con la cabeza y señaló la casa.

—No sé bien. Estábamos…

Anna no esperó a que terminara de hablar. Se soltó de Carlo y corrió hacia la vivienda mientras su corazón latía desbocado.

No prestó atención a las llamadas de su amiga o a las de su novio.

No escuchó las pisadas de estos por detrás de ella.

Solo tenía un objetivo: llegar hasta su *nonna* para que le dijera que todo estaba bien, que todo estaría bien.

Capítulo 6

Las mentiras son verdades a medias.
Las verdades a medias son afirmaciones silenciosas.
Las afirmaciones son el valor que poseemos para decir lo que queremos.
En la actualidad.

—Esto está muy bueno, *nonna* —señaló Pietro, uno de los jornaleros que ayudaban en el campo, mientras se llevaba el tenedor con espaguetis enrollados a la boca.

Rosa miró hacia la mesa, donde diez hombres y dos mujeres comían de sus respectivos platos mientras departían entre ellos. Su hijo estaba sentado a la cabecera de la mesa, sin quitarle el ojo a su hija que, acomodada enfrente de él, no había probado bocado alguno.

—La pasta ha sido cosa de ella —indicó, moviendo la cabeza hacia Francesca, que cerraba el grifo del agua en ese instante y se secaba las manos con un trapo.

—De las dos, *nonna* —apuntó esta sin dudarlo, dándole un beso en la arrugada mejilla.

—Cásate conmigo, Franny —le pidió Juan de pronto, sonrojándola.

La joven movió el trapo de lado a lado.

—Calla y come, que el señor Lorenzo no se va a apiadar de ti cuando le digas que estás agotado.

—El señor Lorenzo parece un lobo, pero en realidad es un corderito —comentó el joven mientras masticaba y observó a su jefe, el padre de Anna, quien lo miraba con una ceja arqueada.

—Juan, come —le ordenó sin añadir nada más, con un tono de voz que no admitía ninguna réplica, ni comentario alguno.

—Sí, señor —dijo el joven, y agachó la cabeza, mientras las risas se sucedieron de nuevo.

—Ains… Juan, y yo que estaba valorando tu proposición —comentó Franny divertida.

El hombre la miró con rapidez, como si hubiera activado un resorte imaginario, y le guiñó un ojo travieso.

La cara de Francesca enrojeció todavía más y los presentes, percatándose de ello, estallaron en sonoras carcajadas.

Juan era la única persona, salvo Giovanni, que conseguía sacarle los colores, a pesar de que Franny no era nada tímida. Quizás por su sangre española y el repertorio de piropos que se sabía, y que todos desconocían de dónde los sacaba, o porque habían hecho tan buenas migas su marido y él desde el primer día que pisó la hacienda Santoro, que sabía cómo era en realidad la mujer: con un toque dulce y de pimienta a partes iguales.

Ella sonrió y movió de nuevo el trapo en el aire.

—Ya sabes que el amor de mi vida es Giovanni.

—Déjalo… —le propuso, pero se lo pensó mejor—. Aunque en algunos países se admite la bigamia —comentó, rodeado de carcajadas.

—Juan, no digas sandeces —le reprendió Rosa—. Francesca no sabría qué hacer sin *su* Giovanni.

—No sé si sería al revés —indicó la protagonista de la conversación, recibiendo una mirada confusa de la mujer mayor—. Me refiero, *nonna*, a que en realidad sería Giovanni el que se vería desamparado sin mí.

Un coro de risas estalló otra vez en la cocina por el comentario, mientras algunos bebían y otros hablaban entre sí.

Eran como una gran familia, pero sin el como. Se preocupaban y cuidaban entre todos, sin necesidad de tener la misma sangre.

Rosa, aunque no quiso reír, no pudo evitar sonreír mientras negaba con la cabeza. Se acercó a la mesa y comenzó a recoger las cosas que habían dispuesto para comer, aunque algunos todavía saboreaban la pasta y la ensalada que habían preparado.

Salvo Anna.

Observó a su nieta, abstraída en sus pensamientos, y quiso pensar que tenía el estómago lleno del helado que al final se había terminado, mientras Francesca y ella hacían la comida. Ni la regañó ni insistió para que, por lo menos, probara los espaguetis.

Retiró el plato y le regaló una sonrisa amistosa que ni siquiera vio.

Miró a Lorenzo, quien observaba a su hija desde la distancia, y comprobó que el dueño de la propiedad tampoco había tocado mucho su plato.

Rosa solo suspiró cuando tomó una bandeja vacía, y supo que se avecinaban problemas.

Francesca fue detrás de ella, recogiendo algunos de los platos y vasos que habían utilizado, y no tardaron en levantarse los trabajadores para echarles una mano.

—Chicos, no hace falta —indicó la abuela de Anna, pero ninguno le hizo caso.

Las sillas se arrastraron por el suelo y en pocos minutos la mesa estaba vacía.

Más tarde, algunos desaparecieron de la habitación y otros, los menos, se acomodaron de nuevo en sus sillas.

—¿Quién quiere café? —preguntó Francesca.

Juan fue el primero que alzó la mano.

Las dos mujeres lo siguieron y Alonso, Donato y Rafael también se apuntaron.

—A mí no me apetece —anunció Anna, atrayendo alguna que otra mirada curiosa.

—¿Seguro, cariño? —le preguntó Franny, y esta movió la cabeza de forma afirmativa mientras se levantaba.

—Sí, voy a salir a dar una vuelta —les indicó, y su amiga, junto a Rosa, asintieron con la cabeza.

El silencio se posó sobre la habitación mientras los presentes veían como la hija del dueño desaparecía de la cocina; el ruido de la puerta de la entrada de la casa resonó por la vivienda minutos después.

Lorenzo buscó los ojos de su madre, del mismo color que los de él, y la increpó desde la distancia, sin decir ni una palabra; quería que le aclarara lo que estaba sucediendo.

Pero Rosa no habló.

Posó entonces la mirada sobre la mejor amiga de su hija, y esta, nerviosa, se mordió el labio inferior involuntariamente.

—Francesca…

—Yo… tendría que irme. Giovanni necesitará mi ayuda —soltó con rapidez, olvidándose de los cafés y de la conversación anterior en la que había dejado claro que su marido estaba muy bien sin ella.

Dejó el trapo sobre la encimera y, tras darle un beso a Rosa, salió de la estancia sin ni siquiera despedirse. Evadió adrede hasta la mirada inquisitiva del padre de Anna.

Los jornaleros se quedaron asombrados por su comportamiento. Las miradas y gestos curiosos aparecieron de inmediato, sin saber muy bien lo que ocurría.

Observaron a su jefe, quien miraba a su madre, y esta, aunque era extraño para los que la conocían, parecía que le incomodaba la atención fija de su hijo.

El silencio se extendió por la cocina.

—Madre…

—Lorenzo, no sé qué…

—Madre —la cortó con un tono de voz diferente que no admitía réplicas ni mentiras.

Rosa miró a los jornaleros y estos, como si pudieran leerle la mente, comenzaron a levantarse uno a uno para marcharse de la habitación.

El último en desaparecer fue Juan, quien dudaba entre salir de la cocina o tentar al genio del señor Lorenzo, sirviéndose café en un vaso.

—Luego te lo llevo yo —le indicó Rosa, adivinando su dilema, y el español asintió con rapidez.

No tardó en desaparecer, quedándose madre e hijo por fin solos.

—Madre, ¿qué sucede? —la interrogó Lorenzo en cuanto su empleado se marchó.

La mujer miró a ambos lados de la estancia, soltó el aire que retenía y, tras deshacerse del delantal que llevaba, se acomodó en una de las sillas.

—Carlo…

Lorenzo arrugó el ceño.

—¿Carlo? ¿Qué pasa con el hijo mayor de los Rossi?

Rosa se agarró las manos y fijó su mirada gris en la de él.

—Ha regresado.

El hombre tardó en reaccionar. Fueron unos segundos, en los que los engranajes de su cabeza encajaron poco a poco, hasta que todo volvió a funcionar.

—¡¿Ese malnacido está aquí?! ¡¿En el pueblo?!

La mujer gruñó de forma involuntaria y asintió.

—Giovanni lo vio al alba, cuando estaba preparando la heladería, y más tarde Francesca lo ha visto en la plaza.

—¿Y Anna? ¿Está bien? —se preocupó de pronto, levantándose de la silla.

Esta acabó en el suelo por la fuerza.

—Sí, sí… —afirmó, recibiendo una mirada de incredulidad. Al final suspiró y negó con la cabeza—. En realidad, no lo sé.

Lorenzo miró el sitio que había ocupado su hija no hacía más de unos minutos y luego se fijó en el camino que había seguido hasta salir de la casa.

—Puedo hablar con ella…

Su madre extendió el brazo sobre la mesa y atrajo su atención.

—Hijo, siéntate —le pidió, y Lorenzo observó los movimientos de la mano, animándolo a que hiciera lo que le indicaba, pero miró de nuevo el lugar por el que se había marchado Anna. Quería ir en su busca, quería comprobar que estaba bien—. Lorenzo…, por favor…

Hacía años ni siquiera se habría preocupado por su hija.

Hacía años ni siquiera habría dado importancia a las cosas relacionadas con Anna.

Pero hacía años era otra la vida que llevaba Lorenzo, sumido en sus propios temores y demonios. En su propio infierno interior…

Pero, ahora, tras el infarto que sufrió hacía ya diez años, Dios le había dado una nueva oportunidad y la había aprovechado.

Todo había cambiado.

El hombre respiró con profundidad y dejó caer su cuerpo fortachón sobre la inestable silla de madera, tras recogerla.

—Quizás debería hablar con ella —insistió, pasándose la mano por el cabello negro, donde algunas vetas plateadas brillaban cuando los rayos del sol se colaban por la ventana.

—¿Y qué conseguirías, hijo? —le preguntó atrayendo su atención—. Anna no te diría nada y tú te frustrarías por no conseguir ayudarla. —Agarró su mano, donde el trabajo del campo era tan visible—. En tu estado no es aconsejable.

La carcajada que emitió los sorprendió a ambos.

—*Mamma*[3], solo quiero ayudar a mi hija. —Apretó sus dedos tan envejecidos.

—Anna no quiere que se la ayude y, sin eso…

—Nadie puede hacer nada —indicó, acompañando sus palabras con un suspiro de impotencia —. Lo sé muy bien.

Rosa sonrió con tristeza y asintió.

—Tenemos que esperar.

—Esperar… —Tensó la mandíbula—. Me mata ver sufrir a mi hija y no poder hacer nada, madre —afirmó, mirándola a los ojos grises.

—Lo sé, lo sé…

Rosa lo sabía muy bien.

Habían sido muchos años los que había intentado ayudarlo a él, a su hijo, cuando la desesperación, el odio y la frustración por la muerte de su esposa le habían conducido hacia un camino de olvido.

Fue un tiempo de discusiones, de luchas sin resultados y de sufrimientos. De ver cómo su hijo se autodestruía por no tener a su lado a la mujer amada, y, aunque estaba Anna, su pequeña hija, eso no lo hizo reaccionar.

Hasta que sufrió un infarto.

Lorenzo apretó con cariño la mano de su madre y le devolvió la misma sonrisa triste.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —Ambos sabían que preguntaba por ese período de tiempo tan difícil de su vida.

La mujer encogió los hombros y le dio un beso en la mejilla cuando se incorporó.

—Con esperanza.

3 Mamá.

Capítulo 7

—Hace calor para estar aquí fuera.

Anna miró a su padre, quien se acababa de apoyar en el tronco del viejo árbol, y le regaló una sonrisa que no llegó a los ojos. No lo había escuchado acercarse.

—Sí… —afirmó, pero no hizo amago de moverse, y Lorenzo no la invitó a hacerlo, por lo que centró sus ojos azules en el infinito. De nuevo.

Después de salir de la casa, había caminado por instinto hacia el ciprés que destacaba en mitad del campo de lavanda. Un árbol que lejos de ser similar a todos sus hermanos, alargados y estilizados, no podía ser de lo más diferente. Casi se dudaría de su propio nombre, ya que las ramas habían decidido crecer a lo ancho en vez de hacia el cielo hasta convertirse en una copa de abundante follaje que ofrecía la única sombra que había por la zona. Las raíces sobresalían del suelo, simulando un trono natural donde, siempre que necesitaba un respiro, Anna terminaba sentándose para observar el paisaje.

Era de lo más incómodo, pero era su espacio. Su lugar favorito, donde, si no fuera por la camiseta amarilla que llevaba y los vaqueros azules que impedían que se camuflara con el espacio, nadie podría encontrarla.

Salvo los que la conocían…

Era donde se perdía, sobre todo al atardecer, cuando se podía observar la caída del sol sobre las lejanas montañas, y el morado y el verde plasmaban una tableta cromática perfecta para representarse en un cuadro al óleo, que cualquier artista querría pintar.

Pasó las manos por la rugosidad de las raíces, centrando su mirada en el horizonte, y los recuerdos de los años pasados volvieron a asaltarla.

Una vez más…

Ese árbol había sido testigo de su vida, un fiel confidente del tiempo en el que Carlo y ella habían sido felices… o tristes.

—Anna…

Parpadeó varias veces y devolvió la atención a su padre, que la observaba con gesto preocupado.

—Sí, perdona… ¿Decías? —Se incorporó apoyándose en el árbol.

—No. Nada.

Lo miró extrañada y pensó que, quizás, en su última revisión médica, habían encontrado algo que lo preocupaba.

—Padre, ¿estás bien? El doctor…

—Sí. Está todo bien. No te preocupes —la cortó de inmediato al adivinar sus pensamientos, y se dio un golpe en el pecho que los arrancó una sonrisa—. Estoy como un toro.

—O como nuestro ciprés. —Anna palmeó el tronco centenario del árbol.

Lorenzo movió la cabeza de forma afirmativa, perdiendo la sonrisa poco a poco, hasta desvanecerse del todo cuando centró sus ojos en los azules de su hija.

—¿Y tú? —se interesó, causando confusión en sus iris, por lo que reformuló su pregunta—. ¿Cómo estás tú, *farfalla*?

Tardó en asentir y la duda apareció por unos segundos, pero no fue lo suficientemente fuerte para obligarla a decir la verdad, y no lo convenció.

Mintió, y su padre lo supo por sus gestos, por sus movimientos y, sobre todo, por la mirada que tenía clavada en ella y que parecía que pudiera descubrir todo lo que navegaba por su mente.

Lorenzo se cruzó de brazos y esperó.

Esperó paciente una vez más a que confesara, a que le contara todo lo que la preocupaba, lo que había sucedido aquella fatídica noche, aquellos meses, y que se había guardado para ella sola.

A que confiara en él, en su familia o en sus amigos…

Pero sabía que era un imposible. Una tarea casi titánica.

Anna le sonrió con afecto y miró el horizonte de nuevo.

Lorenzo suspiró con fuerza mientras doblaba una de las mangas de su camisa de cuadros que no quería quedarse quieta. El moreno de los antebrazos resaltó. Los vaqueros oscurecidos por el paso del tiempo se sostenían en precario equilibrio en las caderas. Las puntas de las botas destacaban por debajo de estos y, aunque debería haberlas jubilado hacía años, se negaba a ello.

Su hija y su madre se reían cada vez que le insistían en que tenía zapatos de sobra en su habitación, esperando una oportunidad para ser usados, pero Lorenzo renegaba de la idea y les indicaba que sus pies delicados no aceptarían cualquier calzado.

No tardó en sentir los ojos de Anna sobre él otra vez, como si estuviera valorando la idea de hablar o no, de mencionar aquello que pensaba, lo que la preocupaba…

Vio cómo observaba su cabello oscuro, el que amparaba un rostro todavía más moreno por las horas que pasaba al sol trabajando y que llevaba más corto de lo que estaba acostumbrado. La *nonna* se había pasado cortándoselo hacía unos días, pero no se había quejado.

La barba abundaba en su mandíbula cuadrada, pero no conseguía ocultar sus grandes mofletes. Los que hablaban de su gran vicio: los *cannoli*[4]. Un dulce que, aunque es de origen siciliano, su madre, al saber que le gustaban tanto, cada poco se los hacía para darle un capricho.

Lorenzo le ofreció su mano y, por un instante, Anna dudó en cogérsela, pero al final cedió.

—Te lo ha contado la *nonna*, ¿verdad? —le preguntó a media voz mientras se acercaba a él.

Este le apartó un mechón de la cara y se lo coló por detrás de la oreja.

—Está preocupada —dijo sin más. Calló que él también lo estaba. No era necesario mencionarlo.

Anna suspiró.

—No tiene por qué estarlo. —Lo miró a los ojos—. Ni tú, padre. Estaré bien.

Lorenzo la agarró de la barbilla con cariño y fijó su mirada en los iris azules, tan similares a los de su esposa.

—Si en diez años no has estado bien, ahora tampoco. —Le golpeó la punta de la nariz—. No quieras engañarme, *farfalla*.

—No te engaño…

El hombre chascó la lengua contra el paladar, cortándola.

—No me mientas, *bambina*[5] —insistió, y le dio un beso en la mejilla para a continuación alejarse unos pasos de ella—. Y lo más importante: no te mientas a ti misma.

—Padre…

Este negó con la cabeza sin mirarla. Tenía la vista fija en los campos de lavanda que se extendían desde donde se encontraban hasta donde no les llegaba la vista. Un mar morado que nació al sustituir el trigo por la lavanda gracias a un proyecto financiado por la región de la Toscana con fondos europeos, con el objetivo de crear una nueva cadena de producción, y que supuso para la región casi un milagro.

Por lo menos para la familia Santoro.

No fueron muchos los agricultores que se atrevieron a embarcarse en la aventura de sustituir cultivos tradicionales por lavanda, pero los que se arriesgaron alcanzaron grandes logros para seguir sobreviviendo en este mundo tan competitivo y tan sujeto a los cambios climáticos.

Gracias al padre de Lorenzo, y sobre todo a su madre, quien supo aguantar los malos tiempos cuando tuvo que hacerse cargo de todo, la hacienda Santoro seguía en pie y dando sus frutos.

Otros no podían decir lo mismo.

Había unos pocos que se mantenían a duras penas, como la familia de Carlo. Si no fuera por la ayuda que el mayor de los Rossi enviaba cada poco, hacía tiempo que se habrían mudado a la ciudad, buscando un mejor porvenir.

Se podía decir que los Santoro eran unos afortunados, y la ayuda de Anna, cuando terminó sus estudios, les vino muy bien para seguir avanzando.

Gracias a sus conocimientos en fitoterapia o medicina herbal, y a sus estudios químicos con tratamientos naturales —aunque pareciera una incongruencia a primera vista—, Anna supo transformar la lavanda en aceites esenciales que se ofrecían como aromas alimenticios, o para perfumes, jabones y muchas cosas más.

Lorenzo pasó el brazo por los hombros de su hija cuando esta se colocó a su lado y ambos observaron sus posesiones.

—Todo esto es gracias a ti, *farfalla*.

Apoyó la cabeza en el cuerpo de su padre y soltó el aire que retenía en su interior sin saberlo.

—Eso no es verdad. Sin la *nonna* y sin ti todo esto se habría perdido hacía muchos años.

Lorenzo tuvo que asentir ante esa afirmación, pero no pudo evitar añadir:

—Aunque nuestro trabajo fue importante.

—Y es —lo corrigió, arrancándole una sonrisa por su cabezonería.

Era muy consciente de que el fuerte carácter lo había heredado de él, y, aunque no debía estar feliz por ello, porque lo había conducido hacia un camino de casi no retorno, en su corazón sentía un sutil pellizco de orgullo cada vez que salía a relucir.

Era una Santoro y eso lo enorgullecía.

—Y es —repitió para continuar con su explicación—, pero, sin tus conocimientos y tu trabajo, todo esto sería una mínima parte de lo que ves, *bambina*. —Movió uno de los brazos de lado a lado—. No estaríamos ante un océano, sino ante una pequeña charca.

Anna no pudo evitar reírse por esa comparación. Lo golpeó en el abdomen, haciendo que se doblara por la mitad, de forma exagerada, y se separó de él.

—Sé que me aprecias mucho, padre.

—No sé si ahora esa afirmación sería la acertada —comentó, masajeándose la zona golpeada, y Anna se carcajeó con más fuerza.

—Cuando la *nonna* dice que podrías haber sido actor de pequeño, no iba muy mal desencaminada.

—Mi madre no dice eso —indicó irguiéndose todo lo alto que era.

Anna sonrió y asintió con firmeza.

—Sí que lo dice.

—Voy a tener que hablar seriamente con ella. —Arrugó el ceño y miró hacia la casa familiar.

—No lo harás.

Lorenzo observó a su hija con rapidez y elevó una de sus cejas.

—¿Y se puede saber por qué no?

—Porque sabes que es cierto y no quieres que recuerde todas tus trastadas delante de los trabajadores.

Acentuó la arruga del ceño.

—No sería capaz de… —Anna movió la cabeza de arriba abajo—. Vale. Tú ganas. —Elevó la mano, quitándole importancia a la conversación—. Pero ahora ven aquí y prométeme que no sacarás tú el tema.

La joven se acercó a su padre de nuevo y lo abrazó por la cintura.

—Ya sabes que no lo haría… —La miró de lado, no dando crédito a sus palabras, lo que le arrancó una sonora carcajada—. Padre, te prometo que no lo haré.

Este asintió conforme y le dio un beso en el pelo.

—Así me gusta, que hagas caso a tu queridísimo padre para que no corran por la hacienda mentiras.

Anna emitió un sonido de indignación y trató de apartarse de él, pero este se lo impidió e incluso le hizo algunas cosquillas para sorpresa de un grupo de turistas que se acercaba.

—¡Padre! —rumió entre dientes, sin querer llamar la atención de los recién llegados.

Lorenzo, tras revolverle el cabello como si fuera una niña pequeña, terminó por soltarla y saludó a los recién llegados.

—Bienvenidos, señores. Se ha quedado buena tarde para una visita, ¿verdad?

Una mujer entrada en carnes que no paraba de darse aire con un abanico de color llamativo comentó:

—Hace mucho calor.

—Seguro que el refrigerio que hemos preparado para después de la ruta los ayudará a que se lleven una buena impresión de nuestros cultivos —indicó Anna mientras trataba de recolocarse el cabello, rehaciendo la trenza.

—¿Refrigerio? ¿Habrá Coca-Cola? —preguntó una niña que se ocultaba tras las piernas de un hombre mayor.

—Y helados —anunció Anna, recibiendo una feliz sonrisa de la pequeña.

Lorenzo dio una palmada en el aire y miró a los turistas.

—Juan ya les ha enseñado los campos, ¿no?

Algunas de las personas que formaban el grupo asintieron con la cabeza. Otras hablaron confirmando su pregunta e incluso el trabajador movió la cabeza de arriba abajo al mismo tiempo.

—Pues vayamos donde se produce la magia —indicó el dueño de la finca, y se dirigió hacia la construcción que se levantaba no lejos de la casa familiar. Un edificio de dos pisos, rectangular y con un tejado a dos aguas, donde se guardaba la cosecha de lavanda y, en una pequeña habitación, se elaboraban algunos de los perfumes que comenzaban a comercializar.

Los turistas no tardaron en seguirlo mientras Anna veía cómo su padre les contaba la historia de la hacienda Santoro, algo que, de seguro, ya les había explicado el propio Juan, pero que él no se cansaba de mencionar.

—Lo disfruta bastante —señaló el trabajador, que se colocó un instante cerca de Anna.

Esta asintió sin perder de vista al grupo.

—Parece mentira que al principio renegara de la idea de mostrar las tierras y de la transformación de la lavanda en los productos que comercializamos.

Juan se quitó la gorra que llevaba, golpeó su pantalón y se la colocó de nuevo en la cabeza.

—Sabe reconocer lo que es bueno para la propiedad, y tus ideas son buenas, Anna.

La mujer vio cómo, tras guiñarle un ojo, reanudó su caminar en pos de los turistas y de su propio jefe, dejándola sola en mitad del campo.

4 Los *cannoli*, plural de la palabra *cannolo* del italiano, que significa pequeño tubo, son los dulces más típicos de la región de Sicilia en Italia. Son cañas elaboradas con una masa frita aromatizada con vino Marsala, rellena de una crema de queso *ricotta* con frutas escarchadas o chocolate en trocitos

5 Tiene varias traducciones: niña, bebé o hija. En esta ocasión, lo utilizo con la acepción de hija.

Capítulo 8

—Mañana es la Noche de las Luces, ¿estará María?

Anna miró al niño que acababa de asaltarla sin previo aviso y que con los codos apoyados sobre la mesa la miraba con expectación. Observó el negro cabello ensortijado que le caía sobre los ojos también oscuros, y que se parecían tanto a su madre, y vio la sonrisa que le regalaba y que le recordaba a su padre. Su cuerpo tenía las formas todavía de un niño pequeño, que no tardaría en perder cuando diera el próximo estirón, y las manchas oscuras de la cara y rodillas eran la evidencia de que venía de hacer alguna de sus últimas trastadas.

—¿Y mi beso? —le preguntó, señalándose la mejilla.

El niño puso morros.

—¿Y María? —insistió sin moverse del sitio.

—Nico, ven y deja a la tía Anna tranquila —lo llamó Franny desde la puerta de la heladería.

El pequeño miró a su madre y luego a Anna para cruzarse de brazos a continuación. Tenía un propósito y nadie, ni siquiera su madre, lo iba a obligar a ceder hasta que lo cumpliera.

—¡Nico! —Franny subió el tono de voz en esta ocasión y le recordó—: Tienes que ducharte, y cenar, y…

—*Mamma*, la tía no me quiere responder —se quejó, mirándola con los hombros caídos, atrayendo alguna que otra mirada curiosa de los clientes que estaban sentados a las mesas que conformaban la pequeña terraza de la heladería.

Anna no pudo evitar reír por la imagen. Le daba lástima y estaría a punto de rendirse si no fuera porque vio el brillo travieso que asomaba a sus ojos.

—Dame mi beso —le pidió en apenas un susurro.

—¿María? —insistió este, y le sacó la lengua, arrancándole una carcajada.

En ese momento, Francesca se acercó a la mesa donde se encontraban, no sin antes dejar un par de vasos de limonada en la de unos clientes cercanos. Se colocó la bandeja ya vacía debajo del brazo y dejó caer sus ojos sobre la adulta, y luego sobre su hijo.

—¿Qué está pasando aquí?

—No sé de qué hablas —indicó Anna divertida, sin apartar la mirada del pequeño.

—Nico…

Este suspiró y movió las manos con rapidez, gesticulando en demasía.

—La tía Anna no me dice si vendrá o no María mañana.

—Anna… —la regañó la mujer con la mirada, al mismo tiempo que suspiraba. Ya tenía suficiente con luchar con un niño de ocho años, un marido que no paraba de rumiar lo cansado y hastiado que estaba de su trabajo, como para tener que lidiar con su mejor amiga.

La adulta, porque con veintiocho años que iba a cumplir ya era una adulta —o por lo menos eso es lo que decidía la sociedad en su conjunto—, miró a Franny y soltó:

—Hasta que no me dé mi beso, yo no digo nada.

Su amiga abrió los ojos de par en par, sin saber muy bien si reír por ese comportamiento o enfadarse con los dos.

—Nico, por favor. Es tarde.

El pequeño se cruzó de nuevo de brazos y observó desafiante a la mujer que estaba sentada en la silla de la terraza de la heladería.

—Solo quiero saber si mi amiga vendrá mañana.

—Y yo, que me dé un beso mi ahijado preferido —le respondió casi bajando hasta su nivel. El nivel de un niño de ocho años.

—Soy tu único ahijado —respondió con tono sabiondo.

—Pues, aunque seas mi único ahijado, eres mi preferido y quiero mi beso —le indicó sonriente.

—Y yo…

—Ay…, por favor —dijo Franny alzando la voz. Le dio un beso a Anna, para sorpresa de esta y de su hijo, y agarró la mano de este último para tirar de él hacia la entrada de la heladería. Su casa estaba en el primer piso, pero para llegar hasta ella debían pasar por el establecimiento.

—Jo…, *mamma*, la tía no me ha respondido —se quejó Nico clavando los talones en el suelo adoquinado de la plaza del pueblo.

Franny miró a su pequeño, quien trataba de no moverse, aunque era una tarea casi imposible, y luego observó a su amiga con gesto suplicante.

Era una tentación para Anna negarse a ayudarla, pero sabía que, como no lo hiciera, esta se lo haría pagar más adelante. Fue por ello, por lo que, tras asentir con la cabeza, Franny soltó a Nico.

El niño miró sorprendido a ambas mujeres, sin saber a qué venía este cambio en los acontecimientos.

—Nico —Anna llamó a su ahijado—, María llegará mañana al mediodía.

—¡Bien! —gritó el pequeño y dio un salto de alegría para lanzarse de inmediato a los brazos de su madrina—. ¿Puedo ir a la casa Santoro mañana? ¿Puedo? ¿Puedo?

Anna se reía mientras recibía multitud de besos en sus dos mejillas.

—Mañana se verá, Nico —le indicó su madre—. Ahora, a casa.

El niño dejó de besar a Anna y la miró a los ojos azules, esperando una respuesta.

Esta no tardó en dársela.

—Si tu padre o tu madre no pueden llevarte, vendré yo…

—¡Genial! —gritó de nuevo, tirándose encima de ella.

Franny puso los ojos en blanco.

—¿Ya estáis contentos los dos? —La dispar pareja la miró con una sonrisa enorme, y asintieron a la vez—. Pues ahora…

Anna le dio un beso en la mejilla al pequeño y, tras una palmada cariñosa en el trasero, le indicó:

—Haz caso a la *mamma*.

—Yo siempre le hago caso —señaló travieso, sacándole la lengua.

—¿Que tú qué? —preguntó Francesca asombrada.

El pequeño, que había regresado a su lado, la miró desde su escasa estatura y repitió sin ninguna vergüenza:

—Siempre te hago caso, *mamma*.

Esta suspiró resignada y le revolvió el corto cabello.

—Anda, para casa.

Nico asintió con rapidez y, como si fuera la primera vez que le daban esa orden, salió corriendo hacia la heladería.

No tardó en desaparecer ni dos minutos de la vista de las mujeres.

Franny miró a su amiga, quien seguía observando el lugar por donde Nico se había marchado, y la reprendió:

—Tú… Tú…

Anna la miró como si no hubiera roto un plato en su vida.

—No sé a qué te refieres.

Francesca gruñó con fuerza y, tras negar con la cabeza varias veces, le dio la espalda para perderse por el mismo sitio que su hijo.



—Estoy agotada —indicó Franny al mismo tiempo que se sentaba a su lado.

Anna la miró con cariño.

—¿Un día duro?

La dueña de la heladería asintió antes de echar el cuerpo hacia atrás, elevar la cabeza al cielo y dejar anclados los ojos en las pocas estrellas que se vislumbraban desde donde se encontraban.

—Ya ha comenzado el verano y, con este, los turistas empiezan a llegar. He perdido la cuenta de los autobuses que se han detenido esta semana.

—Pero eso es algo bueno para el pueblo —afirmó Anna, llevándose la pajita del vaso de limonada a la boca.

Franny suspiró y se recolocó.

—Lo sé, y por eso no me quejo…

—Muy alto —apuntó su amiga.

La dueña de la heladería sonrió con tristeza.

—Es que para eso ya tengo a Giovanni —mencionó a su marido y miró hacia el establecimiento. La puerta ya estaba cerrada, pero a través del cristal se podía ver al hombre de un lado a otro limpiando.

Anna siguió su mirada.

—Todos los veranos son lo mismo. —Le palmeó la mano que tenía sobre la mesa.

—Sí, tienes razón —afirmó—, y debería estar acostumbrada, pero este año es diferente…

—¿Diferente? ¿Por qué? —La miró confusa, sin encontrar nada que evidenciara a qué se refería.

Solo apareció una sonrisa traviesa, tan diferente a la que le había ofrecido con anterioridad, y que se extendió por todo su rostro.

—Franny…

La joven movió la cabeza hacia abajo y Anna siguió sus gestos hasta toparse con una de sus manos sobre la barriga.

Elevó la mirada con rapidez y esta asintió feliz, sin poder demorar más la noticia.

—Franny, ¿estás embarazada? —preguntó de forma automática, pero ella ya se lo había dicho.

La mujer asintió de nuevo y amplió su sonrisa, si eso podía ser posible.

—Ohh… Enhorabuena —le dijo y se levantó para darle un abrazo, que la otra correspondió agradecida—. ¿De cuánto estás?

—Menos de veinte semanas…

Anna asintió, al mismo tiempo que le agarraba una de las manos.

—Todo irá bien. Ya lo verás.

—Eso espero —comentó esperanzada, devolviéndole el apretón de manos.

No era la primera vez que sucedía.

Tras el nacimiento de Nico, su pequeño milagro, como le gustaba llamarlo, Giovanni y ella habían intentado darle un hermanito, pero los embarazos no terminaban de llegar a buen término, y, con ello, aparecía el sufrimiento que ambos padres padecían.

Era una experiencia muy dolorosa para los dos, y Anna sabía que el corazón de su amiga estaba lleno de suturas que se rompían y cosían sin seguir un patrón fijo.

—Todo irá bien —le prometió de nuevo, devolviéndola al presente.

Franny la miró y sonrió. Asintió con firmeza y se llevó las dos manos a la barriga.

—Todo irá bien —repitió en un susurro, y Anna sintió como sus ojos se llenaban de lágrimas que no derramó.

No podía.

No debía.

Su amiga la necesitaba fuerte.

Todos necesitaban que Anna fuera el árbol, como *su* árbol, que los sostuviera.

—Chicas… —Giovanni se asomó por la puerta de la heladería, atrayendo su atención—, me subo a casa. ¿Vas a tardar mucho, Franny?

—No, enseguida voy.

El hombre asintió y cerró la puerta tras él.

En cuanto ambas mujeres se quedaron solas de nuevo, se miraron a los ojos.

—Es un viejo gruñón, pero te quiere.

—Lo sé —afirmó y suspiró, volviéndose hacia la fuente de la plaza, mientras el silencio de la noche las arropaba.

Vieron cómo unos pocos vecinos desaparecían por las calles que salían de la plaza central del pueblo y otros se quedaban charlando cerca de la fuente. Era una noche calurosa, por lo que era muy normal que buscaran la forma más adecuada para sobrellevarla.

La fuente estaba ubicada en el centro de la explanada, adoquinada con las piedras que habían instalado ya los romanos en la época clásica. Los edificios emblemáticos de la localidad la bordeaban y los negocios más importantes estaban dispuestos de tal forma que fueran atractivos para los turistas que llegaban a la localidad.

Era donde se encontraba la heladería de Francesca y Giovanni, pero también donde se celebraban las fiestas patronales y el lugar de encuentro de la mayoría de los que allí vivían. Muchos menos de los que en la actualidad residían, pero que, entre el turismo y las fiestas que se celebrarían ese fin de semana, de seguro que la población aumentaría.

—¿Sabes algo más de él?

Francesca miró a su amiga. No hizo falta que mencionara su nombre. Ambas sabían por quién preguntaba.

—Nada desde ayer.

Anna asintió y se quedó pensativa.

—Y… ¿cómo estaba?

Franny tardó un tiempo razonable en responder.

—Igual de guapo —afirmó con tono soñador—, pero diferente.

Fue ese último calificativo utilizado lo que le llamó la atención.

—Cómo no va a estar diferente, Franny. Han pasado diez años.

—Sí, sí… El paso del tiempo se nota en él, y en todos —señaló sus caderas y ambas se rieron a la vez—, pero en Carlo…

Anna la observó, esperando que se explicara, pero no lo hizo.

Aunque en una parte de su cabeza se repetía que no quería saber nada de la persona que se fue de allí, de su lado… Su corazón la animaba a querer encontrarse con él.

—Es raro que no haya vuelto por el pueblo desde ayer —comentó de pronto, devolviendo a Franny al momento presente.

—Estará en la hacienda de su familia.

Ella asintió.

—Sí. Claro…

Su amiga la observó con interés.

—¿Qué harás si te lo encuentras?

Anna la miró a los ojos y pensó detenidamente su respuesta.

—Si te soy sincera, no lo sé bien. —Suspiró y elevó la cabeza hacia el cielo—. Por momentos me digo que ni le dirigiré la palabra, pero, en otras ocasiones, pienso que él no tiene la culpa y…

—¡¿Cómo que no tiene la culpa, Anna?! —soltó subiendo el tono de voz. De seguro que la habían escuchado hasta en el otro lado de la plaza.

—Franny, nos van a oír —le susurró.

La mujer miró a su alrededor para devolver al rato la atención sobre su amiga. En su cara se reflejaba la indignación y el enfado que sentía.

—Me da igual que nos escuchen.

—Pero a mí, no. Es mi vida —le recordó.

Franny suspiró con fuerza pasados unos minutos.

—Está bien. Perdona. —Le tomó la mano—. Es solo que no me ha gustado lo que has dicho y…

—¿El qué? ¿Que quizás lo salude? Soy una persona educada, Franny —señaló, mostrando una media sonrisa que acabó contagiando a la otra mujer.

Esta negó con la cabeza.

—Ya sabes a lo que me refiero —le indicó, y le palmeó la mano—. Anna, él fue quien se marchó. No lo olvides.

La mujer, que tenía los ojos fijos en los oscuros de Franny, tardó en asentir. Era como si estuviera pensando qué decir cuando esta misma conversación la habían mantenido en diferentes ocasiones, y nada había cambiado: Carlo se había marchado.

Una verdad inquebrantable…, aunque dentro de las verdades ni todo era blanco ni todo negro, sino dependiendo del protagonista que lo vivía.

Y Anna escondía su propia verdad.

—Sí, cierto —afirmó, y apretó la mano que sujetaba. Se incorporó al poco y se recolocó los pantalones de lino blanco que llevaba—. Será mejor que me marche. No quiero que Giovanni te eche mucho de menos —indicó, mirando la vivienda, donde las luces ya estaban apagadas.

Franny se levantó también de la silla, observó su casa, situada en la primera planta, encima de la heladería, y sonrió.

—Estará ya en el séptimo sueño.

Anna le dio un beso en la mejilla.

—Seguro que, cuando te acuestes a su lado, te arropará con un abrazo.

—¿Tienes alguna cámara en nuestro dormitorio? —le preguntó divertida, y Anna se rio—.

Según me tumbe, me abrazará y no me soltará hasta mañana.

—Eso es algo bueno, Franny.

—En invierno. En verano…, podríamos entrar en un debate incansable sobre el tema. Hace mucho calor, amiga.

Anna se rio de nuevo y comenzó a caminar marcha atrás, sin perderla de vista.

—Piensa que a otras nos espera solo el colchón.

—¿Si quieres me voy contigo? —le sugirió.

Se rio y negó con la cabeza.

—Nos vemos mañana. Descansa y cuídate —dijo esto último señalando su propia barriga.

Franny se llevó las manos por instinto hasta esa zona de su cuerpo y amplió su sonrisa.

—Lo haré.

Capítulo 9

Los pasos de Anna sobre el adoquinado resonaban según avanzaba hacia el lugar donde había estacionado su vehículo. No se cruzó con nadie, salvo con un par de turistas despistados que hablaban casi a gritos mientras trataban de encontrar el hotel donde se alojaban.

El pueblo estaba inmerso en un cómodo silencio, muy diferente a lo que sucedería al día siguiente, cuando todos los vecinos y visitantes saldrían a las calles para celebrar la Noche de las Luces.

Era un acontecimiento importante para la localidad. Una celebración de festejo, en la que, aparte de disfrutar de unas bellas estampas, ya que las calles del pueblo se llenaban de velas y su lumbre ofrecía una iluminación etérea, también compartirían tiempo con los más allegados.

En casa de los Santoro se celebraba por todo lo alto. Con una cena a la que estaban invitados todos los jornaleros, algunos vecinos y, en esta ocasión, también acudiría María.

Su María regresaba a casa.

Después de un duro año escolar, en el que apenas la había visto, salvo en los escasos fines de semana que sus responsabilidades la habían dejado escaparse, por fin regresaba a casa por vacaciones.

La *nonna* estaba entusiasmada, e incluso Lorenzo no dejaba de contar los días que faltaban para ver a su nieta para que lo ayudara con la propiedad. Una de sus pasiones.

La pequeña disfrutaba entre la lavanda y alegraba el día a todos con sus risas y sus comentarios inocentes.

Todos estaban felices por su regreso, ansiando ese aire de la mañana que traía la niña y que se colaba por la hacienda Santoro, arrancando sonrisas y conversaciones animadas.

De pronto, un ruido se escuchó por detrás de ella, alertándola. Detuvo sus pasos, miró hacia atrás, pero no vio nada extraño, por lo que continuó avanzando.

Ya le quedaba poco para llegar a su coche.

Lo había dejado a las afueras, en una explanada que había habilitado hacía tiempo el Ayuntamiento para evitar que el pueblo sufriera los excesos del tráfico rodado, excepto cuando ya no había más remedio, y, aunque nunca había sentido que estaba demasiado lejos de la plaza principal, hoy se le estaba haciendo el camino demasiado largo.

Tenía una sensación extraña.

Un nuevo sonido, de pisadas aceleradas, la puso en alerta de nuevo. Se paró, simulando que se ataba los cordones de las zapatillas, y esperó unos minutos hasta que un grupo de chicos jóvenes pasó muy cerca de ella.

Algunos la saludaron cuando la reconocieron.

—Buenas noches, Anna. ¿Todo bien? —le preguntó el hijo del panadero.

—Sí, gracias. ¿Habéis adelantado la fiesta? —Se incorporó y acompasó el paso al de ellos.

Uno con el pelo rubio levantó una bolsa de plástico para mostrársela.

—Pero solo son cosas sanas.

El resto del grupo se rio por su comentario, y Anna no pudo evitar imitarlos.

—Anda, tened cuidado y no os desmadréis demasiado, que mañana es el día grande.

—Mañana es mañana, y hoy es hoy —indicó otro del grupo, recibiendo una colleja que lo hizo callar.

—¿Y esa frase tan tonta? —le preguntó el hijo del panadero.

El chico que la había realizado se rio a mandíbula abierta y se encogió de hombros.

—Se la he escuchado a alguien.

—Y tiene mucha razón —indicó Anna, atrayendo la atención de algunos de ellos. El resto comenzó a subir una de las cuestas que los llevaría hasta la cima de la colina.

—¿Ves? —indicó el joven que había recibido el golpe, mirando al otro.

—Es como decir *carpe diem*.

—Carpe… ¿qué? —hablaron los dos a la vez.

—*Carpe diem* —repitió Anna divertida—. Es latín.

—Ohh… —dijeron al unísono, y asintieron al mismo tiempo.

Anna se carcajeó.

—Anda, idos con vuestros amigos. —Señaló el lugar por donde había desaparecido el resto del grupo—. No os van a esperar si seguís aquí escuchándome.

—Es muy interesante —afirmó el hijo del panadero.

—Sí, muy interesante —señaló de forma irónica el otro, y tiró del brazo de su amigo—. Otro día nos lo explicas, Anna.

Esta asintió.

—Otro día.

—Ehh…, que yo quería escucharla —se quejó el chico del panadero mientras su amigo lo obligaba a avanzar.

—Tú lo que querías era ligar con ella. —Escuchó Anna que le decía, lo que le hizo estallar en una sonora carcajada.

Los dos jóvenes la miraron y, aunque ya no oyó lo que hablaban, por estar a bastante distancia de ella, la sonrisa de su rostro tardó en desaparecer.

Torció una esquina en cuanto se quedó sola y salió del recinto del pueblo. Acabó enfrente del aparcamiento casi desierto. Vio su viejo Ford azul junto a uno de los muros de carga que sostenía un par de árboles, y avanzó sin mirar atrás mientras sacaba las llaves del bolsillo de sus pantalones.

Nada más llegar al automóvil, la sensación que la había asaltado cuando callejeaba apareció de nuevo.

Se giró sobre sus pies, observando lo que la rodeaba, pero, como no vio nada extraño, se volvió hacia el Ford. Pulsó el botón de las llaves que abría las puertas y los faros parpadearon con rapidez, justo cuando un aroma conocido, que creía haber olvidado, llegó hasta ella.

—Hola, Anna…

Esa voz la paralizó.

Su corazón comenzó a bombear de forma descontrolada y sintió que el oxígeno no le llegaba con facilidad a sus pulmones. Se agarró las manos con fuerza, aunque las llaves le hicieron daño en las palmas, pero comenzaron a temblar de forma descontrolada y no quería que él lo viera, que supiera lo que la afectaba ese encuentro.

—Ha pasado mucho tiempo —comentó la misma voz al ver que ella no decía nada.

Anna acabó apoyando una de las manos sobre el techo del coche, respiró con profundidad, mientras contaba mentalmente hasta tres, y terminó volviéndose hacia el hombre con una sonrisa autoimpuesta. Esperaba que la escasa luz artificial que había por la zona no la delatara.

Rezaba para que no la delatara.

—Carlo… —decir su nombre en alto le dolió—, escuché que habías regresado.

—Sí. Ayer. —Sonrió, pero, para sorpresa de ella, de inmediato agachó la cabeza. Era como si no pudiera mantenerle la mirada.

Nervioso por estar allí.

Nervioso como ella.

Nerviosos…

Observó cómo escondía las manos en los bolsillos de sus pantalones oscuros, unos que se le ajustaban al cuerpo a la perfección, y se percató de que se balanceaba sobre los talones. El mismo movimiento que realizaba hacía años cuando estaba inseguro, y eso, aunque no debía, la insufló un poco de fuerza.

Lo estudió desde la distancia y comprobó que era cierto lo que Franny le había dicho: estaba guapo.

Seguía siendo atractivo.

Era como si el tiempo transcurrido no hubiera hecho mella en él.

Alto, de cuerpo esbelto y con el cabello más corto de lo que lo recordaba. La luz de la farola la ayudó a comprobar que el rojo de los mechones seguía muy presente, al igual que en la barba que adornaba su rostro.

Sonrió al pensar que la ridícula perilla que había tenido hacía diez años se había transformado en una barba que le cubría casi toda la barbilla y mejillas. Le quedaba bien…, muy bien, pero seguía sin ser muy abundante.

Se percató de que la camiseta negra que llevaba le quedaba algo suelta, de mangas cortas, por donde asomaban unos morenos brazos y algo que no tenía allí cuando lo vio por última vez. Parecía el final de un tatuaje que se enlazaba por el músculo del antebrazo y se perdía por el interior de la prenda, lo que le impidió reconocer el dibujo.

«Sí, sigue tan guapo como lo recordaba».

El silencio se asentó entre los dos, mientras buscaban cómo retomar la conversación. Ese fiel confidente que los había acompañado en tantas ocasiones cuando estaban juntos, que presenció sus primeros besos, sus primeras caricias y sus primeros avances en el arte amatorio. Un silencio que, a pesar de los años pasados, de la distancia que los había separado y de esa despedida que nunca sucedió formalmente, volvía a ser su testigo más fiel.

Él era el único que sabía lo que sucedió entre los dos. El único que conocía lo que ambos sufrieron y el dolor que se provocaron.

Anna se mordió el labio inferior a causa de los nervios que la invadían, los mismos que sufría Carlo y que eran tan visibles.

—Se te ve como siempre —le dijo, encontrando un valor que no sabía que poseía.

Carlo levantó la cabeza con rapidez y fijó sus ojos en los azules de ella. Con la escasa luz artificial que había en la zona, no podía apreciar las tonalidades de estos, pero no los había olvidado.

No había podido olvidar sus ojos azules, como el color del cielo de la Toscana italiana…

Aunque lo intentó. Dios sabía que lo había intentado sin éxito.

—Siempre has sido demasiado benevolente.

—Yo lo llamo educación —afirmó, asomando una pequeña sonrisa verdadera en sus labios por primera vez desde que se habían encontrado.

Este chasqueó los dedos en el aire.

—Sí, claro. Educación. —Le guiñó un ojo—. La *nonna* debe de estar muy orgullosa de la persona en la que te has convertido. —Dejó caer la mirada verde por su cuerpo, haciendo que

miles de escalofríos la recorrieran de arriba abajo.

No la había tocado, y los separaba un espacio considerable, por lo que ni la temperatura de su cuerpo podía afectarla, pero lo había hecho.

Ella podía jurar que lo había hecho… con solo una mirada.

—Bueno… —Se pasó la mano por el cuello nerviosa.

—Mis padres me han dicho que eres una gran emprendedora —le soltó, dejándola descolocada.

«¿Qué acaba de ocurrir?». Ella pensaba… Creía que… hablaban de otra cosa, de ella…, de ellos…

—¿Emprendedora?

—Dicen que gracias a tus ideas, Santoro está mejor que nunca —le aclaró.

—Ahh… Bueno, tampoco ha sido todo cosa mía.

—Tan modesta como siempre —afirmó, y dio un paso hacia ella.

Anna lo observó confusa. Acababa de notar algo en su tono de voz que la hizo dudar de si la halagaba o… ¿era sarcasmo?

—No es modestia, sino ser consciente de mis capacidades —le indicó—. Si no fuera por *nonna* o por mi padre, nada habría sido posible.

—La familia Santoro siempre a una —comentó Carlo bajando la voz, y le apartó un mechón que se había soltado de su trenza.

«¿Cuándo ha llegado a mi lado? ¿Cómo ha ocurrido?».

Anna se quedó muda por sus actos e, involuntariamente, llevó la mano hasta ese cabello rebelde que lo había atraído. Comenzó a enrollarlo en su dedo índice, en ese tic nervioso que había tenido de joven y que llevaba tiempo sin aparecer.

Sintió los verdes ojos fijos en sus movimientos, y su aroma, ese que lo había delatado, la golpeó desde más cerca, haciendo que el latido de su corazón variara.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo? —se interesó, tratando de ser cordial.

Carlo parpadeó varias veces, como si acabara de regresar de donde fuera que había ido en esos segundos. Hipnotizado en un recuerdo.

—Depende…

—¿Depende? —preguntó con el ceño fruncido.

Este se encogió de hombros, atrapó el mechón suelto con el que jugaba y lo colocó detrás de su oreja. Sus ojos anclados en los de ella, su respiración enroscada en la de ella…

En un movimiento intencionado, dejó que sus dedos se deslizaran por su piel, hasta que apartó la mano con rapidez, como si se acabara de quemar. Al mismo tiempo, dio un par de pasos hacia atrás, buscando el aire que necesitaban sus pulmones y que, al lado de Anna, le costaba encontrar.

—Sí, bueno, he aprendido que los planes se pueden romper y por eso trato de no estar sujeto a ellos.

Fue una bofetada directa hacia ella.

—Bueno… Sí… —titubeó sin saber muy bien qué decir. Miró el reloj de pulsera que llevaba, regalo de graduación de su *nonna*, y anunció—: Tengo que irme. Es demasiado tarde.

Carlo asintió con la mandíbula tensa.

—Sí, claro. Es tarde —comentó mordaz.

Anna, aunque volvió a notar ese tono de voz que tanto la extrañaba en él, lo ignoró. Abrió la puerta de su coche y se volvió hacia él un instante.

—Bueno…, ya nos veremos.

—Sí, mañana —le indicó, sorprendiéndola.

—¿Mañana?

Carlo sonrió como si guardara un secreto.

—¿No se sigue celebrando la gran cena Santoro con motivo de las fiestas? —Ella asintió—. Mi familia está invitada, y yo sigo formando parte de los Rossi.

—Ahh… Sí, claro. —Miró a ambos lados como si buscara algo—. Pues nos vemos mañana, entonces.

Este asintió y se apartó unos pasos para no entorpecer su camino.

Anna se acomodó en el interior del automóvil, arrancó el motor y, tras encender los faros, salió despacio del aparcamiento.

Carlo se quedó en el mismo sitio, mirando el lugar por el que ella había desaparecido, un tiempo indeterminado.

Capítulo 10

El pasado siempre reclama su sitio.

Anna estaba sentada detrás de una mesa en el cuarto que habían habilitado en el nuevo edificio de la hacienda Santoro, donde se almacenaba y manipulaba la cosecha de lavanda. Tenía la vista fija en la gran pantalla del ordenador, donde trataba de cuadrar los números entre los productos que compraban y vendían.

Se pasó la mano por la cara, no sin antes quitarse las gafas que necesitaba para trabajar, y dejó caer la cabeza tras emitir un suspiro de impotencia.

Odiaba la contabilidad y, aunque tenía una gestora que se encargaba de este tipo de tareas, siempre le había gustado revisar todo antes de enviárselo.

Le gustaba…, pero no cuando estaban sufriendo la mayor ola de calor que jamás había conocido el país, o cuando la presencia de su antigua pareja estaba más presente que nunca.

Golpeó con fuerza la mesa de madera y movió de inmediato la mano cuando el dolor la atravesó. Se mordió la lengua, acallando un grito, y se levantó de la silla para asomarse por la ventana.

Los campos de lavanda destacaban en el paisaje con el sol del atardecer perdiendo fuerza tras las montañas. Se había levantado una suave brisa que provocaba que las plantas se movieran a su ritmo, siguiendo una melodía estudiada, y haciendo que su aroma llegara hasta las fosas nasales de Anna.

Un olor familiar.

Un perfume conocido.

Un aroma que la cobijaba y la cuidaba.

Había disfrutado de esa misma imagen cada uno de los días de su vida, y ya eran veintiocho años los que iba a cumplir. Salvo por el tiempo que estuvo ausente, estudiando en la universidad, esa fotografía la había acompañado durante demasiado tiempo.

Pero nunca se cansaba de ella.

Aunque… hubo una etapa de su vida donde dudó; donde el amor la hizo dudar.

Hace unos años.

—¿Cómo está tu padre? —Carlo le preguntó desde el otro lado del teléfono.

—Desde que está en casa, mucho mejor —respondió Anna, apoyando la espalda en la blanca pared—. El médico tenía razón.

—¿En qué? —se interesó el muchacho.

—Nos dijo que, en cuanto regresara a su hogar, la recuperación sería más rápida —lo informó, y se rio—. De hecho, tendrías que ver a mi *nonna* pegándose con él para que descanse y que no se ponga a trabajar. Si nos descuidamos, esta mañana habría estado en el campo…

Carlo se carcajeó al imaginar la escena.

—¿Y cómo lo habéis impedido?

—Gracias a Juan y al resto de trabajadores —le indicó, y sonrió recordando cómo se había despertado al escuchar los gritos de los empleados—. Mi padre estaba muy indignado y ha amenazado con despedirlos. Creo que incluso a Juan lo ha llegado a echar, pero este ha pasado

de él. Ya lo conoces.

Aunque Juan no llevaba mucho tiempo trabajando en la hacienda Santoro, pronto se había hecho con su puesto, llegando a ser alguien imprescindible para que la propiedad siguiera funcionando. Sobre todo, desde el ataque al corazón del dueño y su posterior convalecencia.

Carlo asintió con la cabeza, pero Anna no pudo verlo porque los separaban miles de kilómetros de distancia. Miró por la ventana de la casa que le habían asignado y observó el oscuro cielo, mientras la tormenta arreciaba sobre el salvaje océano. La silueta de la plataforma petrolífera, donde comenzaría a trabajar al día siguiente, se desdibujaba estática entre la lluvia, a pesar de los truenos y relámpagos que se repetían incesantes, como si le dieran la bienvenida a esa nueva tierra.

Una tierra muy diferente a su Toscana natal, llena de luz y colores vivos.

Observó el interior de la vivienda prefabricada a la que lo habían trasladado nada más aterrizar el avión, con solo una mesa y dos sillas como mobiliario, y una cocina montada sin demasiados lujos. Tenía un único cuarto de baño, con una ducha donde su altura le complicaría la tarea, y un dormitorio con una cama individual, que deberían cambiar cuando Anna llegara.

Si algún día ocurría eso…

—Te echo de menos —confesó, apartando la vista del mar embravecido.

Un silencio llenó la línea telefónica, seguido de un suspiro que le alteró el corazón.

—Unos días más —indicó ella a media voz.

—Unos días más… —repitió Carlo, al mismo tiempo que cerraba el puño alrededor del cable del teléfono.

—Es solo hasta que mi padre se encuentre mejor y pueda dejarlos solos —aclaró con rapidez, como si necesitara dar más explicaciones por su demora—. A él y a *nonna*.

—Sí, claro. Lo que necesites —le señaló, aunque por dentro se moría por no tenerla a su lado, porque sabía que esos *días* se estaban alargando y el miedo a no volver a verla le robaba el sueño.

—Solo serán unos días —insistió Anna, más para ella misma que para que Carlo lo entendiera. Necesitaba autoconvencerse; necesitaba asegurarse de que hacía lo correcto—. Te quiero.

—Te quiero, mi pequeña *farfalla*.

Era una verdad universal que ninguno de los dos negaba.

Ambos se querían, se amaban… Sus corazones latían al unísono, bajo la misma melodía que los dos llevaban escuchando desde que se conocieron y descubrieron lo que significaba la palabra amor.

Los dos lo sabían…

Pero a veces el amor no es suficiente para que una pareja se mantenga unida.

A veces el amor no es suficiente.

El silencio volvió a invadir el teléfono, mientras la pareja esperaba que alguno de los dos dijera algo. Que alguno hablara de la verdad, de esa que sobrevolaba su relación y que acallaban por miedo a darle voz, porque eso implicaría que fuera algo real y en esos momentos ninguno quería vivir en esa realidad.

—Anna… —La voz de su padre se coló en la conversación, rompiendo lo que compartían: *su* silencio.

La joven miró a su padre y levantó uno de sus dedos, pidiéndole tiempo.

—Tengo que irme —le avisó a Carlo.

—Está bien —afirmó, y se pasó la mano por la barbilla donde la perilla comenzaba a

camuflarse con el resto del vello pelirrojo de la cara—. Mañana comienzo en la plataforma y estaré por un tiempo incomunicado. No sé cuándo podré llamarte de nuevo…

—Tranquilo —le dijo con rapidez—. No pasa nada. Ya hablaremos.

—Sí, ya hablaremos…

—Anna…

—Carlo, tengo que colgar —le indicó ante la segunda llamada de su padre, y cortó sin dejar que el joven terminara de hablar.

En la actualidad.

Anna parpadeó varias veces seguidas, alejando los recuerdos que la perturbaban cada poco y que no lograba olvidar, a pesar del tiempo pasado. Observó las montañas, donde la noche comenzaba a despuntar, y vio las luces de los faros de los vehículos que empezaban a llegar a la hacienda. Tomó aire, buscando la fuerza que necesitaba para afrontar esa noche, y se volvió hacia la mesa para apagar el monitor del ordenador justo cuando alguien llamaba a la puerta.

—Ya voy, *nonna* —dijo sin mirar—. Estaba cerrando…

—Pues Rosa estaba equivocada…

Anna levantó la cabeza en cuanto escuchó su voz, y vio a Carlo en el espacio de la puerta.

Apenas había luz en la estancia, la escasa que entraba de la nave principal y que seguía encendida, pero en su despacho no había ninguna iluminación artificial. La luna ya había sustituido al sol en su trabajo diario y a ella la había pillado de improviso, sumergida entre los números y sus recuerdos.

Lo vio allí enfrente, entre las sombras, y, aunque apenas era perceptible su rostro, sabía que estaba sonriendo. Con esa sonrisa indolente que asomaba cada poco a su cara y que la ponía nerviosa desde bien pequeña por no saber qué esperar de él.

—¿En qué estaba equivocada mi *nonna*?

Carlo se cruzó de brazos y apoyó parte de su cuerpo en el marco de la puerta sin apartar la mirada de ella.

La oscuridad no impedía que Anna sintiera la fuerza de sus verdes ojos.

—Me ha dicho que estarías trabajando todavía y que me costaría mucho arrancarte del ordenador.

Anna sonrió con timidez y colocó la silla en el espacio que le correspondía.

—Normalmente es así, pero me cuesta concentrarme desde hace unos días.

—¿Y eso? —preguntó, y, por su tono de voz, aunque parecía una cuestión de lo más inocente, se apreció cierto interés egoísta en descubrir la respuesta.

Ella se encogió de hombros y se apartó de la mesa.

—Creo que es por el calor.

—Ah… sí, claro. El calor —comentó con ironía, y, aunque Anna lo notó, no quiso añadir nada más.

Ambos sabían lo que allí ocurría.

—Bueno…, ¿y cuándo has llegado? —lo interrogó desde el centro de la estancia. No se atrevía a dar un paso más, como si temiera que, si se acercaba a él, algo pudiera suceder.

—Hace un rato. Antes de que el sol desapareciera, lo que me ha permitido ver cómo ha crecido la propiedad Santoro…

—No ha sido para tanto…

—… desde que me fui.

Hablaron al mismo tiempo.

Anna pensó que él había terminado y, como nunca le había gustado recibir halagos, se había precipitado a intervenir en una conversación que se le hacía difícil.

Carlo no había querido añadir esa coletilla, en la que remarcaba desde cuándo no estaba allí, pero no sabía por qué lo había dicho. No lo había podido evitar.

Ambos se miraron a los ojos y ambos fueron muy conscientes de la tensión que sobrevolaba la habitación, y que los ahogaba.

—Carlo, yo…

—Mira, Anna…

Volvieron a hablar a la vez, pero esta vez una torpe sonrisa apareció en sus caras cuando se dieron cuenta.

Carlo se pasó la mano por el cuello y amplió la sonrisa, lo que hizo que el blanco de sus dientes resaltara con la luz de la luna.

Anna sintió que sus mejillas enrojecían y agradeció que no hubiera apenas luz que delatara su desasosiego.

—Perdona —se disculpó, y lo señaló—. Habla tú.

El hombre dudó por unos segundos, pero al final asintió. Se movió del hueco de la puerta, dando dos pasos hacia Anna, lo que la hizo retroceder, y este, instintivamente, se detuvo.

—Sé que esto es difícil para ti…

—No sé a qué te refieres —atajó ella nerviosa.

Carlo sonrió de medio lado y la señaló.

—Anna…, esto… —Movió la mano de uno al otro, dejando claro lo que acababa de suceder segundos antes.

Ella suspiró con fuerza y asintió.

—Está bien. Perdona… —Pasó sus manos por la falda de su vestido azul, una que nacía desde su cintura, donde terminaba el corpiño, y que se ajustaba a las caderas, y atrapó esas mismas manos por delante al rato. No sabía qué hacer con ellas sin delatar su estado intranquilo—. Es solo que…

Carlo chascó la lengua contra el paladar y movió la mano derecha en el aire, quitando importancia a lo que fuera a decir.

—No pasa nada. —Escondió las manos en sus vaqueros y retomó el tema—. Sé que es difícil, pero creo que deberíamos firmar una tregua, o algo por el estilo.

Arrugó el ceño.

—¿Una tregua?

—Sí, para que el resto no sufra esta situación —aclaró, y señaló la ventana del despacho desde donde se podía ver que seguían llegando más vehículos.

Anna tardó en entender lo que le decía, pero, cuando lo hizo, asintió.

—¿Y cómo lo hacemos?

Carlo avanzó hacia ella, y esta retrocedió al mismo tiempo, golpeándose con la mesa la pierna.

—De momento, estaría bien que no huyeras de mí…

Anna se masajeó la zona golpeada y sonrió con timidez.

—Sí, perdona. Es algo involuntario.

—Pues sería mejor que trataras de controlarlo —apuntó, y acortó la distancia que los separaba.

En esta ocasión, Anna no retrocedió, pero no supo muy bien la razón. Quizás porque la mesa

se lo impedía o porque las palabras de Carlo hicieron efecto.

—Tienes razón —afirmó, y se estiró todo lo larga que era, aunque ni así quedó su cara a la misma altura que la de él.

Carlo le sacaba dos cabezas y ni con los zapatos de tacón que se había puesto para esa noche conseguía tener sus ojos de frente.

—Normalmente, siempre fue así —indicó, y le apartó unos mechones de la cara.

Ese gesto la pilló por sorpresa.

Elevó la cabeza y observó que los verdes iris la miraban. Ancló sus ojos azules en estos y sus respiraciones se enlazaron al unísono.

No se tocaban.

Sus cuerpos estaban separados por unos centímetros, pero el calor que irradiaban estos hacían que fueran muy conscientes de la presencia del otro.

Su aroma tan familiar, el que no había logrado olvidar a pesar de sus intentos, la golpeó de lleno e hizo que su corazón comenzara a latir a un ritmo que llevaba sin sentir desde hacía años.

Se fijó en cómo sus ojos descendían por su cara hasta posarse sobre sus labios e, instintivamente, los entreabrió.

Un segundo…

Solo fue un segundo en el que su cabeza se preguntó si su sabor seguiría siendo el mismo; en el que pensó si sus besos serían iguales a cuando eran novios o si habría perfeccionado su técnica porque habría conocido a otras mujeres…

Otras…

Fue como si un rayo atravesara todo su cuerpo, uno a conciencia, cuando ese pensamiento se materializó.

«¿Otras?».

Frunció el ceño sin darse cuenta y se apartó de él, acercándose a la puerta.

—Seguro que mi *nonna* necesita que la ayude —comentó desde la seguridad que le proporcionaba la distancia, y sin atreverse a mirarlo.

Carlo no tardó en reaccionar.

—Sí, claro. —Se puso en movimiento—. Para eso he venido, ¿no? —dijo, y se detuvo en el mismo hueco de la puerta, donde se encontraba ella. Esta vez Anna no huyó—. Rosa me mataría si supiera que, en vez de cumplir con mi misión de llevarte a la cena, te estoy entreteniendo.

Sus miradas se encontraron de nuevo, pero todo lo que habían compartido minutos antes había desaparecido de sus ojos.

—Y no queremos que tu regreso se tiña de una desgracia, ¿verdad? —indicó, tratando de sonreír, pero el gesto no llegó a sus ojos.

—No… Claro —coincidió Carlo, pero no se movió.

Era como si, ahora que volvía a tenerla cerca y que la luz de la nave los permitía verse con mayor libertad, no pudiera reaccionar y su cuerpo le impidiera realizar el resto de las funciones. Solo quería estar allí, en ese lugar, cerca de Anna.

Quizás era buena idea que ella saliera corriendo cada vez que él se aproximaba…

—*Mamma*, *mamma*… —Una voz infantil se coló por la nave, acompañada de pisadas urgentes.

Carlo frunció el ceño al escucharla y Anna se separó con rapidez de él, como si se diera cuenta de golpe de que no debería estar allí. Que no debería estar con él.

Capítulo 11

—María, ¿qué haces aquí? —Anna se acuclilló un poco y abrió los brazos para acoger a la pequeña.

Habían logrado ponerle para el festejo de esa noche un vestido amarillo que le llegaba hasta las rodillas, donde ya había una herida de esa misma mañana, de cuando había ido al campo con su abuelo. Las mangas con volantes le caían por debajo de los hombros y, aunque estaba preciosa, sabía que acabaría llena de tierra o manchada por cualquier otra cosa en cuanto llegara el hijo de Franny.

Tenía el cabello pelirrojo recogido en dos trenzas a ambos lados de la cara, y en su rostro las pecas comenzaban a resaltar sobre la punta de la nariz, a pesar del moreno de su piel. Sus ojos, de un verde claro, miraban todo con una curiosidad extrema; la misma curiosidad que la llevaba a querer saber la respuesta a cualquier cosa, sin permitir que esta fuera un «porque sí» o un «porque no».

La de quebraderos de cabeza que le ocasionaba a Anna este tema y que la llevaba a querer darle una respuesta coherente a sus interrogatorios, que, en ocasiones —muchas ocasiones—, hasta desconocía ella misma y le tocaba buscar en san Google.

Su *nonna* decía que en eso se parecía a ella, pero en el resto… era la viva imagen de su padre.

—Me envía la *nonna* —informó esta, enrollando sus brazos alrededor del cuello de su madre —. Dice que ha mandado a un señor a hacer mi trabajo, pero que ha debido perderse por el camino.

Anna sonrió con ternura ante la explicación, y porque sabía la verdadera razón por la que Rosa había enviado a su bisnieta en su busca.

Miró a Carlo, que seguía cerca de la puerta de su despacho, inmóvil, sin apartar los ojos de la pequeña desde que había aparecido en la nave, y rezó para que todo saliera bien.

—Casi…

—¿Quién es? —preguntó la pequeña bajando la voz, lo que no impidió que Carlo la escuchara.

—El señor que se había perdido —le aclaró Anna y se irguió, atrapando la mano de su hija—. Carlo, esta es María…

—Su hija preferida —apuntó la niña, sin ninguna timidez, y le ofreció la mano que tenía libre a modo de saludo, como había visto hacer muchas veces a los adultos.

Anna se rio por su atrevimiento.

El hombre arrugó el ceño y pasó su mirada de Anna a la pequeña, ignorando la mano de esta última.

—¿Tienes hijos?

—Una hija. María —puntualizó, por si el comentario de la niña lo había confundido.

La pequeña acabó por dejar caer su pequeño brazo al ver que el hombre no le estrechaba la mano. Quizás estaba equivocada y lo que se esperaba de ella eran los dos besos de rigor que la obligaban a dar cuando le presentaban a una nueva persona, cuando a ella no le gustaban.

¡Qué manía tenían los mayores con los dos besos! A ella solo le gustaba dar besos a la *nonna*, a su abuelo y a su *mamma*. Ahh… y a Nico. No podía olvidarse de su mejor amigo, y de la tía Franny, y el tío Giovanni… Vale, y a Juan, y al resto de trabajadores de su *nonno*[6], pero ya. No

le gustaba dar más besos a nadie, y menos a ese señor que la miraba con cara rara y que no había querido estrecharle la mano.

Anna posó la mano encima de la pequeña cabeza pelirroja cuando esta dejó caer su pequeño brazo, y esperó a que Carlo reaccionara.

Pero parecía que tardaba en hacerlo.

—Carlo…

—Una hija… —repitió, interrumpiéndola.

Anna asintió y sonrió con timidez.

—Tiene nueve años…

—Pronto diez —apuntó la pequeña, y se estiró todo lo que su corta estatura le permitía. Pensaba que quizás, de esa forma, el desconocido se daría cuenta de lo mayor que ya era, y le haría caso.

No sabía bien la razón, pero quería caerle bien a ese hombre, aunque fuera algo raro.

—¿Nueve? —preguntó confuso, y María dejó caer sus hombros rendida al escucharlo.

«¿Por qué no me hace caso? Siempre atraigo la atención de todo el mundo», pensó con el ceño fruncido, mientras sentía a su madre cerca.

—Acaba de regresar del colegio —indicó Anna sin confirmar su pregunta.

—Voy al mismo que fue mi *mamma* —señaló la pequeña orgullosa, y Carlo la miró.

Por primera vez, desde que habían comenzado esa conversación, se atrevió a mirar a la niña a los ojos. Unos ojos verdes, de una tonalidad clara, pero… verdes.

María le regaló una sonrisa que le llegaba hasta esos iris que tanto le llamaban la atención.

—Carlo también fue allí, María —le comentó Anna, atrayendo la atención del hombre.

De los dos. Del adulto y la pequeña.

Porque, por un instante, ambos se habían olvidado de la presencia de la mujer y trataban de adivinar lo que cada uno escondía en su interior.

La niña, curiosa por naturaleza, deseaba saber qué relación tenía Carlo con su madre y por qué se sentía atraída hacia él; por qué buscaba su aprobación.

El hombre, invadido por un mar de dudas, sopesando si lo que su corazón le repetía a cada latido que emitía podía ser cierto o solo una invención.

—¿En serio? —preguntó María sin creerlo, y su madre asintió, tratando de no perder la sonrisa que se había autoimpuesto desde que había aparecido junto a ellos—. ¡Es increíble!

—¿Qué es increíble?

—Que vosotros dos hayáis ido al mismo cole —dijo señalándolos—, y que ahora estéis aquí, otra vez. Los dos —remarcó para dar énfasis a sus palabras.

—Eso no es tan increíble, *farfalla* —la llamó con el apelativo cariñoso que todos utilizaban para dirigirse a ella, lo que atrajo todavía más la atención de Carlo.

Él había sido el primero en utilizarlo.

Él había sido el primero en todo en su vida.

—*Farfalla*…

María miró al hombre.

—*Mamma* siempre me llama así —le aclaró—. Es por mis pecas. —Se señaló las pequeñas motas que tenía en la nariz—. Dice que es porque las mariposas se posaron sobre ella cuando solo era un bebé y dejaron sus huellas en mi piel —le explicó sonriente, pero avanzó un par de pasos hacia él y lo animó a agacharse.

Carlo miró a su madre, que no dudó en mover la cabeza de forma afirmativa, invitándolo a

hacer lo que la niña le pedía.

Se dobló en un ángulo recto y acercó el oído a la boca de María.

Esta, en cuanto lo tuvo donde quería, le dijo:

—Pero no es real. Son pecas. —Lo miró a los verdes ojos con fijeza, esperando algo de él.

Este tardó en reaccionar. En su cabeza solo martilleaba la misma idea: verdes.

María parpadeó y arrugó un poco las cejas, un movimiento que sirvió para que Carlo reaccionara. Se agachó todavía más, hasta ponerse a la altura de la pequeña, y observó las marcas que resaltaban sobre su piel.

—¿Te ha contado que eso es lo que yo le decía a ella? ¿Lo de las mariposas?

La niña agrandó los ojos sorprendida y miró a su madre.

—¿Es verdad? —Anna asintió—. Hala… Tengo que contárselo a Nico. Va a alucinar.

—¿Nico? —preguntó Carlo incorporándose.

—Es mi mejor amigo —le indicó la pequeña.

—Es el hijo de Franny y Giovanni —le aclaró Anna, y este asintió.

—Ya veo que en estos diez años ha habido muchos cambios —comentó tensando la mandíbula.

Anna asintió y apretó la mano de su hija con más fuerza de la necesaria.

—*Mamma*…, me haces daño —se quejó María, al mismo tiempo que se deshacía de su agarre.

Esta vio como movía la mano y se arrepintió de sus actos de inmediato.

—Perdona, *farfalla*.

—Tranquila, *mamma.* Ya dijo *nonna* que hoy estarías algo rara…

Carlo sonrió con picardía al escuchar a la pequeña y Anna sintió como enrojecía su cara.

—No sé por qué dice la *nonna* eso, pero…

—Sabes, *mamma* —la cortó, dejándola con la palabra en la boca—, ya sé cómo perdonarte.

Anna arqueó una de sus cejas oscuras al escucharla.

—¿No acabas de decir que no pasaba nada?

La pequeña movió la mano de lado a lado.

—Pero me has hecho daño. —La miró con una cara que buscaba dar lástima, pero, por la actitud de su madre, lo iba a tener muy difícil—. Creo que podría perdonarte si hoy como doble de helado. —Trató de no sonreír, de mantener el mismo gesto de dolor que buscaba manipular a Anna, pero esa sonrisa traicionera, la que hablaba de travesuras y diabluras, asomaba cada poco a sus labios, y Carlo no pudo evitar reír ante lo que veía.

Anna lo miró con gesto enfadado, pero este supo que todo era fachada. Por dentro, su antigua amiga trataba de controlar su diversión por el comportamiento de su hija. Aunque habían pasado los años, la conocía demasiado bien y, por muchos cambios que hubiera habido en su vida —como esa niña pequeña de nueve años—, el acto reflejo de morderse el labio, tratando de retener la carcajada, la delataba.

—María… —llamó a su hija con un tono de voz que no admitía réplica y que la pequeña conocía bien.

Esta bufó con fuerza y golpeó el suelo con el pie derecho, levantando serrín y polvo al mismo tiempo.

—Joo…, venga. Hoy es fiesta —insistió con aspavientos exagerados—. Además, el helado es bueno para quitar todas las penas. Es lo que te dice siempre la tía Franny cuando viene y te obliga a comerlo.

Anna enrojeció de nuevo al escuchar a su hija y por el rabillo del ojo pudo vislumbrar otra

sonrisa divertida de Carlo.

—Bueno…, ya veremos después —cedió, y vio cómo María saltaba de alegría—. Si tienes hambre después de toda la comida que ha preparado la *nonna*, lo hablaremos.

La niña se acarició la barriga.

—Yo, siempre…

Los dos adultos estallaron en carcajadas sin poder evitarlo y María, viéndose el centro de atención, exageró todavía más sus movimientos.

Anna le tiró con cariño de una trenza y Carlo le regaló una sonrisa amable; la misma que llevaba buscando la pequeña sin saberlo. Un gesto con el que se sintió a gusto, tranquila y querida.

Lo observó, deteniendo sus movimientos, y centró toda su atención en su rostro.

Carlo, al sentirse observado con fijeza, empezó a notar cierto malestar que nacía en su estómago y que le robaba, sin percatarse, el aire que necesitaba para respirar. Miró a la pequeña, posó a continuación sus ojos sobre la madre y, al final, con miedo a decir o hacer algo de lo que pensaba que no estaba preparado, anunció:

—Creo que será mejor que me vaya. Mis padres puede que me estén buscando… —Y, sin más, se marchó, dejándolas solas.

Madre e hija lo observaron alejarse en silencio mientras su figura se perdía en la noche, hasta que ambas se miraron a los ojos.

—¿Se ha enfadado?

—No lo sé, cariño —indicó Anna, y comenzó a caminar hacia fuera de la nave, sin soltar a la pequeña de la mano—. Hace mucho que no nos vemos.

—¿Sois amigos? —se interesó María con entusiasmo. Eran pocos los amigos que tenía su madre. Salvo los padres de Nico y los empleados de su abuelo, no había conocido a nadie más que se pudiera considerar amigo de esta, y le hacía ilusión que alguien más le contara cosas de ella, de cuando era pequeña.

—Éramos amigos —especificó.

—¿Hace mucho?

Anna la miró y luego observó la casa donde esperaban la familia y los más allegados.

—Tú no habías nacido todavía.

—¡Genial! —gritó la niña, y se soltó de su madre.

Esta la miró confusa.

—¿Y eso?

—Porque así me podrá contar nuevas cosas de cuando eras pequeña, *mamma* —le explicó—. Ya estoy cansada de lo que la *nonna* o la tía Franny me cuenten lo mismo. No paran de decir que soy muy parecida a ti cuando tenías mi edad, pero no las creo.

Anna estalló en carcajadas, alejando las preocupaciones que la invadían desde que Carlo había regresado.

—¿No las crees?

La pequeña negó con la cabeza con energía.

—Me da que se están inventando muchas cosas. Sobre todo, la madre de Nico —dijo esto último bajando la voz, como si fuera un secreto que no quisiera que nadie más escuchara, y eso que se encontraban las dos solas.

—Cariño, no sé si Carlo querrá contarte algo… —Le acarició la mejilla mientras pensaba que quizás no volverían a verlo después de su despedida.

María entrecerró los ojos y miró la casa familiar.

—Déjame eso a mí, *mamma*. Yo me encargo —indicó, y se adentró por el mismo camino que con anterioridad había seguido Carlo y que llevaba hacia la vivienda principal.

No miró ni una sola vez hacia atrás para comprobar que su madre la seguía. Tenía un objetivo y lo iba a cumplir, y ella no podía más que rezar para que Carlo tuviera paciencia suficiente para soportarla.

María podía ser muy obstinada cuando quería y nada la hacía cambiar de idea. Ni siquiera la amenaza de un buen castigo.

Esa era otra de las cosas en las que se parecía a su padre…

6 Abuelo.

Capítulo 12

La mesa de la cocina la habían sacado fuera de la vivienda, junto con un par más de menor tamaño. Las habían colocado debajo del techado de madera que nacía de la estructura de la casa, y del que colgaban algunos racimos de uvas moradas y verdes, junto a ramas y hojas de una vid muy antigua que habían plantado los antepasados de la familia Santoro hacía mucho tiempo.

Un número importante de sillas rodeaban las mesas, que habían vestido de manteles diferentes al no poseer uno de diseño similar de gran tamaño. Había uno blanco, otro de cuadros rojos y blancos, y uno azul un poco más oscuro. Las servilletas tampoco congeniaban con las otras telas ni los cubiertos, vajilla y copas que se habían dispuesto sobre la superficie, pero eso no era lo importante.

Lo esencial era la celebración, la reunión en un día destacado para los habitantes de esa zona y que buscaba que todos los que se querían tuvieran un momento de festejo para pasarlo bien y hablar de lo divino y lo mundano.

Un tiempo para estar todos juntos antes de acudir al evento del año y que congregaba a bastante gente de la zona, de los pueblos cercanos y no tan próximos, y a numerosos turistas.

Hoy era la Noche de las Luces y todos estaban muy nerviosos y excitados por ver cómo se había engalanado su pueblo.

Cuando Anna llegó a la cena, un poco más tarde que su hija y que Carlo, porque tuvo que cerciorarse de que las luces de la nave quedaran todas apagadas y que las entradas al edificio estaban cerradas, ya se había colocado la comida sobre la mesa.

Vio tablas de madera con embutidos y quesos, los *crostini*[7] en los que su *nonna* había untado su tradicional paté casero, y algunas *bruschettas*[8] con tomates frescos y champiñones. Destacaba el color de la *panzanella*[9], en dos ensaladeras ovaladas de las que se servían ya algunos jornaleros, y dos fuentes más con *pappardelle*[10].

Anna estaba deseando probar cómo le había quedado la pasta con la salsa de jabalí a Franny, su especialidad, aunque esta la había amenazado con hacerlos con salsa de liebre, aun sabiendo que no era de su agrado.

Saludó a su padre con un beso cuando llegó a su altura, en la cabecera de la mesa, y acarició la cabeza de su hija y de Nico, quienes estaban sentados cerca del dueño de la hacienda Santoro. Su *nonna*, junto a su amiga y su marido, salían de la casa con más bandejas de comida, algo de pan y botellas de vino; vio a los padres de Carlo acomodados a la mesa, cerca de Juan, charlando animadamente, y dejó caer la vista sobre la gran superficie, saludando a un par de vecinos más que siempre eran bienvenidos a la cena.

Cuando terminó la inspección, sin resultados, movió la cabeza de lado a lado en un intento de vislumbrar si detrás de las cortinas de las ventanas veía a quien buscaba.

No lo encontró y sintió como si alguien aprisionara su corazón. Fue una sensación conocida con la que llevaba conviviendo desde hacía un tiempo, pero, desde hacía unos días, se había olvidado de ella y de lo que la hacía sentir.

Fue a internarse por la casa, por si quizás lo encontraba en su interior, pero su padre la detuvo:

—Anna, siéntate. —Señaló una silla vacía no muy lejos de donde se encontraba—. Si tardas más, te quedarás sin comida.

—Sí, *mamma*… —afirmó su hija, mirándola—. La comida está deliciosa.

—La *nonna* se ha superado —indicó Franny a su lado, sorprendiéndola.

No la había visto acercarse.

Anna agarró el respaldo de la silla y tiró de ella para poder sentarse.

—Pues habrá que probar la comida de la *nonna*. —Miró a la mujer mayor, que en ese momento se acomodaba enfrente de ella.

—Están exagerando…

Franny chascó con la lengua el paladar.

—Venga, Rosa, no nos sea modesta a su edad.

La mujer negó con la cabeza y elevó la copa que le acababa de llenar de vino una de las empleadas de la hacienda.

—No es modestia…

—Es educación —dijeron a la vez más de uno de los allí reunidos, y estallaron en carcajadas.

Anna también se rio, pero no sintió que la diversión la inundara. Estaba preocupada.

—Quizás podrías ir a por más vino, Anna —le sugirió Franny, apoyando la mano sobre la de esta, impidiéndola sentarse.

—¿Más vino? —preguntó Giovanni enseñándole dos botellas que acababa de traer de la bodega.

—Sí, más vino —insistió su esposa con un tono de voz que no admitía réplica.

—Amigo, cuando una mujer habla, no se la contradice —apuntó Juan, y le palmeó la espalda a Giovanni—. Sobre todo, si se trata de Francesca.

—¡Qué razón tienes, amigo! —indicó este, y le sirvió más bebida al jornalero—. Cuando mi Franny habla, se va a misa.

La mujer suspiró y puso los ojos en blanco.

—¿No sé lo que puedo hacer con vosotros dos?

—Yo, sí —señaló Juan, y Giovanni negó con la cabeza.

—Mi esposa, amigo. *Mi* esposa —remarcó el posesivo, y ambos hombres brindaron con sus copas.

Franny bufó de nuevo y los ignoró. Miró a su amiga, quien sonreía por el espectáculo, y atrajo su atención:

—Anna, vino.

Esta la miró con el ceño fruncido.

—¿No acaba de subir Giovanni de la bodega?

—Necesitamos más, *farfalla* —indicó Rosa como si nada.

Las dos mujeres miraron a la mayor, que seguía comiendo y hablando con la madre de Carlo, que estaba sentada a su lado. Parecía ajena a la conversación que ambas mantenían, pero en el fondo no era así.

Franny y Anna se devolvieron extrañadas la mirada, hasta que la primera reaccionó. Posó las manos sobre los hombros de su amiga, la giró hacia la derecha y, tras darle una palmada en el trasero, le ordenó:

—Trae vino.

Anna se giró hacia ella confusa, vio cómo ocupaba la misma silla en la que pretendía haberse sentado ella misma, y, tras unos segundos de duda, decidió hacer lo que le pedía.

Desapareció por el interior de la casa y descendió por las escaleras que llevaban a la bodega. Según bajaba, las voces y risas se alejaban.

No tuvo que encender la luz porque ya lo estaba, y se apuntó mentalmente que, cuando

regresara arriba, leería la cartilla a su amiga y a su marido. Ambos no paraban de quejarse de que Nico se dejaba las luces de la casa encendidas y que tenían que ir tras él apagándolas, mientras lo reprendían porque la electricidad estaba muy cara. Pues… ellos acababan de hacer lo mismo que el pequeño.

Con cuidado de no pisar el escalón que llevaba roto desde que era una niña, y más con los zapatos que se había puesto para esa noche y que parecía que le estaban haciendo el harakiri a sus delicados pies, llegó a la planta de abajo.

En ese momento, comprendió el extraño comportamiento de su amiga e incluso el de su *nonna*, y entendió la razón por la que la luz estaba encendida.

Se quedó inmóvil en cuanto bajó el último peldaño con cuidado y observó la espalda masculina que iba embutida en una camisa negra. A diferencia de en su primer encuentro de esa noche, se había recogido las mangas largas hasta pasado un poco los codos y sus músculos se marcaban a la perfección.

Cerró los ojos, como en un acto instintivo, y aspiró su aroma a naturaleza. Era el mismo olor que la había acompañado desde que se conocieron; el que no la había abandonado, aunque él se había marchado.

Desconocía cómo Carlo supo que se encontraba allí, ya que ella creía que no había hecho ningún ruido o movimiento que hubiera atraído su atención, pero bastaron unos segundos para que se volviera y sus ojos se encontraran.

Al principio no hablaron. ¿Qué se podían decir? Engaños, mentiras y medias verdades sobrevolaban su relación y ninguno se atrevía a dar el paso para aclarar lo sucedido hoy, cómo para solucionar lo pasado hacía diez años.

Anna atrapó uno de los mechones negros que llevaba sueltos y comenzó a enrollarlo alrededor de su dedo índice, hasta que encontró el valor que necesitaba.

—Pensé que…

—¿Que me había ido? —preguntó Carlo, y esta asintió, sin importarle que la hubiera interrumpido. Incluso vio lógico que en su cara apareciera una sonrisa mordaz—. Quizás es lo que debería haber hecho…

Carlo atrapó una botella de vino, de las que se guardaban en las estanterías que había colocadas en las paredes rugosas de la bodega, y, tras limpiar el polvo acumulado sobre la superficie de cristal, leyó la etiqueta. O por lo menos eso era lo que Anna pensó que hacía, porque no la miraba. Su atención estaba centrada en ese papel pequeño y sus respiraciones acompasadas eran el único sonido que se escuchaba en la estancia.

El silencio se asentó de nuevo en la bodega. Un silencio opresor que ponía nerviosa a Anna porque no sabía qué decir, qué hacer o cómo reaccionar. ¿Qué se podía hacer ante lo que había ocurrido? ¿Ante lo que ella había provocado? Porque Anna era la única culpable de esta situación.

—Carlo…

—Debería haberme ido —la cortó, retomando la idea que llevaba circulando por su cabeza desde que había dejado a Anna y a la niña en la nave—. Marcharme muy lejos de aquí sin despedirme o sin pedir ninguna explicación. —Avanzó hacia ella, pero esta no retrocedió, y Carlo sonrió con cinismo al darse cuenta de ello.

—Te lo puedo explicar.

Apretó con fuerza la botella al escucharla. Los nudillos se le pusieron blancos por la presión, y fue casi un milagro que no se rompiera el vidrio en ese momento.

—Diez años, Anna. Diez años… —repitió acercando su cara a la de ella—. Y me dices, ahora —subrayó utilizando un tono irónico—, que me lo puedes explicar. —Se carcajeó, pero en su risa no había ninguna diversión.

—Es complicado…

Los ojos verdes se centraron en los azules, mientras la mandíbula de Carlo se tensaba hasta límites insospechados.

—¡Complicado! —escupió al final, y se alejó de ella, dejando la botella de vino en el mismo lugar de donde la había cogido.

Golpeó la estantería metálica en un acto reflejo, sin mirarla, y respiró varias veces seguidas como si buscara hallar el control que necesitaba para afrontar lo que allí sucedía.

Anna observó su espalda, su rigidez y su estado alterado. Se fijó en la tensión que se reflejaba en sus manos, apoyadas en los estantes, y sintió como el latido de su propio corazón resonaba en el comienzo de su garganta.

Llevó sus propias manos hasta su cuello y respiró con profundidad, tratando de tranquilizarse.

Debían estar tranquilos, mantener esta conversación relajados, como la había imaginado en multitud de ocasiones en su cabeza cuando se autoconvencía de que debía contarle a Carlo la verdad.

Llamarlo y hablar…

Sí, habían pasado diez años desde la última vez que se vieron; casi el mismo tiempo desde la última vez que hablaron por teléfono, y, aunque no se habían vuelto a llamar, a ver…, ambos sabían de cada uno de sus pasos, de dónde se encontraban y lo que hacían, por sus familias.

Ellos eran quienes mantenían el contacto y quienes buscaban que los dos lo retomaran… por el amor que se habían profesado.

No era una excusa que Anna desconociera en qué ciudad o país se encontraba Carlo trabajando, porque ella sabía que, aunque iba de un lado para otro —durante esos años había adquirido una valiosa experiencia que llevaba a que las empresas se lo rifaran para que trabajara para ellos—, podría haberlo localizado.

Esa no era la cuestión importante.

Ese no había sido nunca el problema.

El tema era… que Anna no quería contárselo.

—¿Sabe que existo? —preguntó Carlo de pronto, haciendo referencia a la niña—. ¿Le has hablado de mí? —Se señaló a sí mismo—. ¿De su padre?

La mujer observó la impotencia que se reflejaba en su rostro y no pudo mentirle.

No se merecía eso.

—¿Cómo podrías dudarlo?

Él arqueó una de sus cejas pelirrojas.

—No sé. —Abrió los brazos—. Dímelo tú.

—Es complicado —insistió Anna.

Carlo la miró de arriba abajo y, pasado un tiempo prudencial, se dejó caer sobre un barril de vino y se cruzó de brazos sin apartar la mirada de ella.

—Pues explícamelo.

—¿Ahora? —preguntó confusa—. Arriba están nuestras familias. Nos esperan…

—Anna, ahora —insistió, y, por su tono de voz, ella se dio cuenta de que no tenía salida.

Miró a ambos lados, buscando algo para sentarse, y encontró un pequeño taburete que había pertenecido a su hija. Sonrió con tristeza al darse cuenta de lo oportuno de encontrarlo en ese

momento y, tras deshacerse de los zapatos, subirse la falda hasta las rodillas, se acomodó como pudo.

—¿Qué quieres saber? —le dijo, mirándolo desde su posición.

Estaba más baja que él y se dio cuenta de que quizás debió haber buscado otro asiento para no sentirse tan pequeña ante sus ojos.

—¿Es mía?

7 Los *crostini* son un aperitivo italiano que consiste en pequeñas rodajas de pan tostado o a la parrilla con ingredientes encima.

8 Las *bruschettas* son rebanadas de pan tostado, rebozadas con algún ajo y puestas a la parrilla para que se doren. Al servir, se las riega con aceite de oliva, sal y pimentón molido.

9 La *panzanella* es un plato tradicional de la región de la Toscana. En su origen, estaba hecho de cebolla, pan, ajos y aceite de oliva. La incorporación del tomate se realizó con posterioridad. También se añadieron otros ingredientes: apio, lechuga, albahaca, *mozzarella*, huevos cocidos o aceitunas.

10 *Pappardelle* es un tipo de pasta que tiene su origen en la región de la Toscana. Se puede encontrar seca en nidos o como pasta fresca. Perfecta para elaborar platos contundentes o las sopas tan típicas de la gastronomía del norte de Italia. Se cocinan al dente y se pueden acompañar de salsa boloñesa, gorgonzola, carbonara, de trufa…

Capítulo 13

Anna lo miró con fiereza ante la pregunta. Una que sabía que podía producirse, pero que en su fuero interno no esperaba que la formulara.

Después de lo que habían vivido, de lo que se habían querido…, no la esperaba.

—Me conoces…

—No. Te conocía —la corrigió—. Pero viendo lo visto, ya no sé qué pensar. —Elevó las manos al techo y las dejó caer sin fuerzas a continuación.

Ella se pasó las manos por la falda del vestido, dejando marcas de sudor por la delicada tela. Solo a ella se le había ocurrido ponerse hoy ese traje.

—¿Si dudas, por qué has preguntado antes si te conocía? ¿Si sabía de su padre? ¿De ti? —le recordó sus propias palabras.

Carlo frunció el ceño y se levantó de golpe, sorprendiéndola.

—Está bien. Tienes razón —afirmó—. Pero tienes que comprender que te lo pregunte, que quiera que…

—Te lo confirmé —acabó por él, y este la miró a los ojos.

Eran dos titanes enfrentados, midiendo sus fuerzas, sin querer rendirse…

Nada habían aprendido.

Carlo terminó por darle la espalda tras un tiempo que le pareció eterno, y ella, tras tomar una fuerte bocanada de aire, la que necesitaba para seguir allí, para mantener esa conversación, le indicó:

—María es tu hija.

Este se volvió con rapidez hacia ella.

—¿Mi hija? —preguntó con incertidumbre, porque, aunque la había visto, aunque había hablado con ella, aunque había estado a su lado… las dudas lo carcomían por dentro porque no quería hacerse ilusiones.

«¿Ilusiones? El destino tiene una manera extraña de burlarse de mí», pensó, y se llevó la mano al corazón de manera inconsciente.

—Sí, es tu hija, Carlo —le corroboró Anna, sin perder ningún detalle de su rostro.

Él suspiró y se apoyó en el barril en el que había estado sentado minutos antes.

—Es preciosa…

—Sí —afirmó—, y se parece a ti.

La miró al escucharla.

—¿A mí?

Anna no pudo evitar carcajearse por la pregunta.

—¿Estás dudando? ¿En serio? —Se levantó y se recolocó la falda—. Es tu viva imagen, Carlo. Hasta la *nonna* dice que cree verte a ti en cada trastada que hace María.

—¿Rosa sabe que…? —No pudo terminar la pregunta, pero Anna lo entendió sin problemas.

Asintió y atrapó de nuevo el mechón de su cabello.

—Ella y Franny lo saben.

Carlo frunció confuso el ceño.

—¿Solo ellas? ¿Y al resto qué les has contado?

Se pasó nerviosa las manos por el vestido, buscando unos bolsillos que sabía que no iba a

encontrar, y maldijo de nuevo el momento en el que se le había ocurrido ponerse esa ropa.

—Mi padre sabe que es su nieta, pero desconoce el nombre del padre —le confesó.

—¿No ha querido saberlo? —Ella asintió con la cabeza, pero a mitad de camino cambió de opinión y la movió de lado a lado—. No lo entiendo.

Anna atrapó sus manos y comenzó a jugar con los dedos, agachando la cabeza. No tenía fuerzas para sostener su mirada.

—Después del ataque al corazón, se convirtió en otra persona —le explicó—. En alguien más atento y cuidadoso. Pendiente de la hacienda —abrió los brazos abarcando lo que los rodeaba—, y de las personas que la habitamos, de *nonna* y de mí.

—Eso ya me lo dijiste…

—Una de las últimas veces que hablamos —continuó por él, y ambos asintieron, recordando una de las conversaciones que mantuvieron antes de que todo cambiara… Todavía más—. Sí, la transformación fue muy palpable desde que salió del hospital, y no sabes lo que nos alegramos la *nonna* y yo de esa evolución.

—Es lógico, teniendo en cuenta los años de sufrimiento que padecisteis —añadió Carlo, recordando el tiempo en el que el padre de Anna desaparecía o, peor, cuando estaba presente, pero se encontraba borracho.

Anna se acercó a las escaleras y se sentó en uno de los peldaños, no sin tener que recogerse la falda antes hasta las rodillas para hacerlo con cierta dignidad.

—Era otro, Carlo… Era muy diferente vivir aquí —rememoró con una sonrisa ilusionada.

—Lo sé —afirmó—. Te lo notaba en la voz cada vez que hablábamos por teléfono.

Ella asintió una vez más y apoyó la espalda en la pared, estirando las piernas por el peldaño.

—Cuando se enteró de…

—Del embarazo —indicó por ella al ver que se quedaba callada.

Anna lo miró a los ojos.

—Fue el momento que más temía —confesó—. Temía su respuesta, qué podía ser de mí…, de las dos… —Llevó las manos hasta el estómago en un acto reflejo, como si todavía estuviera dentro de ella la niña.

—¿Y qué pasó? —la animó a hablar, observando que se quedaba abstraída con algún recuerdo.

Ella parpadeó varias veces, regresando de algún lugar lejano, y lo miró.

—Nada —indicó, y él frunció confuso el ceño—. *Nonna* lo descubrió casi desde el principio, cuando me pilló un día al lado del váter, echando las tripas.

Carlo sonrió al imaginar la escena, aunque por dentro sabía que le habría gustado estar allí. A su lado.

—Y te obligó a comer. —No fue una pregunta, sino una afirmación. Conociendo a la mujer mayor, de seguro que no se habría separado de ella en los nueve meses de embarazo.

Anna puso los ojos en blanco y bufó con fuerza.

—No te digo la de kilos que cogí. No te habría gustado verme…

—Lo dudo —señaló, y ella fijó su mirada en él, mientras el silencio los arropaba.

Ninguno añadió nada más, temiendo lo que el otro pudiera decir, pero al mismo tiempo deseando que alguno hablara.

Una carcajada se coló por la bodega, haciendo que Anna saltara del susto y Carlo sonriera al verla.

Fue una sonrisa conocida. Amistosa, tierna y cariñosa, como la que compartían hacía años;

como la que lo acompañaba en sus sueños.

Pero duró poco.

El tiempo suficiente en el que Carlo se percató de que ya no eran los mismos. De que ya no eran esos chiquillos que se querían y confiaban en el otro.

—Me explicabas lo de tu padre —le recordó, impregnando en su voz un tono más arisco, como si necesitara autoconvencerse de que esa conversación no era amistosa.

Ella asintió y apartó la mirada. No quería que se percatara de la tristeza que inundaba sus iris azules por la situación que vivían.

—Se lo dije con mi *nonna* presente, por si volvía a sufrir del corazón ante la noticia… —Él movió la cabeza de arriba abajo. Era lo más normal, teniendo en cuenta los antecedentes del señor Lorenzo—. Ya comenzaba a notarse la barriga y no podía retrasarlo mucho más porque lo podía descubrir tarde o temprano. Prefería decírselo yo misma.

—Es comprensible —indicó con un tono irónico que Anna no quiso responder ni contestar.

Entendía que lo afectara, que lo molestara e incluso que estuviera enfadado. No se había comportado como debía.

—Pero, lejos de enfadarse —continuó con la explicación—, o de reaccionar como lo habría hecho el antiguo Lorenzo, se quedó en la silla mirándome, y, pasados unos minutos, apoyó la mano en mi barriga. —Anna imitó los movimientos que relataba—. Solo se preocupó por si me encontraba bien. Si ella estaba bien…

Carlo se acercó hasta las escaleras y, cuando estuvo cerca de Anna, preguntó:

—¿No quiso saber nada del padre?

Negó con la cabeza.

—Creo que siempre ha sabido la verdad, que María es tuya, pero…

—¿Pero? —insistió cuando vio que no continuaba hablando.

Anna soltó el aire que retenía en su interior.

—Es un tema del que no se habla en Santoro.

—¿No se habla? —repitió frunciendo el ceño.

Ella negó con la cabeza de nuevo.

—Es complicado…

—Agh… —rugió con impotencia y golpeó la pared por encima de la cabeza de Anna—. Ya estamos con lo mismo. Es complicado. Es complicado… —repitió de forma brusca—. ¡Explícate, joder!

Se incorporó, quedándose a la misma altura que él, gracias al escalón en el que se encontraba, y centró su mirada en la del hombre. Los ojos verdes brillaban llenos de furia.

—Lo hice por ti, imbécil —le soltó, dejándolo con la boca abierta—. Por ti. —Le golpeó el pecho varias veces seguidas, mientras las lágrimas se deslizaban por su cara.

Carlo tardó en reaccionar, pero, cuando lo hizo, atrapó sus manos y la agarró del cuello, obligándola a mirarlo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó cuando logró detenerla.

Los ojos azules estaban fijos en los de él.

Sus respiraciones, alteradas, estaban enredadas.

Y sus corazones estaban desbocados por la conversación que mantenían y, aunque ninguno lo admitiría nunca, por la cercanía de sus cuerpos.

Anna consiguió tranquilizarse, sin saber muy bien cómo, y, tras un suspiro pronunciado, le indicó:

—Por tu futuro.

Hace unos años.

—Anna, no sabes la gran noticia que me han dado hoy —le anunció Carlo nada más descolgar el teléfono.

La joven sonrió en cuanto escuchó la felicidad en su voz.

—Venga, cuéntame —lo animó—. Necesito escuchar algo bueno, después del día que he tenido…

—¿Qué ha pasado? —le preguntó preocupado, olvidándose de todo, salvo de ella—. ¿Está bien tu padre? ¿Una nueva recaída?

—No, él está mejor que nunca —afirmó—. Tendrías que verlo. Ha cambiado tanto que parece otro hombre. Es como si, al haber sufrido un ataque al corazón, haya pensado que Dios le ha regalado una segunda oportunidad que debe aprovechar.

—Seguro que eso es cosa de don Tommasso.

Anna se rio.

—Algo ha influido, no te lo negaré —afirmó—. Mi *nonna* lo llevó a la iglesia según salió del hospital y no sabemos qué le habrá dicho el padre, pero, fuera lo que fuera, tuvo que ser para que se comportara como alguien nuevo.

—Me alegro, porque Rosa ya necesitaba recuperar a su hijo —indicó Carlo.

—Y yo a mi padre —apuntó Anna, y suspiró.

—Ya tocaba —señaló el joven, y sonrió al mismo tiempo que ella. No la veía, pero sabía que lo hacía. Lo sentía—. Pero ¿entonces? ¿Qué ha ocurrido para que hayas tenido un mal día? —se interesó al recordar sus palabras.

—No es nada importante…

Este chascó la lengua contra el paladar, silenciándola.

—No digas eso. Todo lo referente a ti es importante para mí —le indicó, y Anna sonrió de forma soñadora.

—Es solo que… —Dudó unos segundos.

—*Farfalla*, ¿qué ocurre? ¿Estás bien?

Anna se llevó la mano a la barriga de forma involuntaria.

—Sí, es solo que hoy mi cuerpo no ha retenido nada de lo que comía y mi *nonna*…

—Seguro que ha estado pendiente de ti a todas horas para que te alimentaras correctamente —la interrumpió.

Ella tardó en hablar de nuevo. Apretó con fuerza el teléfono y, tras soltar el aire que retenía sin saberlo, tomó una decisión.

—Dile que te haga los *cannoli* de chocolate que tanto te gustan —añadió Carlo sin dejarla hablar—. Seguro que con eso se te van todos los males.

—Sí, se lo diré —señaló a media voz, perdiendo el momento. Olvidándose de su propósito, de lo que iba a decir…, de lo que debía hacer…

—Estoy deseando comerme uno —Carlo prosiguió sin darse cuenta de que algo no iba bien, que algo sucedía—, pero voy a tardar en hacerlo…

Eso llamó la atención de Anna.

—¿Por qué? Me dijiste que vendrías este fin de semana para ayudarme con las maletas.

Después del tiempo que había perdido en tomar una decisión que creía la correcta, a pesar de

sus miedos y de sus propios sueños. Ahora…, todo variaba.

—Lo sé, lo sé… —la cortó—. Pero ha habido un cambio de planes.

—¿Cambio de planes?

—Sí, y no te lo vas a creer, *farfalla*. ¿Qué tal te suena México? —Ella se quedó callada unos segundos—. Anna…, ¿estás ahí?

—Sí, perdona —respondió con rapidez—. ¿Qué pasa con México?

—Me han ofrecido un gran trabajo en una de las plataformas petrolíferas de la empresa en la que estoy ahora, y quieren que vaya.

—¿Tan pronto? Si apenas has trabajado en el Mar del Norte.

—Dicen que aprendo rápido y que en este nuevo puesto podría encajar a la perfección —le explicó—. Nuevas responsabilidades y un mayor sueldo. —Se notaba lo entusiasmado que estaba con la idea.

—¿Y qué pasa con nosotros? —se aventuró ella a preguntar.

—Nada… Todo… —Estaba muy nervioso—. Nuestros planes siguen en pie, pero ahora en un país más caluroso.

El silencio se posó por la línea telefónica.

—Es una gran noticia —Anna tardó en hablar.

—Si no quieres, siempre puedo rechazar el puesto.

—No, no… —lo cortó de inmediato—. Acéptalo. ¡México, allá vamos!

Carlo se rio por su grito de entusiasmo. Un entusiasmo forzado que no percibió.

—Lo único es que hay un problema —apuntó Carlo en un momento dado.

Mientras lo escuchaba, Anna miraba a su *nonna* y a su padre, y luego su barriga, todavía plana, atrajo toda su atención.

—¿Uno solo?

—Sí, uno, tontita —le dijo este divertido—. Es que el traslado se hará dentro de un par de semanas, por lo que tendremos que retrasar tu mudanza hasta que estemos en México.

Anna pasó la mano por la tripa con ternura.

—No te preocupes. Podremos esperar.

—Sabía que dirías eso, *farfalla* —afirmó Carlo convencido—. Te quiero.

—Yo también te quiero, y no sabes cuánto —añadió, pero el joven no dio importancia a esa mención.

Capítulo 14

—Ahh… Ahí estáis. —La voz de Francesca se coló por la puerta que conducía a la bodega—. No os encontrábamos.

Anna no pudo evitar sonreír al escucharla. No podía ser más mentirosa.

—¿Sucede algo, Franny? —Se limpió la cara en un intento de borrar el rastro de las lágrimas que se le habían escapado de los ojos sin poder evitarlo, y se movió levemente para que su amiga la viera bien.

—Solo quería informaros de que nos vamos al pueblo. La Noche de las Luces ha debido comenzar ya y no queremos perdérnosla —le dijo con una sonrisa de oreja a oreja que enmarcaba un rostro travieso.

—Está bien. Ahora vamos nosotros —le indicó, y miró a Carlo, que no dejaba de observarla —. ¿De acuerdo?

Este asintió con la cabeza, pero no añadió nada más.

—¿Los dos solos? —insistió Franny.

—Sí, los dos —corroboró Anna con tono cansado—. Iremos en mi coche.

—De acuerdo, pero no os entretengáis mucho. María no querría que faltarais, o por lo menos eso es lo que dice todo el rato: que quiere que el viejo amigo de su *mamma* vea el pueblo con la luz especial.

Anna cerró los ojos y sonrió. Sabía a ciencia cierta que ese comentario había sido realizado adrede y que escondía una doble intención por parte de su amiga.

—Dile a María que no tardaremos, ¿vale?

—Está bien —confirmó la mujer, y se marchó al rato, dejándolos solos de nuevo.

Anna le ofreció una sonrisa de disculpa a Carlo y este, sorprendiéndola, le acarició la mejilla con suavidad para añadir a continuación:

—Las cosas no han cambiado mucho por aquí.

—Ya sabes cómo es Franny… —comentó, sintiendo arder la zona en la que sus pieles se habían tocado.

Seguían muy cerca.

Ella, subida a las escaleras, y él, en la planta de abajo, pero ambos a la misma altura, y, aunque no se tocaban, eran muy conscientes de la respiración del otro, del olor del otro, de lo que pensaba el otro al mirarse a los ojos.

Escucharon el jaleo de los de arriba, decidiendo en qué vehículo irían, quién se montaría con quién, y oyeron el arrancar de los motores, hasta que el silencio evidenció que no había nadie más en Santoro.

Solo ellos dos.

Carlo acabó por separarse de ella, marcando las distancias.

—Entonces…, que yo lo entienda —comentó pasado un tiempo prudencial—, ¿me mentiste por mí? ¿Por mi bien?

Anna bufó.

—No te mentí… —Él arqueó una de sus cejas pelirrojas—. Me callé.

La carcajada que emitió la atravesó de arriba abajo, helándole las venas.

—Tú y tus subterfugios lingüísticos, *farfalla*. —La señaló con el dedo para a continuación

llevarse las manos a la cabeza.

—Carlo…

—No…, Anna. Mentir o no informarme de algo que me implicaba… —Se golpeó el torso en repetidas ocasiones—. Que era importante para mí; que debía saberlo, joder… —Suspiró con impotencia—. Creo que es lo mismo, ¿no?

La mujer acabó por asentir, agachando la mirada.

—Cierto.

Carlo tomó aire con profundidad.

—Genial. Perfecto. ¡Increíble!

Anna no pudo evitar sonreír con timidez al escuchar la última palabra, la misma que había utilizado su hija cuando lo había conocido.

—Carlo, en ese momento, pensé que hacía lo correcto —le indicó a media voz.

Este la miró.

—¿Lo correcto? —Asintió—. Lo correcto… —repitió, perdiendo fuerza en la voz según lo decía, y le dio la espalda.

Anna descendió las escaleras, fue hacia él y apoyó una de sus manos sobre su espalda.

—Estaba sola. Tenía miedo y… —Se calló, buscando las palabras exactas que pudieran consolarlo, pero se dio cuenta de que no las había.

No podía engañarse.

Había privado a Carlo de la oportunidad de elección.

Este se volvió hacia ella al notar que no continuaba hablando y le agarró la mano.

—Podría haber estado contigo. A tu lado —le comentó.

Anna levantó la vista, encontrándose con esos ojos verdosos que tanto había añorado, y negó con la cabeza.

—No quería limitarte. Era tu momento, lo que habías soñado y lo estabas consiguiendo. Se te abría un futuro por delante sin barreras ni puertas, en el que podrías conocer mundo y donde se te valoraba. —Se deshizo de su agarre y acabó posando esa misma mano en su mejilla. La barba incipiente le raspó la palma, pero sintió que ese era su lugar.

—Podríais haber estado conmigo…

Ella negó de nuevo.

—Con un bebé y una madre primeriza… Deberías haberme visto los primeros meses. Fue una locura —le explicó sonriendo—. Si no hubiera sido por *nonna* o por Franny, no sé cómo lo habría superado.

—Yo te podría haber ayudado —apuntó Carlo.

Anna suspiró y se apartó de él.

—Tu lugar de trabajo era… es —se corrigió— una plataforma petrolífera, Carlo. La previsión, en la mayoría de las veces, es que hubiera estado más tiempo sola que contigo, y con un recién nacido.

El hombre apretó el puño al entender lo que le decía.

—Lo habríamos intentado.

—¿Dónde? ¿En México, Asia, Brasil, Venezuela o el Mar Caspio? Por mencionar algunos de los sitios en los que has estado durante este tiempo —le señaló.

Carlo la miró con fijeza.

—Te veo bien informada.

Anna sintió cómo enrojecía de golpe.

—Tu familia suele contarnos, siempre que nos visitan, las novedades —le explicó con timidez —. Sobre todo, si te destinan a un nuevo país.

—Ya veo… —Asintió y la observó con detenimiento, lo que provocó que se pusiera más nerviosa de lo que ya lo estaba, y a él le arrancó una sonrisa complaciente.

Anna acabó sentándose en los escalones de nuevo y escuchó un rasgado en la tela.

—¡Joder! —gritó, y se levantó de golpe, atrayéndolo.

—¿Pasa algo? ¿Estás bien? —se interesó, tratando de mirar su espalda.

Ella no paraba de girar sobre sí misma, buscando el roto que debía haberse hecho en la falda del vestido. No se había acordado de recogerla y de seguro que se había hecho un buen siete.

—Creo que me la he roto —lo informó.

Carlo puso las manos en sus caderas, deteniéndola, y le dijo:

—Déjame a mí.

Anna asintió mientras observaba cómo se asomaba por un lado para afirmar con la cabeza a continuación.

—¿Es muy grande?

—Bueno, he podido descubrir el color de tu tanga…

—Ohh… —Se giró, en un intento inútil por comprobar lo que decía, hasta que lo escuchó reír.

Lo miró con los ojos bien abiertos mientras Carlo levantaba las palmas de las manos hacia arriba sin detener su diversión.

—Tendrías que verte ahora mismo…

—¿Me estabas tomando el pelo? —Este seguía riendo sin parar, hasta que comenzó a emitir hipidos pronunciados—. Sabes que al final te harás daño, ¿verdad?

Carlo asintió y se limpió algunas lágrimas.

—Puede, pero no sabes cómo lo necesitaba ahora mismo.

Lo observó con detenimiento, olvidándose del dichoso vestido y de su enfado por ser el centro de sus bromas, y acabó sonriendo.

Tal vez necesitaban un respiro…, pero uno más corto que el último que se habían dado.

—Si estás de acuerdo —atrajo su atención—, creo que sería el momento oportuno para ir al pueblo y continuar otro día con esta conversación.

Él solo asintió.

Capítulo 15

Se habían dado una tregua.

Se dirigieron a las escaleras. Anna ascendió primero y Carlo fue detrás de ella. Con distancia, pero sin perderla de vista, cuando la mujer se olvidó del escalón defectuoso.

Inmersa como iba en sus preocupaciones, se torció el tobillo y perdió el equilibrio. Si no hubiera sido porque Carlo reaccionó a tiempo, habría acabado en el suelo. Una caída no muy peligrosa, ya que la altura no era muy elevada, pero de seguro que habría sufrido alguna lesión.

Las manos de Carlo se asentaron con rapidez en su cintura, afianzándola al suelo…, a él. Sus ojos se encontraron y un estallido los atravesó. Fue como si una instantánea pasara del blanco y negro al color vivo.

Como si el universo se detuviera y solo estuvieran ellos dos.

Solos ellos dos…

Fue como si ambos volvieran a la vida, pero a esa vida que tan bien conocían y que habían querido olvidar…, sin éxito.

El verde de sus iris se oscureció, parejo al azul de ella, y sus respiraciones se aceleraron.

Anna fue muy consciente de la presión de sus dedos en las caderas.

Carlo observó su boca e, instintivamente, la lengua de ella apareció con timidez, acariciando el labio inferior.

Los segundos pasaron…

Los minutos se sucedieron…

Y, de pronto, Carlo la apartó de su lado, no sin antes asegurarse de que no corría ningún peligro, para reanudar el ascenso, dejándola sola.

Anna arrugó confusa el ceño, mientras observaba cómo la espalda masculina se alejaba, mientras trataba de retener el latido acelerado de su corazón.

Se apoyó en la pared y cerró los ojos, buscando la fuerza que se le había evaporado y que necesitaba para continuar subiendo las escaleras…, que necesitaba para continuar viviendo.

—¿Al final vamos en tu coche o en el mío? —Escuchó la voz de Carlo desde arriba, devolviéndola al presente.

Vio el hueco de la puerta vacío y respiró con profundidad.

«Venga, Anna… Tú puedes», se dijo, y se puso en movimiento.

—Como quieras —le indicó, elevando el tono de voz por si no la oía—. Le he dicho a Franny que íbamos en el mío, pero porque no sabía si tú…

Se calló de golpe cuando, nada más llegar a la planta de arriba, se lo encontró de frente.

Este sonrió y le mostró unas llaves que colgaban de un llavero de cordel negro que hacía un nudo muy elaborado.

—Prefiero el mío. Así conduzco yo. —Le guiñó un ojo.

—No sé cómo tomarme eso —lo increpó, y pasó por su lado—. Me cambio de ropa y nos vamos, ¿vale?

Carlo asintió.

—Te espero fuera. Creo que aprovecharé para comer algo.

Ella lo miró de lado.

—¿No has comido nada? —Negó con la cabeza—. Perdona…

—Anna, no te disculpes. Era necesario. —Hizo referencia a la conversación que habían mantenido—. Aunque todavía queda mucho por decirnos, por asimilar…

Ella asintió. No podía estar más de acuerdo.

—Pronto. No tardo. —Señaló con la mano el piso de arriba, donde se encontraba su dormitorio.

—Aquí te espero. —Le guiñó un ojo cómplice y se dirigió al patio, pero, a mitad de camino, cambió de opinión—. Anna…

—¿Sí? —le preguntó, mirándolo. Solo había subido un par de peldaños de la escalera que la llevaba a la planta de arriba.

—Por lo que he entendido… —dudó un instante, y ella lo notó—, cuando te conté lo de México, ¿ya lo sabías?

No hizo falta que le aclarara a qué se refería.

—Hacía unos días que me había enterado.

Carlo asintió con lentitud.

—Fue… Cómo… —Se pasó la mano por la nuca, mientras buscaba las palabras que necesitaba y que le costaba tanto encontrar.

Anna se apoyó en la barandilla de las escaleras y lo ayudó:

—Al principio fueron unos meses malos… No retenía nada de lo que entraba en mi cuerpo, pero luego parece que mi organismo se asentó, y no estuvo mal —explicó la verdad a medias, porque no podía decirle que su ausencia había influido en su estado. No quería acentuar un sentimiento culpable que mostraba en el rostro, por algo que no tenía ya solución—. Como te he dicho antes, llegué a coger varios kilos gracias a la comida de mi *nonna*.

Este sonrió al imaginarlo.

—¿Y el parto?

—Bueno… —Se apoyó mejor en la baranda, dejando caer su cabeza sobre una de las manos —, ahí sí que María se hizo de rogar. Parece que estaba muy a gusto dentro y que no le apetecía conocer el mundo.

—¿Pero fue todo bien?

Notó la preocupación en su voz y asintió con rapidez.

—Sí, sí… No hubo problemas, salvo que estuve doce horas de parto. —Puso los ojos en blanco—. Dolor, aburrimiento… y felicidad. Gracias a Franny se me hizo más distendido, dentro de lo que cabe.

Carlo asintió, y se quedaron callados.

Anna, viendo que no mencionaba nada más, se dispuso a reanudar su camino para ir a su habitación, pero en el último momento se detuvo al escuchar a Carlo:

—Doce horas donde podría haber estado yo…

Fue a decir algo, pero, cuando lo buscó, no lo halló. Ya había desaparecido de su vista, y casi que debería darle las gracias porque… qué le habría dicho.

Tenía razón.

Sabía que tenía razón.



Iban en el coche de Carlo, un todoterreno que era perfecto para trabajar en el campo. Negro, de grandes dimensiones; mucho más grande que el viejo Ford de Anna.

—¿Es tuyo? —le preguntó, y palmeó el apoyabrazos de la puerta, tratando de romper el tenso silencio que los acompañaba desde que se habían vuelto a reencontrar en el patio de la casa Santoro.

Anna se había desecho del vestido y de los zapatos de tacón alto. Se había puesto unos vaqueros piratas, que dejaban visibles sus tobillos, una camiseta suelta de color crudo, y se recogió el cabello en una trenza. En los pies se había calzado las deportivas blancas y, tras revisar su imagen en el espejo de cuerpo entero que tenía en el armario, se encontró con Carlo.

Este ni siquiera la miró cuando anunció que ya estaba preparada. Se dirigió a su automóvil, que había aparcado bajo una vieja encina, y, sin decirle nada, se subió al mismo de inmediato.

Anna solo pudo seguirlo, comprendiendo su silencio… al principio, porque estar encerrada en un cubículo, sin la compañía de la radio, mientras que el silencio la ahogaba y la tensión aumentaba, pudo más que su propia prudencia.

Carlo la miró de lado, sin comprender la pregunta.

—El coche —le aclaró—. ¿Lo has comprado?

Este negó.

—Lo he alquilado. No sé el tiempo que estaré por aquí, y no me merecía la pena adquirirlo si…

—Si te vuelves a marchar —terminó por él, recordándose que esto era algo provisional.

Carlo asintió, sin darse cuenta de lo que podía afectarla este hecho.

—Estoy valorando las opciones —le explicó al ver que se quedaba callada otra vez.

—¿Un nuevo destino?

Él movió la cabeza de lado a lado.

—Algo parecido —indicó, pero no dio más detalles, y ella no se los pidió.

Se giró hacia la ventanilla y fijó la mirada en el oscuro paisaje, dejando que ese silencio que la ahogaba minutos antes se apropiara con libertad del espacio.

La luna seguía su trayecto como un faro estático, mientras recorrían los kilómetros que separaban la hacienda del pueblo. Apenas se cruzaron con otros vehículos, debido a las horas que eran, y a que la mayoría de las personas que vivían por la zona seguro que ya se encontrarían en el pueblo.

—¿Nadie te preguntó nunca por el padre de María? —preguntó Carlo de pronto, sorprendiéndola.

Observó su perfil con la tensión marcada en cada una de sus facciones.

—Hubo especulaciones, pero nunca preguntaban directamente, por lo que no tuve… No quise aclararlo —se corrigió, dando énfasis a su decisión—. Ya sabes que rumores siempre ha habido en el pueblo de infinidad de cosas. Los cotillas siempre hablan, pero no preguntan. Creo que es porque les gusta más lo que imaginan y les da miedo que la realidad sea tan aburrida que les chafe sus invenciones.

Carlo asintió con la cabeza.

—¿Y mis padres? No entiendo cómo pareciéndose tanto…

—A ti. —Se le adelantó poniendo voz a sus dudas, pero no con una pregunta, sino con una afirmación. Una contundente afirmación.

Anna no quería que él tuviera ninguna sospecha de ello. Ahora que las cartas estaban sobre la mesa… —la mitad de la baraja—, no deseaba que hubiera más problemas.

Carlo apretó con fuerza el volante.

—¿Nunca se lo cuestionaron?

Ella se giró hacia él. Dobló la pierna izquierda sobre el asiento y comenzó a jugar con los cordones de las deportivas. Necesitaba encontrar las palabras exactas que lo consolaran.

—En estos años he descubierto que si no quieres saber la verdad, no la ves. Por mucho que esté delante de tus narices. Es como si un velo muy fino cubriera tus ojos y te impidiera encontrarla.

—Pero…

—Hubo momentos en los que tus padres venían a casa —continuó, impidiéndole hablar—, coincidiendo con algún regreso de María del colegio, y mencionaban que tenía el mismo color de pelo que los Rossi o que alguna de las trastadas o comentarios que hacía les recordaba a…

—¿A mí?

Ella asintió.

—Pero se quedaba ahí —le indicó, y escuchó cómo bufaba indignado.

Lo comprendía. Lo podía entender. Hasta a ella le parecía todavía increíble que los padres de Carlo no hubieran reconocido a su propia nieta, que ataran cabos…

Pero no hay más ciego que el que no quiere ver.

—Yo la reconocí de inmediato —musitó más para sí que para que ella lo escuchara, pero lo hizo, y Anna atrapó una de sus manos para darle un apretón cariñoso que atrajo toda su atención.

—Lo hiciste —le confirmó—, y ella…

Carlo elevó una de sus cejas con rapidez, al mismo tiempo que el claxon de un vehículo los asustó.

Anna le soltó la mano deprisa y este agarró el volante, mientras devolvía toda su atención a la carretera. Se había despistado una milésima de segundo y el coche había comenzado a girar hacia la izquierda, invadiendo el carril contrario.

El vehículo que los había asustado los adelantó con velocidad e incluso el conductor les hizo gestos obscenos, pero ninguno de los dos le hizo caso.

Carlo siguió al mismo ritmo, y Anna se recolocó en el asiento, poniéndose recta, sin mencionar lo que había ocurrido.

Al poco, apareció su destino ante sus ojos.

La imagen del pueblo que los había visto crecer destacaba en mitad de la noche, iluminado por miles de luces anaranjadas que provenían de un sinfín de velas. Una silueta que iba *in crescendo* por ambos lados de la localidad, con la torre de la iglesia en el centro. Una instantánea perfecta para cualquier cámara fotográfica o para captar con el móvil, y que seguro que todo turista que se había trasladado hasta esa zona realizaría.

Llegaron hasta el desvío que conducía a la población y comenzaron a ver coches estacionados en la cuneta de cualquier manera.

Les iba a ser complicado encontrar sitio.

Carlo reduzco la velocidad, atento a las personas que iban andando por la mitad de la carretera, más pendientes de la conversación que mantenían con sus acompañantes que de los vehículos con los que se cruzaban.

Ascendieron la cuesta a velocidad reducida, la cual terminaba en el aparcamiento donde se habían encontrado la pasada noche, y comprobaron que era casi inviable meter un coche más en la explanada. De hecho, Anna pensó que iban a tener más de un problema a la hora salir de allí los que habían aparcado, ya que ahora mismo parecía una caja de zapatos, pero de esas que,

cuando no sabes dónde guardar algo, lo metes todo a presión.

Carlo pasó sin hacer amago ni de probar a entrar y se metió en una de las calles del pueblo, paralela a la muralla medieval que limitaba la población. Recibió algunos gritos e insultos, increpando su comportamiento, pero los ignoró y torció de inmediato hacia un pequeño callejón sin salida, que, si no lo conocías de antemano, podía pasar desapercibido. Se acercó hasta la pared que impedía seguir avanzando y que estaba camuflada por una gran enredadera verde que la cubría por entera, para detener el motor del todoterreno a continuación.

En cuanto el silencio se hizo presente, ambos se observaron.

—Crees que…

—¿Te ha reconocido? —terminó por él.

Carlo asintió, al mismo tiempo que se pasaba la mano por el pelo rojizo y acabó posando en su nuca.

—Antes, cuando veníamos… —buscó sus ojos azules—, me ha parecido que dabas a entender que eso era posible.

Anna atrapó uno de los mechones castaños que se habían soltado de la trenza.

—Tu hija es muy lista y no se le escapa nada —afirmó mientras Carlo saboreaba esas palabras.

«Tu hija… Mi hija…».

—¿Qué sabe de su padre? —se interesó.

Ella soltó el aire que retenía y se movió incómoda en el asiento, fijando la vista en la verde enredadera. Su color le recordaba al de los ojos de Carlo, por lo que era como si lo mirara frente a frente, pero sin soportar su energía.

—Que antes de nada fue mi amigo —le explicó—. Uno muy antiguo que conocí en la escuela. Con el que jugaba y hacía trastadas. Con el que viví mil aventuras… —Un leve movimiento que captó sin problemas le confirmó que estaba sonriendo, y prosiguió—: Del que acabé enamorándome, porque hacía que fuera feliz…, porque me hacía reír…

—Pensaría que fue un payaso —señaló, atrayendo su atención.

Anna negó con la cabeza y agarró una de sus manos de forma involuntaria. Desde que sus pieles se habían reencontrado, sentía que un imán tiraba de ella para sentirse de nuevo. Su cuerpo lo reclamaba… Su corazón se lo exigía.

—No te creas, que en algunas de las conversaciones que mantuvimos, alguna vez salió ese comentario, porque María tuvo una fase en la que quería trabajar en el circo y soñaba con reencontrarse con su padre y hacer pareja artística.

Él la miró sin dar crédito a lo que escuchaba, pero, en cuanto vio la sonrisa que asomó en su cara, se soltó de su agarre y bufó indignado.

—Te estás burlando de mí.

Negó con la cabeza, pero su sonrisa contradijo sus gestos.

—Te la debía —apuntó, y Carlo gruñó al recordar la escena de la bodega con la falda.

—No era el momento —le indicó, y, por su tono de voz, Anna se dio cuenta de que tenía razón.

Se elevó sobre el asiento y buscó su mano de nuevo, pero este se la retiró para impedírselo y acabó cayendo sobre su cuerpo.

Sus miradas se reencontraron de nuevo y sus respiraciones, cada vez más alteradas, se enlazaron. Sus corazones bombeando a una velocidad vertiginosa los avisaba de que no aguantarían más.

No mucho más…

—Perdona —se disculpó, volviendo a su asiento, pero ninguno de los dos supo a ciencia cierta si era por su comentario, fuera de lugar, o por lo que acababa de suceder entre ellos.

Él negó con la cabeza y suspiró.

—Solo quiero saber si…

—Sí, sabe que existes —afirmó, retomando la conversación—. Hablamos muchas veces de ti, desde que estaba en mi barriga hasta ahora. Tu hija siempre ha querido saber de ti y yo no he querido ocultarle nada.

—¿Nada? —preguntó arqueando una de sus cejas.

—No sabe que tus hermanos son sus tíos en realidad, o tus padres, sus abuelos, aunque se comporta como si lo fueran… —Se calló un momento y arrugó el ceño—. Yo creo que algo se huele.

—Anna…

Ella lo miró de nuevo al notar en su voz la impaciencia.

—Excepto por eso, y que solo ha visto fotos tuyas de joven, no de adulto, todo lo demás lo conoce.

Carlo la miró con un interés renovado.

—¿Qué es *todo* lo demás, Anna?

Ella tardó en responder. Observó su cara, sus cejas, su nariz recta, los labios finos, que estaban amparados por la barba pelirroja, y ascendió de nuevo hasta sus ojos verdosos, los mismos que había heredado su hija.

—Que te amé con locura y que de ese amor nació ella —le confesó, sorprendiéndolo—. Que por ese amor te dejé escapar, porque, cuando se quiere a alguien, quieres que sea feliz.

Carlo fue a decir algo, pero Anna abrió la puerta y salió del vehículo, cerrando la puerta tras ella.

Tardó en reaccionar…

En realidad, se quedó inmóvil, como una estatua, mientras los engranajes de su cabeza se ponían en marcha y trataban de ensamblar cada una de las piezas. ¿Por qué es en estas ocasiones cuando te sientes como que todo va a cámara lenta, cuando debería ser al revés para proceder de inmediato?

Al final, cuando logró que sus extremidades y su cerebro actuaran a la vez, salió del coche para ir tras Anna.

Pero ya no estaba.

Se había marchado.

Capítulo 16

—¡Aquí estás!

El grito de María lo sorprendió, pero mucho más cuando sintió como su manita se perdía entre sus dedos.

Miró a la pequeña, que se había colocado a su lado muy dispuesta, y acabó sonriéndola, correspondiendo a su mismo gesto.

—Te estábamos buscando —lo informó—. Mi madre dice que te habías perdido…

—Porque hay mucha gente —acabó Anna por ella, y Carlo la miró con gesto irónico.

—Sí, me he perdido.

María le apretó con más fuerza la mano.

—Por eso no te voy a soltar mientras damos una vuelta por el pueblo —le indicó, y se giró hacia la calle por la que había subido él.

—María, quizás Carlo no quiera ver las luces —comentó su madre, pero la pequeña la ignoró. Lo que la obligó a seguirlos, mientras dejaban atrás la plaza.

—No tengo otros planes que me gusten más —comentó Carlo, y acabó acompasando el paso al de la niña.

Anna miró hacia atrás, donde estaba Franny junto a su familia, y movió la mano señalándole que iban a ir a dar una vuelta.

Su amiga asintió con la cabeza desde donde se encontraba y, aunque estaban a cierta distancia, Anna pudo vislumbrar una sonrisa que le hizo rechinar los dientes.

—¿A que sí, *mamma*?

La pregunta atrajo toda su atención. Miró a Carlo, que la observaba casi divertido, y luego vio a su hija que, lejos de estar esperando una respuesta, saltaba por la calle empedrada mientras tarareaba la última canción que había escuchado en la radio.

Las velas estaban dispuestas por el suelo, a cada lado, haciendo una senda luminosa que los viandantes seguían. Cada poco, había también farolillos pequeños que colgaban de los enrejados de las ventanas con luces en su interior, o dispuestos en línea según la forma de las barandillas de las terrazas.

Había gente asomada a los balcones, a las ventanas o en las mismas puertas, charlando animadamente, pero la mayoría de los que allí se habían reunido paseaba por las calles estrechas admirando el paisaje.

El pueblo, con una muralla medieval en sus límites, era un laberinto sin fin, que había tenido su origen en la época romana, pero que, con la Edad Media, había adquirido todo su esplendor; y fue en esa etapa histórica donde se originó la Noche de las Luces —o por lo menos eso era lo que indicaba la documentación que se guardaba a buen recaudo en la biblioteca—, para festejar una época de excelentes cosechas.

Los posteriores habitantes de la población continuaron con la celebración, en una vieja tradición que había llegado hasta nuestros días, y que ahora, gracias a las redes sociales y a que el mundo estaba más conectado entre sí, comenzaba a masificarse.

A Anna le gustaba, era una de las fiestas que más le gustaban, pero de un tiempo a esta parte, tener a tanta gente rondando por las calles del pueblo, la agobiaba.

—¿Qué pasa? —preguntó algo confusa.

Carlo se encogió de hombros y escondió las manos en los bolsillos de su vaquero, sin dejar de andar, siguiendo a María.

—Me acaban de invitar a la piscina mañana.

—¿Qué?

María se volvió hacia su madre con una gran sonrisa.

—Como en casa de los Rossi no hay piscina y mañana va a hacer mucho calor, he invitado a tu amigo, *mamma*.

—¿Y quién ha dicho que va a hacer mucho calor? —la interrogó sorprendida de su razonamiento, pero más de que se le hubiera ocurrido invitar a Carlo.

—La tele —dijo, y se volvió de nuevo, dándoles la espalda.

—Ahh…, la tele.

Carlo observó el baile nervioso de María y luego miró de lado a Anna.

—Si no te viene bien…

—No, no… —respondió con rapidez, sin pararse a pensar—. Está bien. Lo único que no sé si habrás traído bañador.

Carlo se rio cortando lo que pretendía ser una excusa.

—Anna, viajo con lo justo. Una maleta en la que siempre va la ropa más necesaria.

María se detuvo de manera brusca y lo miró.

—¿Y un bañador es algo necesario? —Él asintió sin dudar—. Ves, mami, es un hombre muy listo.

Anna la observó asombrada.

—¿Por llevar bañador?

Ella negó con la cabeza y especificó:

—Por viajar con una sola maleta, no como nosotras que, cuando salimos para unas pocas horas, vamos cargadas.

Anna agrandó los ojos y Carlo retuvo la carcajada como pudo, que acabó por escapársele al poco sin poder evitarlo.

—Ey… —lo regañó, golpeándole el brazo—. No te rías.

—Perdona, pero no negarás que tiene razón. —Señaló a María, que miraba a su madre, orgullosa.

Esta torció el morro y prosiguió caminando, dejándolos atrás.

—Anna…

—*Mamma*…

Ambos la llamaron usando el mismo tono de voz, lo que hizo que suspirara sin remedio. Se giró hacia ellos y sonrió.

—¿Quién quiere un helado?

—¡Yo! —gritó la niña, y salió corriendo entre el laberinto de calles hacia la plaza.

Carlo acortó la distancia que lo separaba de la mujer y los dos miraron cómo su hija desaparecía por las callejuelas.

—Es todo un terremoto.

Anna solo asintió con la cabeza y prosiguió paseando, bajando el ritmo para que Carlo la alcanzara. En un silencio acompasado por sus pasos, en una cordial armonía.

Cada poco, les tocaba esquivar a las personas con las que se cruzaban, para volver a ocupar la posición que les correspondía de inmediato: uno al lado del otro.

Llegaron a la plaza, donde se había concentrado la mayor parte de la gente, esperando el

espectáculo que diera el broche final a la celebración y el comienzo a un fin de semana lleno de festejos. La torre de la iglesia estaba iluminada de arriba abajo, al igual que la fuente, donde las luces nacían desde el agua, dándole un aspecto etéreo.

Localizaron a María al lado de la *nonna* y Lorenzo, que estaban sentados en la terraza de la heladería de Franny, y comprobaron que ya tenía un cucurucho en la mano.

Nico no andaba lejos. Con la boca llena de chocolate, corriendo de mesa en mesa, mientras Giovanni lo llamaba a voces para que parara.

También vieron a algunos de los jornaleros de la hacienda Santoro, e incluso a los padres de Carlo, acomodados no muy lejos de la familia de Anna, todos pendientes del cielo nocturno donde se verían los fuegos artificiales.

Los asistentes se habían acomodado en cualquier espacio libre que habían encontrado. Ya fuera una silla, un macetero o el mismo suelo. Un mar de personas por las que debían caminar con mucho cuidado para evitar pisar.

En un momento dado, Anna sintió como Carlo la agarraba de la mano y lo miró a los ojos.

—Vámonos de aquí —le sugirió en apenas un susurro y ella, tras mirar de nuevo a su familia, solo pudo asentir con la cabeza.



Acabaron en lo alto de la colina, tras esquivar a las personas que se arremolinaban en la entrada de la plaza, y de correr o caminar deprisa según ascendían por la cuesta que conducía a su cima. No era un camino muy empinado, pero los escalones anchos, casi soterrados por la arena, en vez de agilizar el ascenso, lo ralentizaban.

A Anna le faltaba el aire cuando llegaron a su destino. Soltó la mano de Carlo y se apoyó en las rodillas, doblándose en dos.

—Parece que necesitas hacer algo de ejercicio —le indicó él, impregnando a su voz algo de burla.

Ella lo miró con cara de pocos amigos.

—No todos podemos estar tan en forma…

Carlo arqueó una de sus cejas al mismo tiempo que elevaba la comisura de su boca.

—¿Crees que estoy en forma?

Anna se incorporó todo lo larga que era y lo señaló de arriba abajo con el dedo.

—Sabes que tienes un cuerpo que atrae miradas, por lo que no me seas ahora modesto.

—¿Modesto? —Se cruzó de brazos y ella asintió, acercándose hasta el límite de la colina, donde se podía ver el pueblo en toda su extensión—. Quiere decir eso que, a pesar del tiempo…, ¿te atraigo, *farfalla*?

—Yo no he dicho eso —indicó con rapidez a la defensiva, lo que le arrancó una sonora carcajada.

Carlo se sentó en el suelo con las piernas estiradas y Anna se acomodó a su lado con las rodillas dobladas.

Apenas se escuchaba ningún sonido desde donde se encontraban, salvo alguna conversación

entre susurros de parejas que no andaban lejos y que, como ellos, conocían esa zona; una perfecta para disfrutar de lo que la noche disponía.

Anna observaba todo con detenimiento, tratando de que la cercanía de su acompañante no la afectara, pero sabiendo que eso era casi un imposible. Su olor se colaba por sus fosas nasales y su respiración, muy próxima a su oído, conseguía hacer estragos en su interior.

—Anna…

—Umm… —musitó, apoyando la barbilla sobre las rodillas, al mismo tiempo que abrazaba sus piernas.

—¿Qué sabe de mí? —le preguntó, insistiendo sobre el tema.

Ella lo miró de lado, apoyando la mejilla en sus piernas, y suspiró.

—Que eres un gran hombre que se ha hecho a sí mismo —le indicó, sorprendiéndolo—. Que querías lo mejor para tu familia y que por eso te fuiste.

—Anna…

—Para ayudarlos —añadió, impidiéndolo hablar, y volvió a mirar el pueblo que, a la luz de las velas, parecía sacado de una película de corte antiguo—. Que la quieres, pero que por culpa de tu trabajo, no has podido contactar con ella.

—¿Eso le has dicho?

Anna asintió, golpeándose la barbilla con las rodillas al mismo tiempo.

—Como ya te he dicho, María es una niña muy curiosa y las preguntas cada vez iban a más. Requería más información que llegó un momento que no sabía de dónde sacar y tuve que decirle que en tu lugar de trabajo era imposible mantener una conversación telefónica.

Carlo frunció el ceño.

—¿Y te creyó?

Suspiró y se echó hacia atrás, apoyando las manos en el suelo.

—Es una niña de nueve años…

—Casi diez —apuntó él a media voz, y Anna no pudo evitar sonreír, porque le parecía escuchar a su propia hija.

—Al final, acepta lo que su madre le dice.

Este asintió algo inseguro.

—Pero llegará un momento en el que no aceptará tu palabra como verdad absoluta, ¿no?

Anna notó en su voz resquemor. Lo miró y se encontró con unos ojos oscuros donde el verde apenas se apreciaba. No, no estaba equivocada. Había resentimiento.

—Lo sé.

—¿Y? —le exigió saber—. ¿Qué harás?

Ella soltó el aire que retenía en su interior sin darse cuenta.

—Hablar contigo.

—¡No me jodas, Anna! —soltó elevando la voz, y se levantó al mismo tiempo.

Esta observó su espalda antes de seguirlo. Posó la mano en su hombro y le indicó:

—Lo he hecho mal…

—Muy mal —subrayó Carlo sin mirarla.

—Muy mal —se corrigió, moviendo la cabeza de manera afirmativa—, pero pensé que era lo que se debía hacer en ese momento. Por ti —susurró, dejando que el escaso viento le llevara las palabras hasta sus oídos.

Carlo se volvió al poco y la agarró de la barbilla para mirarla a los ojos.

—Debiste darme la oportunidad de elegir.

—Lo sé —afirmó.

Posó las manos en sus mejillas y acercó su rostro al de ella.

—Lo habríamos solucionado de alguna forma. —Tocó la punta de su nariz, donde apenas ya se le veían las pecas que tenía de joven.

—Carlo, yo…

Este siseó, acallándola, y volvió a mirarla a los ojos.

—Siempre lo hacíamos. Los dos. Juntos —le indicó, y selló sus palabras atrapando sus labios con un beso que pretendía ser delicado, pero que se tornó poco a poco en apasionado.

Si no hubiera sido por el estallido de los fuegos artificiales en el cielo y por la euforia de los reunidos en el pueblo, que liberaron multitud de farolillos, ninguno de los dos sabría cómo habría terminado esa escena.

Ese beso…

Capítulo 17

—Buenos días. —Anna entró en la cocina con el pijama todavía puesto. Un conjunto de pantalón corto y camiseta de tirantes finos blancos con un dibujo de flores moradas que simulaban la flor de la lavanda. El pelo lo llevaba recogido en un moño desaliñado y se rascaba los ojos, tratando de alejar el sueño que todavía tenía.

No conseguía abrir bien los párpados y en la cabeza notaba un martilleo constante, como si la pasada noche hubiera bebido alcohol y se hubiera emborrachado. Algo ilógico, porque no había probado ni una gota, pero le había sido imposible descansar, dándole vueltas a todo lo que había ocurrido en la Noche de las Luces.

A partir de este momento, la fiesta cobraba un cariz totalmente diferente para ella.

—Buenos días, dormilona —la saludó su *nonna*, al mismo tiempo que le colocaba una taza de café sobre la mesa.

Ella solo se sentó, delante de la bebida, y la tomó entre las manos con rapidez. Miró a su alrededor, extrañada de no oír ningún ruido, y devolvió la atención a Rosa.

—¿Y esta calma?

La mujer mayor le sirvió una tostada con aceite, que ella recibió arrugando la nariz, y su estómago emitió un sonido extraño.

—No sé si podré… —Apartó el plato y bebió del café para ver si así conseguía despertarse.

—María está en el campo —respondió a su pregunta.

—¿Tan pronto?

Rosa sonrió como si escondiera un secreto.

—Son las doce.

—¿En serio? —Ella asintió y Anna bufó—. ¿Y cómo es que no me has despertado antes?

Su abuela se sentó enfrente de ella.

—Es domingo, *farfalla*. No tienes que trabajar.

—Quería adelantar algunas cosas —apuntó interrumpiéndola, y dio un nuevo trago a la oscura bebida.

—Hoy descansas —le dijo con un tono de voz que no admitía réplica, y Anna arqueó una ceja, sorprendida—. Vas a desayunar —empujó el plato con la tostada hacia ella— y, después, te vas a poner el bañador.

Anna se levantó de golpe cuando escuchó lo de la prenda de baño, apoyó las manos en la mesa y miró a ambos lados de la estancia, buscando algo.

—¿Ya ha venido Carlo?

Rosa asintió con la cabeza y vio cómo su nieta arrastraba la silla para ir hacia su dormitorio. ¿O sería para ir a la calle con el pijama?

—Anna…

—*Nonna*, no tengo tiempo —le dijo, y se alejó un poco más.

—¡Anna! —la llamó subiendo el tono, lo que la detuvo. Su *nonna* nunca gritaba. Nunca alzaba la voz.

La miró extrañada y vio que señalaba el desayuno desde el mismo sitio en el que estaba sentada.

—Ven aquí ahora mismo.

—Pero, *nonna*…

—Ahora —repitió, y, aunque esta vez no elevó la voz, hizo lo que le pedía.

Rumiando palabras inconexas, se acercó a la mesa y ocupó la silla en la que estuvo sentada instantes antes. Tomó la tostada y mordió el pan de forma exagerada, sin apartar la vista de su abuela. Bebió el poco café que le quedaba y, aunque habría preferido servirse otro, no lo hizo. No tenía tiempo que perder.

—Ya está —dijo cuando solo le quedaba un pequeño trozo de pan.

Rosa miró el plato, luego, a su nieta y asintió convencida.

Habían estado calladas todo el rato mientras una comía y la otra controlaba, como si la más joven tuviera la edad de María.

—¿Puedo irme ya? —preguntó, reteniendo su enfado, pero Rosa negó con la cabeza.

—Todavía no. —Se levantó de la silla, recogió la vajilla utilizada y volvió a la mesa.

—*Nonna*…

Esta chascó la lengua contra el paladar y la miró desde su altura, que, aunque era más pequeña que la de su nieta, como esta estaba sentada y ella de pie, imponía bastante. También ayudaba que la miraba con cara de pocos amigos.

—Tenemos que hablar —la anunció.

—¿Y no puede esperar?

Rosa negó con la cabeza y se sentó de nuevo.

—Ya he esperado más tiempo del que corresponde.

Anna arrugó la boca y se encogió sobre sí misma. No le gustaba nada ese comentario. A pesar de que le quedaban pocos días para cumplir veintiocho años, cuando su abuela se comportaba de esa manera —pocas veces—, el respeto que le infundía llegaba a transformarse en miedo.

—*Nonna*, no sé lo que he hecho, pero… lo siento.

Para sorpresa de esta, Rosa se rio y se levantó de nuevo. Se acercó a uno de los armarios que colgaban de la pared y tomó una taza. Cogió la cafetera y echó el líquido en el interior de la porcelana, para a continuación dejarle la taza delante de ella.

Anna la miró sorprendida.

—Sé que quieres otro, pero como no te lo vas a poner…

—Ahora no tengo tiempo para tomármelo. —Señaló la ventana por la que se veían los campos de lavanda—. María está ahí fuera con…

—Su padre —la cortó, y Anna la miró a los ojos grises.

—*Nonna*…

Esta negó con la cabeza mientras hacía un ruido extraño con la lengua.

—Ni *nonna* ni nones, Anna. Carlo es su padre y tiene todo el derecho a pasar tiempo con su hija.

—Pero si yo no se lo voy a impedir —se quejó.

—A solas —terminó Rosa lo que quería decir, ignorándola.

Anna la observó, puso morros y acabó bebiendo del café, que en un principio había rechazado.

Rosa asintió, complacida por sus actos.

—Y ahora… —retomó la palabra tras unos minutos de silencio, al mismo tiempo que posaba las manos sobre la mesa y la miraba con fijeza.

—Ahora, ¿qué? —preguntó, dejando la taza sobre la superficie lisa de madera sin cuidado.

Su abuela puso los ojos en blanco, pero no comentó nada sobre su actitud.

—Ahora me vas a explicar punto por punto lo que tienes pensado hacer.

—¿Sobre qué? —Arrugó confusa el ceño.

—Sobre Carlo y María —indicó como si fuera de lo más evidente.

—*Nonna*, son cosas mías…, nuestras —se corrigió con rapidez—. No deberías meterte.

—Nos metiste hace diez años, *farfalla* —la interrumpió una vez más, recordándole un hecho indiscutible.

Anna la observó con la boca abierta, boqueando como si fuera un pez fuera del agua, hasta que se percató de que sus palabras eran ciertas. Tragó con fuerza, intentando que un nudo de ansiedad, que había aparecido como por arte de magia, traspasara la tráquea, y agarró las manos por delante de ella. Jugó con sus uñas, las que llevaba sin pintar desde hacía años, y, cuando acabó haciéndose una pequeña herida en el pulgar, detuvo sus movimientos nerviosos.

—*Nonna*… Yo… —Dudó, buscando una explicación o algo que decir, pero era casi un imposible.

Rosa agarró sus manos y las acarició. Sus miradas se reencontraron de nuevo y la más joven soltó el aire que retenía en su interior, al mismo tiempo que sentía como sus músculos se destensaban.

La abuela le palmeó con cariño una de las manos y, cuando notó que estaba más tranquila, le dijo:

—Anna, hace diez años ocurrió algo que trastocó a nuestra familia…

—María —nombró a su hija, aunque las dos sabían que hablaban de ella.

Rosa asintió.

—Mi bisnieta llegó a este mundo para dar luz, pero ambas sabemos que has estado caminando entre sombras desde que tomaste esa decisión.

—¿Que naciera mi hija? —preguntó, frunciendo el ceño, extrañada—. María es el mayor regalo que me dio la vida.

La abuela asintió con rapidez, e incluso en su cara mostró el rechazo a lo que suponía que Anna podía haber entendido.

—Sí, sí…, *farfalla*. —Le agarró la mano—. Gracias a María en tu cara observamos un rastro de felicidad. —Anna sonrió al escucharla en un acto reflejo de esas mismas palabras—. Pero las dos sabemos que esa sonrisa —la señaló con la cabeza— no te llega a los ojos desde que Carlo se marchó.

Ella borró de golpe el gesto y respiró con profundidad.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó pasados unos minutos.

Rosa negó de inmediato.

—Yo nada, *farfalla*. —Le palmeó de nuevo las manos y la soltó—. Eres tú la que debes hacer lo correcto.

—Ya lo hice —se defendió con rapidez, y, en cuanto vio cómo la miraba su abuela, se disculpó—: Perdona… —Se pasó la mano por el cuello y suspiró—. *Nonna*, ya lo hice —repitió, pero esta vez con un tono de voz más relajado—. Ya hice lo correcto.

—Anna…, cariño, no fue lo correcto. —Fue a quejarse, pero su abuela levantó la mano, acallándola—. Creías que era lo que debías hacer, pero sabes que él —señaló la ventana, remarcando el pronombre— tenía derecho a tomar su propia decisión.

—Lo hice por él. Todo lo hice por Carlo —insistió, y se levantó de la silla, alejándose de la mesa.

El silencio se posó sobre la cocina mientras ambas mujeres se quedaban sumidas en sus propios pensamientos.

Anna se abrazó a sí misma, como si necesitara recuperar un calor que se le había escapado de los dedos desde que había comenzado la conversación con su abuela, y dejó que la vista se le perdiera por el océano de plantas moradas.

—Tenía que irse —comenzó a hablar con una voz tan baja que Rosa prefirió acercarse a ella para escucharla mejor—. Tenía que construir un futuro que ayudara a su familia y que lo hiciera cumplir sus sueños.

La abuela pasó el brazo por la cintura de su nieta y ambas se miraron a los ojos.

—Pero debía saber que iba a ser padre.

Anna suspiró y se alejó de ella.

—Si lo hubiera sabido, lo habría dejado todo por… ella.

—Por vosotras —la corrigió de forma categórica, y Anna encogió los hombros, no queriendo asumir esa afirmación.

—No habría sido feliz —indicó, y se sentó en uno de los escalones que llevaban hacia el salón y que servía para diferenciar los dos espacios de la casa.

Rosa fue hacia ella y le pasó la mano por el cabello para a continuación dejarla caer por su mejilla, donde se deslizaban lágrimas silenciosas.

—Eso no lo sabías, *farfalla*.

Ella sorbió por la nariz y se limpió con el dorso de la mano.

—Era su oportunidad…

La mujer mayor, con cuidado, se sentó cerca de ella, obligándola a moverse hacia un lado para hacerle hueco.

—Y la tuya.

Anna la miró, extrañada al escuchar el comentario. Se limpió la cara y le preguntó:

—¿Qué quieres decir?

Tardó en responder. Sabía que lo que le iba a decir podría abrir la caja de los truenos de Pandora.

—Antes de que a tu padre le diera el ataque al corazón… —Anna asintió con la cabeza, dejando claro que la seguía—, dudabas en ir o no con Carlo. Marcharte de Santoro.

—Cómo…

—Lo que ocurrió con Lorenzo, sumado al tiempo que estuvo convaleciente, te permitió quedarte aquí, aunque Carlo ya se había marchado.

—Porque necesitaba mi ayuda —la cortó con rapidez.

—Podría haberme hecho cargo yo de ello —la corrigió.

—Pero era mucha carga, *nonna*. Padre y el trabajo en el campo, con sus gestiones. Siempre son mejor cuatro manos que dos —insistió.

Rosa suspiró.

—Tienes razón, pero… —añadió cuando vio que iba a decir algo más—, podrías haberte ido con él desde el principio y no quisiste.

Anna bufó con fuerza al escucharla, pero no la contradijo.

—No sabía qué hacer. Era una decisión importante y tuve miedo.

—Tomar un camino diferente, lejos de lo conocido, siempre provoca dudas, pero habríais estado juntos —le recordó.

—No estaría aquí. —Le agarró la mano y dio voz a lo que la preocupaba por primera vez—. Contigo… En Santoro.

Su abuela enredó los dedos en su mano y le dio un apretón cariñoso.

—Podrías haberlo hablado con Carlo.

—¿El qué? ¿Que no quería irme porque me asustaba estar lejos de la Toscana? ¿De vosotros?

Rosa asintió.

—Lo habría entendido.

Anna se rio con tristeza.

—Habría parecido una niña malcriada que no quería alejarse de las faldas de su *nonna*. —Apoyó la cabeza en su hombro—. A mí me gustaba… Me gusta esto y no tenía que huir de aquí para saber lo que quería hacer —explicó a media voz.

La abuela le dio un beso en la mano y suspiró.

—Eras muy joven… Los dos —recalcó—. Quizás con el tiempo habrías coincidido con él, y ver mundo nunca viene mal, *farfalla*.

—Todo lo que quería ver lo tengo aquí, *nonna*. —Se levantó y se acercó a la ventana—. Este es mi mundo. Lo que amo. —Señaló la lavanda—. Si me hubiera ido con él en mitad de mis estudios, quizás no los habría terminado.

—Podrías haber estudiado a distancia —apuntó con delicadeza.

Anna negó.

—Nunca habría sido lo mismo, y aquí —movió la cabeza otra vez hacia los campos—, he podido desarrollar mi carrera y encima ayudaros.

Rosa suspiró y apoyó las manos en sus rodillas, incorporándose.

—Y quedarte embarazada de María, fue la excusa que necesitabas para no marcharte.

—Te recuerdo que me iba a ir cuando a Carlo le destinaron a México —le indicó molesta.

Rosa suspiró mientras avanzaba hasta ella.

—Lo sé, pero también sé que fue muy oportuno esa noticia y que incluso te alivió que no viniera a buscarte.

Anna se apoyó en el marco de la ventana y la miró con intensidad.

—¿Ha sido tan malo que me quedara aquí? ¿No os ha venido bien mi trabajo?

—Ay…, *farfalla*, esa no es la cuestión —soltó casi sin fuerzas, y se preguntó por qué era tan cabezona—. Tu padre te lo agradece mucho. —Se detuvo a su lado—. La hacienda va mejor que nunca y las innovaciones que has instaurado nos han ayudado a mantenernos, pero… —buscó sus iris azules— no has sido feliz.

Anna posó sus manos en los hombros envejecidos y fijó los ojos en los grises, los que habían visto tanto y sabían de todo.

—Fui feliz…

—Anna… —la recriminó con solo mencionar su nombre.

Esta llevó una de sus manos hasta la mejilla arrugada y sonrió, pero, como Rosa le dijo con anterioridad, fue un gesto que no le llegó a los ojos.

—Hay muchas variantes de felicidad, *nonna*. Aquí, en Santoro, pude realizarme como profesional y como madre —le explicó, tratando de impregnar en cada una de sus palabras una seguridad que no poseía—. Y con María a mi lado, he podido absorber más granitos de esa felicidad, con solo verla crecer. —Le dio un beso—. He estado bien. Estoy bien —sentenció, y se separó de ella con intención de ir a su dormitorio.

Pero no fue muy lejos.

—De acuerdo —dijo su abuela rendida—, pero, ahora, ¿qué va a suceder?

Anna la miró.

—Seguiremos bien.

Capítulo 18

Soñar…

—*Mamma*, ¡mira cómo me tiro a bomba! —gritó María al mismo tiempo que hacía lo que indicaba.

A Anna no le dio tiempo a reaccionar. Solo vio como el agua de la piscina se elevaba un poco en cuanto su hija se zambullía, y salpicaba al hombre que estaba dentro de la misma.

Dejó la toalla en una de las tumbonas que había cerca del bordillo y se deshizo de las bambas mientras controlaba que su hija saliera a la superficie.

Tardó unos segundos de más, lo justo para que acabara acercándose a la piscina, con intención de lanzarse al agua si era necesario, pero vio cómo Carlo la sacaba mientras la otra se reía y tosía a la vez.

—¿Estás bien, renacuaja? —se interesó el hombre, sin perder la sonrisa.

La niña asintió, sonriente, y se dirigió a la escalera más cercana. Su bañador rosa destacaba por debajo de la superficie líquida.

Carlo observó cómo se alejaba, al igual que ella, y, cuando la pequeña alcanzó su objetivo, los dos adultos se miraron.

—¿Has descansado?

Anna se encogió de hombros y se sentó en el bordillo, introduciendo los pies en el agua templada. Llevaba unos vaqueros cortos, arreglados por ella misma, y por encima una camiseta vieja que había visto tiempos mejores.

Observó al hombre que, al estar dentro del agua, no podía apreciar bien su cuerpo, y vio que tenía toda su piel morena, lo que hablaba de muchas horas al sol. Sus músculos resaltaban sin apenas moverse.

Le pareció ver que llevaba puesto un bañador negro, de esos tipo bóxer que se ajustan al cuerpo, pero no estaba muy segura, por lo que se movió sutilmente —o eso trató—, intentando visualizarlo mejor, hasta que escuchó una suave carcajada.

Buscó los ojos verdosos de quien centraba toda su atención y se encontró con un brillo travieso asomando en sus pupilas.

No pudo evitar sonrojarse hasta las orejas, una vez más. Se estaba comportando como una quinceañera a la que, cada vez que la pillaban haciendo algo *indebido*, se le notaba sin remedio.

Carraspeó, tratando de disimular, y respondió a su pregunta:

—Algo… ¿Y tú?

Carlo imitó sus movimientos. Parecía mucho más relajado que el día anterior. Estaba distinto.

—Algo.

—Vaya par de dos —dijo Anna, y para sorpresa de todos, incluso de ella misma, se rio.

El hombre sonrió al escucharla y María, tras un momento en el que observó a su madre con curiosidad, terminó saltando a la piscina de nuevo.

—Hace calor, *mamma* —le indicó la pequeña cuando apareció por fuera del agua—. ¿No te vas a meter?

—Más tarde quizás, cariño —dijo, y creyó ver un gesto irónico en el rostro masculino.

—Quizás, tu madre tenga miedo al agua, renacuaja.

María, que subía de nuevo la escalera, lo miró indignada.

—Eso no puede ser, porque con mi padre se pasaba todo el verano en el río. Dice que hasta una vez lo salvó de ahogarse.

Carlo sonrió al escucharla.

—¿Eso es cierto? —Miró a Anna adrede, pero esta no respondió. La que sí que lo hizo fue su hija.

—Sí —afirmó con orgullo—. Dice que había un remolino en una zona engañosa y acabó siendo arrastrado por la corriente…

—Y tu madre se lanzó sin preocuparle que también la llevara consigo —terminó Carlo la explicación.

María, que ya había llegado a su altura, lo miró con otros ojos.

—¿Estabas allí?

Este negó con la cabeza, sin apartar la mirada verde de los iris azules.

—No, pero me lo contaron.

—¡Qué bien! —soltó la niña, y se sentó en el bordillo, muy cerca de él—. Cuéntame algo más de mi padre, porfa…

Anna frunció el ceño cuando la escuchó.

—¿Algo más?

María miró a su madre con una gran sonrisa en la cara y comenzó a mover las piernas en el agua.

—Sí, *mamma*. Como Carlo también es amigo de *il papà*[11], me ha explicado muchas cosas.

—Ah, ¿sí?

El hombre asintió con la cabeza.

—No tantas como me gustaría, porque mi memoria no es la que era —comentó.

Anna supo que era una excusa que se había inventado a raíz de lo que los dos habían hablado la pasada noche. Soltó el aire que retenía sin saberlo y, cuando vio que María miraba hacia otro lado, le dio las gracias a Carlo, moviendo los labios.

Este ni sonrió ni hizo ningún gesto que indicara que la había entendido. Más bien acabó sumergiéndose y buceando hacia uno de los lados de la piscina, ignorándola.

La tensión volvió a apresarla.

—*Mamma*…

Observó a su hija que, sin saber cómo lo había hecho, se encontraba a su lado y la miraba con cierto interés. Demasiado interés.

—¿Qué ocurre, *farfalla*? —Le agarró una de las manos.

Siempre que la tenía cerca, sentía la necesidad de tocarla.

—¿Puedo llamar a los tíos y pedirles que traigan a Nico? ¿Puedo?

Anna sonrió.

—No sé si podrán, cariño. Ya sabes que con la heladería…

—Pruebo, ¿vale? —le dijo mientras se alejaba en dirección a la casa principal, sin esperar su consentimiento.

La mujer asintió mecánicamente y vio cómo salía corriendo entre las encinas y los cipreses que había cerca de la piscina y que, dependiendo de la hora del día, ofrecían una sombra que se agradecía cuando hacía mucho calor.

—Es muy lista —comentó Carlo de pronto, haciéndola consciente de su cercanía.

Se volvió hacia él, que se encontraba a su izquierda con los brazos apoyados en el bordillo, y

lo observó con detenimiento.

—Demasiado.

Él la miró con intensidad hasta que, de pronto, sintió como tiraba de su pierna.

Cuando quiso reaccionar, se había hundido hasta el fondo de la piscina y trataba de ascender hasta la superficie.

En cuanto lo logró, salpicó con fuerza a Carlo, que la observaba divertido.

—¿Se puede saber qué te ha dado? Estoy vestida.

—¿Y? Hace años eso no te habría importado.

Anna gruñó mientras buscaba hacer pie en la zona menos profunda y se pegaba con la camiseta para quitársela.

No lo lograba. La tela húmeda le impedía deshacerse de ella y se le había enganchado en la cabeza, dificultándole la visión.

—¡Vaya mierda! —escupió un par de veces, cuando sintió las manos de Carlo en su cintura desnuda.

Había decidido ponerse un bikini negro, en vez del socorrido bañador que siempre llevaba, en un arranque de falta de lucidez o tonta ensoñación y, ahora, cuando los dedos masculinos se afianzaban sobre su piel, se reprendía por su elección.

—Estate quieta —le pidió, y su voz se coló por sus oídos, provocando que un escalofrío la atravesara.

—Quiero quitarme esto, pero no puedo —le indicó, como si él no supiera lo que veía, y se revolvió, lo que llevó a que el cuerpo de Carlo se aproximara más a ella.

Fue un acto reflejo.

Cuando notó su calor tan próximo, se quedó inmóvil.

Una de las manos ascendió por su estómago y la otra tiró de la camiseta hacia arriba.

Fueron solo unos segundos, pero para Anna supuso una tortura. Sentir sus manos, su calor, tener su respiración tan cerca…, su cuerpo…

En cuanto estuvo libre, sus ojos se encontraron y, por un instante —un largo instante—, estuvo tentada de repetir el beso que se dieron la pasada noche.

Pero no lo hizo.

Se dio media vuelta y puso distancia entre ellos con rapidez.

—Sabes que no muerdo, ¿verdad? —le dijo cuando ella lo miró de nuevo.

—No lo sé. —Carlo arqueó una de sus cejas rojas—. Hace muchos años que no nos vemos y quizás te has vuelto carnívoro.

—Más bien, vegano —apuntó él, sorprendiéndola.

Anna tomó impulso y se sentó en el bordillo sin dejar de mirarlo.

—No me lo creo. Con lo que te gustaba una buena hamburguesa.

—La vida cambia —comentó como si nada, y nadó hacia el lado contrario en el que ella se encontraba.

Lo observó sin disimulo, admirando cómo sus músculos se contraían con cada brazada.

—¿Y ese tatuaje?

Carlo se detuvo y plantó los pies en el suelo. Gracias a su estatura no tenía problemas en ninguna zona de la piscina.

Observó la marca de tinta que le había llamado la atención y comentó:

—Es para que no olvide mis raíces.

Ella arrugó confusa el ceño. No era que le hubiera aclarado mucho su explicación y, desde

donde se encontraba, tampoco era que pudiera apreciar bien el tatuaje, por lo que se dejó caer en el agua y fue hacia él.

No tardó mucho en llegar a su altura, a pesar de que todavía llevaba el pantalón corto, que le molestaba un poco al nadar.

—¿Puedo verlo? —le pidió, aunque ya le había agarrado del brazo, olvidándose de su timidez y de lo que le hacía sentir cada vez que lo tenía cerca. Cada vez que sus pieles se tocaban.

Carlo asintió y observó cómo seguía el trazado de las líneas negras con delicadeza.

Retuvo su respiración unos segundos para obligarse a reanudar el proceso mecánico que todo cuerpo vivo debía realizar.

—Es precioso —afirmó maravillada, al mismo tiempo que seguía una de esas líneas que subía por su hombro derecho, giraba por el antebrazo interior y salía hacia fuera, terminando en una pequeña forma que le resultó conocida.

Buscó su mirada con rapidez, para devolver a continuación toda su atención al tatuaje, y le movió el brazo de forma brusca.

—Eh… Cuidado —se quejó casi divertido—. Soy un espécimen delicado.

Anna lo miró de nuevo a los ojos y después dejó caer el brazo sin ningún miramiento.

—¿Qué significa eso? —Señaló la marca de tinta entre molesta y asombrada.

—Nada…

—¡Joder, Carlo! Eso no es nada —le dijo enojada, y comenzó a alejarse de él, pero este se lo impidió.

Carlo atrapó una de sus manos y tiró de ella, obligándola a detenerse.

—Es solo que quería… —Cerró los ojos y suspiró—. Necesitaba algo que me recordara a dónde pertenecía.

—¿Lavanda?

Él asintió y miró el tatuaje que se había hecho a los pocos días de su llegada a México.

—Estaba borracho…

Ella se carcajeó, lo que lo enfadó y apretó con fuerza su mano.

—Carlo, me haces daño —le indicó, y la soltó de inmediato.

—Perdona —se disculpó, pasándose la mano por la nuca.

Anna negó con la cabeza, tratando de quitar hierro al asunto.

—Tranquilo. He sido yo. No debí… reírme. —Dudó, por si su comportamiento había sido por ese motivo.

—No, perdona —repitió—. Es solo que…

—¿Qué? —lo animó a hablar cuando vio que se callaba.

Carlo centró sus ojos en los azules y le regaló una triste sonrisa.

—Tiene un importante valor para mí. —Se pasó la mano por el húmedo cabello, despeinándose por el camino—. Nada. Olvídalo.

En esta ocasión fue Anna la que lo impidió alejarse de ella. Lo agarró de la mano, la misma que la había sostenido minutos antes, y lo detuvo.

Carlo observó sus dedos unidos y luego se centró en su mirada.

—Me lo hice cuando me dijiste que no vendrías —le confesó de golpe, dejándola sin habla.

El silencio los rodeó, solo roto por los chorros de agua que salían de las paredes de la piscina para renovar el líquido cada poco.

—Carlo…

Este acortó la distancia que los separaba y soltó su mano para agarrarla de la cintura.

Sus pieles reaccionaron de inmediato cuando su calor los atravesó.

—Anna, me lo hice porque no quería olvidarme de ti —la informó—. Porque, cuando recibí tu llamada, cuando me dijiste que no podías venir ni a México ni a ningún otro sitio, y que creías que lo mejor que nos podía suceder era romper nuestra relación para ser felices… —cerró los ojos un segundo, como si estuviera escuchando esas mismas palabras en su cabeza en ese momento—, creí morir.

—Carlo, yo…

Este chistó y negó con la cabeza.

—Debí coger el primer vuelo que me llevara hasta la Toscana o el primero que saliera de México y me dejara en Europa. Ya vería cómo llegar hasta aquí, hasta ti… —Fijó los ojos verdes en los de ella—. Pero no lo hice.

—Te pedí que no lo hicieras —le recordó.

Carlo asintió con la cabeza, como si se acordara muy bien de cada una de sus palabras. De sus peticiones y demandas, de su anuncio…, de que quería romper porque era lo mejor para los dos.

Por los dos.

—Lo sé… Lo sé… —rezó en voz baja—. Y fui un estúpido por hacerte caso.

Anna posó la mano en su mejilla y sintió su barba en la palma. No fue algo desagradable, sino algo confortable.

—No te hagas esto —le pidió—. Fui yo la culpable de todo lo sucedido. De todo lo que llevó a que estemos en esta situación.

Carlo apoyó la frente en la cabeza de esta.

—Éramos muy jóvenes —dijo algo que era muy evidente.

—Demasiado —concordó ella.

—Y tomamos decisiones erróneas…

—Las tomé yo —atajó Anna con seguridad.

Él suspiró al escucharla y atrapó su barbilla para mirarla mejor a los ojos.

—Una de esas decisiones fue este tatuaje.

Ella lo miró de lado.

—Es bonito —afirmó, y trató de sonreír.

Carlo gruñó y Anna no supo si era porque estaba de acuerdo con ella o por todo lo contrario.

—Tras esa llamada, me emborraché y me lo hice —le indicó—. Siempre me he dicho que era porque quería algo que me recordara a mi tierra. La que me vio nacer y donde crecí, pero…

—¿Pero?

Carlo pasó el pulgar por su labio inferior e, instintivamente, Anna abrió la boca.

—Pero tú eres la lavanda, *farfalla*. Siempre lo has sido. Tu olor, tu color… Tu lavanda, mi *farfalla*…

Posó la boca sobre sus labios y un suspiro de rendición se escuchó por donde se encontraban.

Las manos de Anna se asentaron en su espalda. Firmes, seguras, sin querer alejarse de su acompañante, por ningún motivo.

Carlo juntó su cuerpo más al de él y subió las manos por su columna vertebral hasta llegar a su cuello. Sus dedos se enredaron con su cabello y Anna, en cuanto lo sintió tan cerca, se dejó llevar.

Deseaba dejarse llevar desde que lo vio en el pueblo.

Desde que le había llegado la noticia de su regreso.

No podía engañarse. No quería engañarse.

Sus labios se abrieron, permitiéndole el paso a su lengua que, en cuanto se unió con su gemela, la caricia húmeda hizo estragos por todo su cuerpo.

Carlo atrapó su labio inferior; luego, pasó al superior mientras caminaba hacia una de las paredes de la piscina sin soltarla.

En cuanto notó que la espalda de Anna se posaba sobre los azulejos, la elevó y la obligó a enrollar las piernas alrededor de sus caderas.

Anna ahogó un gemido nada más sentir su excitación.

Rompió el contacto, no sin escuchar un gruñido de indignación por parte de Carlo ante este hecho.

Sus miradas se encontraron de nuevo, con sus respiraciones más alteradas de lo normal.

—No podemos…

Él subió la mano hasta el principio de uno de sus pechos y la detuvo allí.

La respiración de Anna se aceleró, si eso era todavía más posible.

—Yo creo que sí —le dijo, y tocó su pezón con suavidad.

Ella se mordió el labio al mismo tiempo, tratando de retener un gemido.

—No, aunque quisiera —le reconoció, lo que provocó que Carlo expulsara el aire que retenía en su interior sin saberlo.

La besó el cuello, en la zona que se junta con la clavícula, y Anna sintió una descarga de electricidad en su zona más íntima.

Sin apenas voluntad, su cuerpo se restregó contra su bañador y Carlo sonrió con malicia.

—¿Decías?

Anna no pudo evitar corresponder a su sonrisa con otra, que, aunque nunca lo admitiría, en esta ocasión sí le llegó a los ojos. Sus iris azules recibieron con alegría ese brillo especial que llevaba diez años sin aparecer.

Lo besó con pasión, pero igual de rápido que empezó, lo terminó.

Carlo gruñó de nuevo.

—Anna, no juegues conmigo.

Esta atrapó su cara, para obligarlo a mirarla, y negó con la cabeza.

—No lo haría. Nunca.

—¿Entonces?

La mujer miró a su alrededor y, de pronto, Carlo se dio cuenta de donde se encontraban: en la piscina, no lejos de la casa principal y de los campos de lavanda.

En cualquier momento podía aparecer alguien.

Incluso su hija…

Fue ese pensamiento el que lo enfrió del todo.

Soltó a Anna, alejándose un par de pasos, y la miró a la cara.

—Perdona…

Ella acortó la distancia que los separaba con rapidez y lo abrazó.

—Nada de eso —lo contradijo, descolocándolo del todo—. Yo quería. Yo también era parte de esto. —Se puso de puntillas y le dio un sencillo beso—. ¿De acuerdo?

Carlo sonrió y volvió a llevarla hacia la pared de la piscina, arrancándole una sonrisa.

—Siempre podemos hacer algo si estamos atentos… Muy atentos. —Coló su mano por debajo del pantalón y llegó hasta la braguita del bikini, provocando que Anna saltara por la impresión.

Lo golpeó en el hombro y se rio.

—No seas bruto…

Él apartó la mano de esa zona y la llevó hasta su cara. La miró con fijeza y le dijo:

—Son muchos años sin probar tu sabor. Sin deleitarme con tu tacto. Sin hacerte el amor.

Anna sintió como el aire de los pulmones se le escapó de golpe y creyó que el latido desbocado de su corazón podía escucharse a kilómetros de distancia.

—Carlo…

La boca masculina atrapó de nuevo la de ella y sus lenguas se reencontraron con fervor.

—*Mamma*… Carlo…

La voz de María se escuchó en la lejanía y la pareja se separó con rapidez.

Carlo nadó hacia uno de los extremos de la piscina y Anna fue hacia el otro en silencio.

—María…, cariño, ¿ya has hablado con Nico? —le preguntó Anna en cuanto apareció delante de ellos.

La niña los miró con extrañeza, mientras movía la cabeza de forma afirmativa.

—Sí. —Los observó con curiosidad—. Me ha dicho la tía Francesca que lo traerá para comer. Se queda Giovanni trabajando esta tarde y luego vendrán a descansar porque mañana… —Se quedó callada, tratando de recordar.

—¿Porque mañana cierran para descansar?

María dio una palmada.

—Sí, eso. —Sonrió.

—Bien. Eso está bien —indicó su madre, mientras se apoyaba en el bordillo y salía del agua —. Tendremos que hacer algo especial.

María la observó con los ojos agrandados.

—*Mamma*, te has bañado con ropa —señaló lo evidente, y Carlo se rio.

Anna le echó una mirada que bien podría haber helado el infierno, pero, lejos de apaciguar su diversión, la aumentó.

La pequeña lo miró sin comprender nada.

—Me voy a cambiar —anunció la mujer, ignorando a su antiguo amigo.

María asintió y se tiró al agua de nuevo. Nadó hacia Carlo y le preguntó:

—¿Te quedas a comer?

Su madre se detuvo unos segundos, utilizando como excusa que no lograba atarse los cordones de las bambas, y esperó a escuchar la respuesta del hombre.

—No, tengo que comer con mis padres, renacuaja —la informó, y Anna respiró con profundidad.

En realidad, no supo si fue porque estaba complacida de que no se quedara o por todo lo contrario. Su cuerpo traicionero no era de mucha ayuda en ese momento, y más tras sentir una vez más lo que los labios y las manos de Carlo podían provocarle.

11 Papá.

Capítulo 19

—¿Cuándo piensas contármelo? —le preguntó Franny, atrayendo su atención.

Estaban las dos echadas en las tumbonas que había cerca de la piscina con la vista fija en el agua, donde sus hijos no paraban de jugar.

Anna la miró brevemente y devolvió la vista de inmediato a los niños.

—No sé de qué hablas —le indicó, y se subió las gafas de sol por la nariz.

Su amiga bufó indignada, y acabó sentándose de lado para poder mirarla mejor.

—Anna, no soy tonta.

Esta se bajó las lentes oscuras un segundo y la observó.

—Yo no he dicho que lo seas.

—Pues no me trates como tal —espetó, y Anna al final suspiró.

Se sentó como ella y, tras deshacerse de las gafas, que dejó a los pies de la tumbona, le contó:

—*Nonna* piensa que he hecho mal con lo de María durante todos estos años.

Franny frunció extrañada el ceño.

—¿Te ha dicho eso?

Esta asintió, pero a medio camino movió la cabeza de lado a lado, sin llegar tampoco a negar.

—Más o menos.

—Mira, amiga, como no te expliques mejor, mal vamos. —Se recostó en la tumbona y llevó una mano hasta el estómago, que estaba tapado por la tela del bañador gris y blanco que llevaba. Con el pasar de los días, notaba que la única forma de estar más cómoda con su estado era estirada—. ¡Nico! Ten cuidado —llamó la atención a su hijo, que se acababa de tirar en la zona más profunda de la piscina, sin fijarse antes si estaba María debajo.

El pequeño ni siquiera la miró por la reprimenda. Siguió jugando como si tal cosa.

—Me dijo que debí haberle dado la oportunidad… —comentó Anna retomando el tema.

Franny la miró con interés.

—¿De elegir? —preguntó, aunque suponía que era eso a lo que se refería.

—¿Tú también piensas eso? —Su amiga tardó en responder unos segundos, el tiempo justo para que Anna se molestara—. ¡No me lo puedo creer! —Se levantó y se acercó al borde de la piscina.

—Anna, venga… —la llamó, incorporándose un poco—. No te enfades. Vamos a hablarlo.

Se volvió con las manos en las caderas. Llevaba el mismo bikini que esa mañana, pero en esta ocasión había decidido lucirlo.

—Es que no lo entiendo, Franny —indicó—. No comprendo que, pasado todo este tiempo, sea ahora cuando las dos —la señaló con el dedo— hayáis decidido expresar lo que pensabais de todo esto.

Su amiga la miró con detenimiento desde su posición.

—Tal vez se deba a que nunca nos permitiste opinar sobre ello, ¿no crees?

—Eso no es cierto —la acusó con rapidez.

Franny se levantó y se acercó a ella, no sin antes colocarse la pamela que usaba para que no le molestara el sol en la cara. Al tener el pelo rizado, le costaba mantenerla fija, pero no se rendía a llevarla porque le gustaba cómo le quedaba.

—Todavía me acuerdo de cómo reaccionabas cada vez que Rosa o yo te mencionábamos a

Carlo estando embarazada —le recordó—. Los primeros meses de embarazo, no mantenías nada de comida en el estómago, no descansabas e incluso saltabas ante cualquier sonido. Sobre todo, si era el timbre del teléfono.

—Pero eso era por mi estado —se defendió.

—Parte sí —convino—, pero otra gran parte fue por la decisión que tomaste.

—Franny…, yo no lo recuerdo así —le dijo, y vio cómo su amiga se sentaba en el bordillo de la piscina, metiendo los pies en el agua.

No tardó en imitarla, acomodándose cerca de ella.

—El médico lo achacó a las molestias del embarazo —continuó—. Primeriza, joven, y ya sabes que son síntomas muy corrientes en las mujeres.

Anna asintió.

—Un embarazo normal, señaló el doctor.

—Él no estaba contigo todo el día —indicó Franny algo molesta por la actitud del médico. Pero ese era otro tema que no venía al caso, por lo que prosiguió con lo que importaba en ese momento—: Tu abuela y yo veíamos cómo te comportabas con cosas cotidianas, con cosas que te recordaban a Carlo.

—Pero…

Su amiga le agarró la mano, tratando de transmitirle todo su apoyo.

—Lo comprendimos, Rosa y yo, porque no queríamos insistir en el tema para evitar que empeoraras —le indicó—. Te vigilábamos las veinticuatro horas del día. Controlábamos tu sueño para que descansaras, pero ni dormida lograbas olvidarte de Carlo.

—No lo sabía —reconoció, y apretó su mano. Buscó sus ojos negros y encontró comprensión —. No quería escuchar hablar de él porque solo su nombre me recordaba lo que perdí.

Franny asintió y le dio un beso cariñoso en el hombro.

—Lo sé… Lo sabemos —se corrigió, mencionando a su *nonna*—. Después de esos meses, se asentó tu cuerpo y, con él, tu comportamiento.

—¿Qué quieres decir?

Franny miró a los pequeños que jugaban cerca de ellas y sonrió con tristeza.

—Es verdad que dejaste de tener náuseas, que dormías algo más… —Movió la cabeza de lado a lado—. Más o menos…

—Descansaba mal —recordó.

Su amiga asintió.

—Sí, pero eso ya era más normal dentro de tu estado —apuntó, y titubeó unos segundos—. Dejaste de llamarlo en sueños.

Anna la miró con curiosidad.

—¿Lo llamaba?

Asintió y suspiró.

—Rosa y yo salíamos corriendo asustadas cuando te oíamos —comentó, recordando la etapa en la que Franny se quedó en casa de Anna para ayudarla.

—¿Por qué crees que lo hice? ¿Que dejé de llamarlo? —se interesó.

—Porque te obligaste a olvidarlo…

—Eso no es cierto —la cortó, pero más porque le parecía increíble lo que le contaba.

Franny la miró a los ojos y añadió:

—Parecías un muerto en vida, Anna. —Esta frunció el ceño nada más escucharla—. Hacías todo como un autómata. Comías, bebías, trabajabas, hablabas con nosotros e ibas al médico para

controlar que el embarazo siguiera perfecto, pero todo era muy mecánico. En realidad, no vivías, no reías, no disfrutabas de lo que hacías… No sonreías. —Soltó el aire que retenía en su interior al mismo tiempo que mencionó las últimas palabras.

Llevaba mucho tiempo guardándose lo que pensaba, y, ahora que se había abierto el grifo, había salido todo sin control.

Anna retuvo su mirada unos segundos, mientras asimilaba lo que le había dicho, y desvió la vista hacia su hija cuando la escuchó reír.

—Pero con María… ¿También fue así?

Franny observó a los pequeños.

—Algo cambió, pero nunca fuiste la misma. —Suspiró y la miró de nuevo—. En un principio pensamos que, cuando naciera, volveríamos a intentarlo; volveríamos a sacar el tema de Carlo para saber mejor lo que había ocurrido entre vosotros y para sugerirte que le contaras lo de la niña…

—Pero no lo hicisteis —dijo de manera brusca, aunque era muy consciente de que la única culpable de esa situación era sola ella.

Franny negó con la cabeza y movió los pies por el agua un poco.

—No. Cierto —afirmó—. Quizás esperamos demasiado tiempo y llegó un momento en el que ese tiempo nos obligó a dejar enterrado el tema hasta que fuera el día adecuado.

—Hasta ahora —indicó Anna, y se dejó caer dentro del agua hasta que la cabeza estuvo sumergida.

Tardó un tiempo excesivo en volver a la superficie; tiempo en el que Franny no apartó sus ojos de su silueta y, hasta que no la vio nadar ascendiendo, no respiró con normalidad.

—*Mamma*, mira… —la llamó María, y esta observó cómo se tiraba de cabeza a la piscina.

—Muy bien, renacuaja —le dijo cuando la vio asomar la cabeza, y la pequeña se rio—. ¿Qué te divierte?

María nadó hasta ella y, cuando estuvo a su altura, la abrazó.

Anna le devolvió el gesto, sujetándola para que no se cansara.

—Me has llamado como hace Carlo —le indicó, y Anna observó a Franny cuando la escuchó.

—¿Cómo, María? —se interesó Franny, animándola a hablar. Ya que a su madre le costaba sacarle información, siempre podía utilizar a la pequeña, aunque eso no fuera muy íntegro.

—Renacuaja, tía Francesca —dijo la pequeña, y nadó hacia ella—. Esta mañana, cuando estuvo aquí, Carlo comenzó a llamarme así —le explicó, y se agarró al bordillo para descansar un poco.

Franny miró a su amiga con interés.

—A Carlo siempre le ha gustado poner apodos —comentó como si nada.

La niña gritó de la alegría.

—¿En serio? —La adulta asintió mirándola, al mismo tiempo que ignoraba a la madre de la pequeña que había torcido el morro al escucharla—. ¿Tú también conocías a Carlo, tía?

Esta asintió.

—Y muy bien —afirmó con seguridad. Se acercó a ella un poco y le dijo—: ¿Sabes cómo llamaba a tu madre? —María abrió los ojos de par en par y negó con la cabeza—. *Farfalla*.

La pequeña miró a su madre y de nuevo a Franny.

—Me contó la historia de las pecas…

—¿Qué pecas? —preguntó Franny con curiosidad.

—Las pecas de la nariz y las huellas de las mariposas —le explicó Anna con voz cansada, y se

acercó a ellas.

—Ahh… Pues entonces ya lo sabías, ¿no, María?

La niña arrugó el ceño.

—¿El qué?

—Que Carlo fue el primero que llamó a tu madre *farfalla* por lo de las pecas que tiene en la nariz. —Le tocó la punta de su pequeña nariz—. Como las tuyas.

—Franny…

—Ohh… ¡No lo sabía! —gritó María excitada—. ¿Eso es cierto, *mamma*?

Anna suspiró y asintió.

—Sí, fue idea de Carlo, cariño —afirmó, y le pasó la mano por el cabello—. Anda, ¿por qué no te vas con Nico? Debe estar aburrido.

Franny miró a su hijo, que estaba saltando a la piscina, para luego subir por la escalera, y así volver a tirarse, y tuvo que constatar que de aburrido, poco.

—Voy, *mamma* —señaló María, y salió nadando hacia donde se encontraba su amigo.

—¿Aburrido? —preguntó Franny con ironía.

—Era lo que se me ha ocurrido porque si no, terminarías contándole que Carlo es su padre —le indicó sin mirarla desde el agua.

—Anna… —la llamó, buscando su atención—. Nunca se lo diría. Eso es algo que os compete a Carlo y a ti.

Anna suspiró y asintió.

—Perdona… —Se acercó a ella y le agarró las manos—. Lo sé, pero es que estoy confundida.

Su amiga le apretó las manos con cariño.

—Es normal. Llevas diez años retrasando algo importante.

Ambas observaron a María y sonrieron con ternura cuando vieron cómo sus dos hijos, agarrados de la mano, saltaron al agua al mismo tiempo.

—Sabes… —Se miraron de nuevo cuando Franny habló—, siempre me han recordado a ti y a Carlo.

—¿En serio?

La madre de Nico asintió y amplió la sonrisa.

—Siempre están juntos, haciendo trastadas y, cuando están separados, se comportan como si les faltara una parte importante. Una parte de su corazón.

Anna retuvo el aire mientras la escuchaba, para expulsarlo poco a poco cuando acabó la explicación.

—¿Crees que tendrán el mismo final que nosotros?

—Vuestro final no está escrito todavía, Anna. Hay tiempo para descubrirlo.

Capítulo 20

Anna llamó a Franny con el móvil en cuanto traspasó la puerta de la heladería.

—¿Dónde dices que está esa medicina? —Abrió la portezuela que le permitía el acceso a la parte interior del mostrador y fue hacia la habitación que utilizaban como despacho.

—En el segundo cajón de la mesa —le indicó su amiga desde la hacienda Santoro.

Anna abrió el que le decía, pero, al no encontrar nada, decidió registrar el resto, además de la mesa y varias estanterías cercanas.

—Franny, aquí no hay nada —la informó mientras se rascaba la cabeza y apartaba un par de marcos de fotos en los que estaba su amiga con su marido, y su hijo, por si acaso. En sitios más extraños había encontrado cosas extraviadas.

—¿No?

—No —afirmó, pero algo en el tono de voz de la mujer la alertó—. Franny, ¿seguro que se te ha olvidado la medicina?

—Seguro… Claro. No creerás que te he hecho coger el coche, ir al pueblo y rebuscar en mi casa para nada, ¿verdad?

—Franny… —suspiró mientras se daba la vuelta y se encontró con unos ojos verdes que conocía bien.

—Hola —saludó Carlo con una sonrisa traviesa.

—Anna, ¿todo bien? —Escuchó a su amiga al otro lado del teléfono.

Esta puso los ojos en blanco y gruñó.

—Franny, te dejo. Ya hablaremos tú y yo más tarde.

—Anna, no… —Pero no llegó a terminar la frase. Le habían colgado.

Franny caminó hacia la cocina, donde se encontraban Giovanni y Nico, junto a Rosa y María, y asintió con una enorme sonrisa.



—¿Qué haces aquí? —le preguntó Anna.

El hombre, que estaba apoyado en el marco de la puerta del despacho, se encogió de hombros.

—Esperarte.

Esta gruñó de nuevo y, tras cerrar de forma brusca uno de los cajones que se había quedado abierto, pasó por su lado, tratando de no tocarlo. Pero fue una tarea titánica, ya que la espalda de Carlo ocupaba casi todo el espacio.

Si no hubiera sido porque este se apartó, ni siquiera la habría cruzado.

—Anna… —la llamó divertido.

—No. Nada de Anna. —Agarró las llaves de la heladería que había dejado en el mostrador y se dirigió a la puerta—. Me marcho. Tienes llaves, ¿no? —Movió las suyas en el aire.

—Sí, pero, Anna… Espera —le rogó.

Algo notó en su voz que, a pesar de su enfado por haberse sentido manipulada, detuvo sus pasos. Se volvió hacia él con los brazos cruzados y lo enfrentó:

—Sabes que todo esto —movió la mano abarcando lo que los rodeaba— no me gusta.

—Pensé que en eso podías haber cambiado con los años. —Le guiñó un pícaro ojo.

Ella tensó la boca y se giró hacia la puerta.

—No. Ya está.

—¡Anna! Por Dios… Nos lo debemos —indicó, y esta dejó caer la cabeza hacia delante, sin fuerzas.

—Sabes que no me gustan los tejemanejes ni que me manipulen —le recordó una vez más, y lo miró.

Carlo elevó las palmas de las manos en son de paz.

—Nada más. Lo prometo.

—¿Seguro? —Lo señaló con el índice.

Asintió y salió del mostrador.

—Te lo prometo. —Se hizo la señal de la cruz con la mano encima del corazón, y ese gesto le arrancó a Anna una sonrisa cordial.

—Pareces un crío…

—Se lo he visto hacer a María esta mañana y pensé que era algo normal —dijo medio en broma.

Anna amplió la sonrisa y negó con la cabeza.

—No te fíes nunca de una niña pequeña —le aconsejó—, y menos de María.

Hizo un saludo militar, al mismo tiempo que se ponía firme.

—Lo que usted mande, capitán.

—Carlo…

—¿Qué? —preguntó divertido. Se acercó a ella, y atrapó sus manos—. Ven, anda. Tengo una sorpresa.

Una de las cejas castañas de Anna se arqueó.

—¿Sorpresa? —Asintió y tiró de ella por el pasillo de la heladería que llevaba hacia el patio interior—. ¿Y tengo que cerrar los ojos o me pondrás una venda? —preguntó divertida, como hacía tiempo que no se sentía, mientras sus manos seguían unidas y el calor de Carlo la arrollaba.

—No, solo… —la miró por encima del hombro—… déjate sorprender. —Tiró de ella para colocarla por delante, justo cuando llegaron a su destino.

Y, aunque Anna no habría querido, aunque hubiera querido impedirlo, se sorprendió.

Ohh… sí que se sorprendió…

El patio estaba adornado con multitud de guirnaldas de luces que colgaban de una rama a otra del árbol hueco que había en el centro, o de una ventana a otra… De cualquier sitio alto que se pudiera decorar.

Había velas encendidas por el suelo, repartidas por lugares estratégicos, y en el centro se encontró una mesa con dos sillas. Un mantel blanco la cubría, llegando sus bordes hasta el suelo, y en las sillas, dos cojines, también blancos, buscaban hacer la velada más cómoda.

Sobre la superficie lisa había dispuesta una vajilla completa, y en el centro una vela coronaba la sencilla decoración.

Miró al culpable de esa escena, y devolvió su atención al patio sin saber qué decir.

—Esto es… —Buscó las palabras, pero no las encontraba.

Carlo avanzó y estiró los brazos.

—¿Romántico?

Ella asintió con lentitud.

—Sí… Se puede decir que sí.

—Pues menos mal porque he seguido las indicaciones de una niña de nueve años… casi diez —se corrigió con una sonrisa, recordando lo que llevaba escuchando de boca de su hija desde que se habían encontrado.

—¿Esto es cosa de María?

Él dejó caer los brazos a lo largo de su cuerpo y asintió.

—Y de Franny; de Giovanni a regañadientes —Anna se rio al mencionar al marido de su amiga. Podía suponer lo que pensaba de todo esto el hombre—, y de Nico. No puedo olvidarme de Nico.

Se carcajeó, subiendo el volumen de su risa de inmediato.

—¿En serio? —Carlo asintió de nuevo y miró el resultado de todo eso—. Escuchándote, me extraña que mi *nonna* no haya intervenido también.

El hombre elevó el dedo índice de la mano derecha y pasó corriendo por su lado para desaparecer escaleras arriba, hacia el apartamento de Franny y Giovanni.

Anna esperó en el mismo sitio, sin perder su sonrisa, pero, al ver que tardaba en regresar, se adentró por el patio hasta la mesa. Tocó los cubiertos con delicadeza y pasó los dedos por el borde de una de las copas, con temor de que pudiera romperse el cristal… o ella…

Ella también podía romperse.

Estaba a punto de hacerlo…

Sus manos temblaban y su corazón latía a un ritmo muy diferente a lo que se podría considerar normal.

—*Voilà*… —La voz de Carlo se coló por sus pensamientos y… sus miedos.

—¿De *nonna*? —preguntó, señalando la bandeja que portaba, aunque sabía que no podía ser de otra persona.

—De tu *nonna* —afirmó, y se acercó a ella—. Lasaña.

Anna se carcajeó mientras buscaba algo para servirla.

—Voy a tener que hablar con ellos cuando regrese.

—¿Por qué? —se interesó sin mirarla, apoyando la bandeja en la mesa—. Solo quieren que seas feliz, *farfalla*.

Ella detuvo sus movimientos cuando lo escuchó, para retomarlos de inmediato cuando encontró la espátula que buscaba.

—Soy feliz —le indicó—, aunque últimamente parece que a todo el mundo le ha dado por ponerlo en duda.

Él le agarró la muñeca y le indicó:

—Se preocupan por ti. —Le quitó la paleta y comenzó a cortar la comida para servirla en los platos.

—¿Y tú?

—Yo más que ninguno —le reconoció, enfrentando sus ojos azules.

Los dos se sostuvieron la mirada por un tiempo infinito, siendo muy conscientes el uno del otro. De su cercanía, del calor que transmitían e incluso de la electricidad que generaban cuando estaban próximos.

—Yo… Esto… —Se pasó la mano nerviosa por la cabeza. Atrapó la trenza que se había hecho, para dejarla caer a continuación, sin saber qué hacer con las manos.

—Anna, mira… Tengo que contarte algo que… —Dejó todo lo que sostenía sobre la mesa y quiso acortar la escasa distancia que los separaba, pero no pudo avanzar ni dos pasos cuando ella se movió.

—Vino —anunció de golpe—. Vino. Necesitamos vino. —Se coló por el interior de la casa, dejándolo solo.

Carlo bufó con fuerza, golpeó la silla que tenía más cerca y esta acabó en el suelo sin pretenderlo.

Capítulo 21

—Buena, ¿verdad? —le preguntó Carlo, atrayendo su atención.

Después de, literalmente, huir escaleras arriba y acabar encerrada en el baño, tratando de controlar los nervios que la apresaban, observó su reflejo en el espejo.

Vio que la mayor parte de su cabello castaño se había soltado de la trenza y en sus ojos azules encontró un brillo que llevaba mucho tiempo sin apreciar. Unas pocas pecas asomaban entre el moreno de su piel, y sus labios estaban enrojecidos.

Se llevó los dedos temblorosos hasta la boca, dibujó su contorno y cerró los ojos.

Carlo no la había besado. No había sentido su boca apresando la suya como esa misma mañana, pero el deseo que tenía por volver a sentir, por saborearlo de nuevo, era tan vivo que su propio cuerpo le recordaba, adquiriendo esa tonalidad rosada, lo que sabía a ciencia cierta lo que podrían provocarle sus atenciones.

Descendió la mano hasta la zona en la que latía su corazón, recorriendo el borde del escote en uve de la blusa violeta que tanto le había insistido su hija para que llevara, junto a la larga falda azul, y sonrió involuntariamente.

Ahora entendía la actitud de María, su pesadez para que se arreglara, aunque ella le comentaba que, para ir al pueblo a recoger la medicina de Franny, no hacía falta cambiarse de ropa. Ni maquillarse.

Se le escapó una carcajada nerviosa y amplió la sonrisa.

—Menos mal que te hice caso, renacuaja…

Saboreó entre los labios el apodo, el mismo con el que la había bautizado Carlo a María, y que, con rapidez, ella misma se había apropiado.

Con solo unos días ya había dejado su impronta. Ya estaba presente en sus planes. Ya era necesaria su presencia…

«¿Cómo lograré regresar al tiempo pasado? ¿Cómo intentaré olvidar?».

Intentar… sin lograrlo.

Soltó todo el aire que retenía en su interior y decidió que debía avanzar para llegar a ese punto que era bueno para su vida. Para ella y su familia. Para Carlo y María.

Se lavó la cara con agua fría y, tras secarse con una de las toallas, descendió por las escaleras con paso lento y apareció en el patio.

Carlo la recibió con una sonrisa de bienvenida, donde pudo vislumbrar algo de temor que la sorprendió.

Le ofreció un gesto de disculpa y el hombre, lejos de reprocharle nada —y tenía motivos para hacerlo—, le ofreció una mano que tardó en tomar.

Pero al final la agarró y, justo cuando sus dedos se unieron, una descarga de energía la recorrió desde el brazo hasta los pies. Desde su cabeza hasta su corazón, transformando su latido por el camino. Cambiando el ritmo de nervioso a ilusionante. De modo pánico a modo ensueño.

«Soñar que todo es posible…».

Anna detuvo a medio camino el tenedor con la lasaña y asintió divertida.

—Cocinando mi *nonna*, sabías que ibas a triunfar.

Carlo se echó hacia atrás y se llevó las manos hasta la nuca.

—¿He triunfado?

—Ohh… venga. Ya sabes a lo que me refiero. —Se metió la comida en la boca y dejó el cubierto sobre el plato.

—No… No lo sé. —Se levantó de la silla, recogiendo la vajilla al mismo tiempo.

—Espera…

—No, de eso nada. Tú, ahí quieta. Eres la invitada especial —le indicó, y se fue hacia el interior de la casa.

Anna observó cómo se alejaba mientras obligaba a su corazón a que se tranquilizara. A este paso iba a acabar en Urgencias por un ataque.

Tomó la copa de vino y observó la botella medio vacía que, después de regresar al patio una primera vez, cuando se autoconvenció de que debía cambiar para conseguir lo que quería —lo que creía que quería—, se dio cuenta de que no llevaba el vino.

Carlo se lo hizo notar, burlándose de ella, y Anna, tras enrojecer hasta las orejas y sacarle la lengua, volvió al apartamento de Franny.

Tras rebuscar en su nevera, encontró una botella, un chianti que de seguro que su amiga guardaba para un momento especial. Lo cogió, miró la etiqueta y se le escapó un silbido.

Era de los buenos…

Al principio, sintió remordimientos, pero luego recordó que Franny, junto al resto, habían conspirado contra ella, por lo que no podría echárselo en cara.

«O que lo intente…».

Sonrió y volvió a beber de la copa justo cuando Carlo regresaba.

—¿Qué es lo divertido? —se interesó al ver su cara.

Ella se encogió de hombros.

—Nada importante.

—Seguro. —Se carcajeó—. No me gustaría ser la persona que va a recibir una *reprimenda* —susurró la última palabra muy cerca de ella, sonrojándola.

—No sé a qué te refieres —mintió, y movió el líquido rojo de la copa.

Carlo se sentó enfrente de ella, pero estiró las piernas todo lo largas que eran hasta abarcarla. Le pasó un bol de cerámica en el que había helado y la miró con los ojos achicados.

—Son muchos años, *farfalla*.

—Pero también llevas mucho tiempo fuera —le recordó, como llevaba haciéndolo cada vez que sugería la misma idea: que ella no había cambiado.

—Cierto. —La apuntó con la cucharilla—. Pero sigues igual.

Anna lo miró con interés, observando cómo se llevaba el postre frío a la boca y lo saboreaba con lentitud. La temperatura de su cuerpo comenzó a aumentar, si en alguna ocasión había descendido desde que estaban juntos.

—Tú has cambiado —le indicó, sorprendiéndolo.

—¿En serio? —Asintió con la cabeza y abandonó su copa de vino para tomar el bol de cerámica—. Eso no es lo que dicen mis padres.

Anna encogió uno de sus hombros y probó el helado.

—Quizás esté equivocada… Ha pasado mucho tiempo —dijo con retintín, y se centró en el dulce, aunque sabía que había algo diferente en él. No sabría especificar el qué, pero lo había.

Carlo la observó con detenimiento mientras ella rehuía su mirada.

—Anna…

—Umm…

—Tendríamos que hablar de algo importante —comentó, y dejó el helado en la mesa.

Ella no tardó en imitarlo.

—Lo sé… —Se pasó, nerviosa, las manos por la falda y suspiró—. Perdona.

Carlo la miró con los ojos agrandados y se incorporó, apoyando los codos sobre sus piernas, embutidas en un vaquero negro.

—¿Por qué?

Anna lo miró incrédula.

—Vale. Si es lo que quieres… —Se levantó de la silla y fue hacia una de las paredes que limitaban el patio y donde destacaba una gran enredadera de hojas pequeñas—. Siento lo de María, que te hayas enterado como lo has hecho y que no te haya dado la oportunidad de elegir. —Elevó las manos al cielo y las dejó caer a continuación—. Porque debías haber decidido tú qué querías hacer. —El hombre la observó desde su posición, impasible—. ¿No dices nada?

—¿Qué quieres que diga?

Ella frunció el ceño sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Joder, Carlo…, lo siento. Siento haber sido una gilipollas…

—Ehh… —la cortó, y se levantó con rapidez para llegar a su lado. La tomó de la cara y limpió con sus dedos unas pocas lágrimas que se le habían escapado—. No te maltrates así, *farfalla*. Ya está hecho… Lo hemos hablado y, aunque me hubiera gustado saberlo cuando… —dudó unos segundos—… cuando te enteraste, ya está. No quiero que volvamos a lo mismo, regodeándonos en lo que podría haber sido cuando nos queda tanto por hacer y tan poco tiempo.

Anna achicó los ojos y, aunque estaba pendiente de cada palabra que le decía, en realidad no era consciente de lo que todo ello significaba.

—Pero es que fui una estúpida —insistió, y se limpió la nariz con el dorso de la mano, al mismo tiempo que se alejaba de él—. Debí llamarte, debí haberme ido contigo…

—¿Y ser desgraciada?

Buscó su mirada en cuanto lo escuchó.

—¿Por qué…?

—¿Por qué lo digo? —Anna asintió muda—. Porque es la verdad, *farfalla*. No querías irte de aquí, de Santoro y debido a mi insistencia, cediste…

—Eso no es del todo cierto —apuntó, interrumpiéndolo.

Carlo movió la cabeza de forma afirmativa y escondió las manos en los bolsillos del vaquero. Los músculos de los brazos se acentuaron y el tatuaje se remarcó.

—No tuve en cuenta lo que tú querías hacer, Anna —continuó—. Me cegué con lo mío y me olvidé de tus deseos.

Se acercó a él y lo tomó de la barbilla. La barba le hizo cosquillas en los dedos, pero lo ignoró.

—Tenía miedo… —confesó—. Ahora sé que tenía miedo de descubrir un nuevo mundo donde no estaría cobijada por mis seres queridos, pero me olvidé de algo.

Los ojos verdes de él brillaron al escucharla.

—¿De qué?

—De que estaría contigo —le reconoció.

Capítulo 22

Los ojos azules estaban anclados en los verdes.

Sus respiraciones estaban enlazadas.

Uno pendiente del otro.

Solo el uno en el otro.

La mano de Anna se trasladó hasta la mejilla masculina y este ladeó la cara buscando todavía más su contacto.

Sin apartar sus miradas. Sin querer alejarse.

—Anna, tengo que contarte algo…

Ella siseó, acallándolo, y negó con la cabeza.

—No quiero escuchar nada más. No quiero que hablemos, Carlo. —Cerró los ojos unos segundos, buscando el valor que necesitaba, para abrirlos a continuación—. Quiero que me beses, que me hagas olvidar los diez años en los que he llorado cada día no estar a tu lado y que, con tus caricias, me hagas recordar todo lo que llevo soñando desde que tomé esa decisión.

Carlo posó las manos en sus mejillas y acercó su rostro, tambaleándose hacia atrás unos pocos pasos por la fuerza de sus movimientos.

—Deja de pensar en eso —le rogó, y apoyó la frente en la de ella.

—Querría tanto hacerlo, pero…

La boca de Carlo se cernió sobre la de ella, silenciándola. Acallando todo lo que le hacía daño y que debía dejar atrás.

Él lo lograría.

Juntos…

Atrapó su labio inferior para pasar al superior a continuación, y tanteó con cuidado, buscando su lengua.

Su sabor lo enloqueció.

Su olor lo enajenó.

Sus bocas unidas, besándose con pasión, mientras sus manos ancladas en el cuerpo del otro trataban de acortar la distancia que los separaba. Una distancia metafórica porque era imposible estar más juntos.

Anna tiró de su camiseta blanca y coló las manos por el interior hasta que acarició su espalda.

Sus músculos se tensaron con el contacto.

Carlo trasladó su boca por el cuello de ella, lamiendo cada zona de su piel al mismo tiempo que posaba sus manos sobre el trasero femenino y la acercaba todavía más a su cuerpo.

Un gemido se escuchó en el patio junto a una risa lejana que los detuvo.

Ambos se miraron con la respiración acelerada.

Ambos, muy conscientes de que su deseo los iba a hacer explosionar y que un patio rodeado de otras viviendas con diferentes alturas no era el mejor lugar para que su pasión saliera, si no querían dar un espectáculo.

Carlo le apartó con ternura un mechón castaño, que se había soltado de su recogido, y lo coló por detrás de la oreja, deteniéndose en uno de los pendientes.

—No me había dado cuenta de que los llevabas —susurró.

Las mejillas de Anna se sonrojaron.

—Fue cosa de María —confesó—. Dice que como tú fuiste quien empezaste con lo de las pecas y las huellas de mariposa, debía llevarlos para que volviéramos a ser amigos.

Sonrió ante la explicación y atrapó con delicadeza el pendiente en el que una pequeña mariposa con lunares morados se balanceaba.

—¿Sabe quién te los regaló?

Negó con la cabeza y se mordió el labio inferior.

—Pero se lo diré —prometió—. Se lo diré todo.

Fijó los ojos en los azules, donde la promesa bailaba entre los iris, y asintió.

—Gracias…

—No me tienes que agradecer nada —le rebatió—. Es lo justo.

Carlo chascó la lengua contra el paladar y la calló.

—Ya está. —Tiró de ella hacia el interior de la casa y ascendió por las escaleras—. El pasado nos llevó a tomar decisiones que creíamos correctas y, de seguro, cuando las realizamos, pensábamos que sosteníamos la verdad en ellas. —Abrió la puerta de la habitación de matrimonio y se detuvo cerca de la cama—. Ya no podemos tomar otro camino, pero lo que sí podemos —le agarró la cara y le dio un beso en la punta de la nariz— es avanzar con la experiencia que tenemos, construyéndonos otra vida en la que estemos juntos de nuevo.

—Carlo, yo…

Acercó su rostro al de ella y la besó con delicadeza.

—Estoy deseando descubrir a la nueva Anna, a mi *farfalla*…

—Pero si has dicho que no he cambiado —le recordó, impregnando en su voz un toque divertido que él notó sin problemas.

Carlo avanzó hacia ella, haciéndola retroceder sin cuidado, lo que provocó que acabara tumbada sobre la cama.

—¿Quieres jugar?

Anna se echó hacia atrás y elevó su barbilla para mirarlo a los ojos.

—Quiero recordar…

Un rugido se escuchó por la habitación, mientras el cuerpo de Carlo acababa encima de ella.

Sus bocas se reencontraron de nuevo y el ansia por sentir sus cuerpos, sin la barrera de ropa, los llevó a sucumbir a la pasión.

La camiseta de él acabó en el suelo.

La blusa de Anna no tardó en acompañarla y, cuando quedó visible un sujetador de una gran delicadeza, los verdes ojos se agrandaron. Una sonrisa lobuna apareció en el rostro de él y la boca acabó succionando uno de sus pezones rosados entre la lencería.

Ella gimió. Un gemido que los envolvió mientras su cuerpo se arqueaba y sus piernas se abrían para permitirle un mejor acceso.

La lengua jugó con el pequeño botón puntiagudo y sus uñas se clavaron en la colcha de la cama mientras su sangre se fundía.

—Carlo…

Él la miró con gesto travieso y deslizó la mano hacia sus piernas, recogiendo la falda por el camino.

—Es muy pronto, mi pequeña mariposa. Han sido diez años muy duros, añorando tu sabor, y me voy a deleitar despacio… muy despacio…

Anna lo miró con cariño, afecto y un amor que no había desaparecido en todo ese tiempo, aunque lo había intentado. ¡Cuánto lo había intentado!

—¿No serás capaz?

Carlo asintió y descendió su mirada hasta su parte más íntima, que estaba resguardada por unas braguitas del mismo color que el sujetador.

—¿Ropa interior a juego? —preguntó con tono divertido.

Ella se echó hacia atrás sin fuerzas y lo informó:

—Ni lo pensé…

La risa varonil la atravesó, haciéndola temblar, pero fueron sus dedos, los mismos que se deshicieron de la prenda íntima, los que consiguieron que ese temblor se transformara en un terremoto sensorial con una sola caricia.

Una única caricia…

—¿Sigues sabiendo a miel? —le preguntó con apenas un murmullo, pero no esperó respuesta alguna.

Su boca se posó en su sexo y su lengua la hizo gritar.

Le faltaba el aire, su sangre ardía y los escalofríos la recorrían provocando un sinfín de sensaciones.

—Carlo…

Él se detuvo y la miró. Se relamió los labios y fue subiendo poco a poco hasta llegar a su altura.

—Quizás me sobrevaloraba… —comentó, sorprendiéndola.

Posó una de sus manos en la mejilla y buscó sus ojos.

—¿Qué quieres decir?

Carlo sonrió y señaló hacia abajo con la cabeza. La tensión que se reflejaba en los pantalones era más que evidente.

—No sé si yo mismo aguantaré mucho, *farfalla*.

Ella se rio y elevó sus caderas, tocando su miembro erecto.

—No quiero que sea eterno, sino sentirte dentro. Saber que nuestros cuerpos vuelven a ser uno.

Carlo la miró con deseo, con ferviente amor, y, sin dudarlo, se apartó unos segundos de ella, el tiempo justo para deshacerse de los vaqueros y de los bóxeres.

No tardó nada en regresar a su lado.

Anna alzó de nuevo las caderas y él tensó la mandíbula al sentirla.

—¿Estás segura de esto? —le preguntó, reteniendo todo el deseo que lo inundaba… por ella.

Por su bienestar. Por su seguridad. Por su amor.

—Jamás he estado más segura.

Y ahogó un gemido gutural cuando sintió la invasión.

Sus cuerpos unidos. Sintiéndose… Amándose…

Juntos.

Capítulo 23

—Buenos días, dormilona —la saludó en cuanto abrió los ojos.

Habían pasado toda la noche juntos. Amándose, hablando…, reencontrándose.

Anna sonrió y estiró los brazos por encima de ella, arrancándole una carcajada.

—¿Llevas mucho tiempo despierto?

—Un poco. —Le apartó el cabello de la cara con una tierna caricia.

—Deberías haber descansado…

—Prefería mirarte —le confesó, atrayendo su completa atención.

Se giró hacia él, tirando un poco de la sábana para tapar su cuerpo desnudo, y que desconocía en qué momento acabó cubriéndolos, y buscó sus verdes ojos.

—Te he echado de menos.

Él se acomodó mejor, doblando la almohada un poco para que su cabeza quedara alzada.

—Yo también. —Le acarició las cejas, deslizó el dedo por el puente de su nariz y dibujó sus labios.

—Pero seguro que, en todo este tiempo, conociste a alguien.

Carlo sonrió y se tumbó boca arriba.

—Alguien hubo.

—¿Y fue importante? —preguntó con curiosidad, aunque por dentro se moría de celos.

Él notó su incomodidad, y la miró de medio lado.

—Algo…

—Ahh… —musitó, e inconscientemente se movió hacia un extremo, tratando de salir de la cama.

De pronto, había sentido que su sangre se helaba y las ganas por estar cerca de él se habían esfumado.

Carlo la agarró de la cintura, posando su brazo como un grillete, impidiendo que se moviera.

—¿Adónde vas? —la interrogó divertido.

—Fuera. Al baño —le aclaró mientras sentía como la mano masculina acariciaba su estómago.

—No te enfades.

Ella negó con la cabeza, pero no dijo nada. Ni siquiera lo miró.

Intentó alejarse de él, pero le fue imposible.

—Carlo, tengo que ir al servicio.

La ignoró.

Tiró de ella, moviéndola hacia el centro del colchón, y se tumbó encima de su cuerpo con cuidado de no hacerle daño. Le apartó el cabello de la cara y fijó sus ojos en los azules.

—Hubo otras…

—No quiero escucharlo —se sinceró, y cerró los párpados con fuerza, como si así no pudiera oír nada.

Carlo sonrió y le acarició la mejilla.

—*Farfalla*…

Abrió los ojos poco a poco y lo miró. La ternura que halló en su mirada la desarmó.

—Sé que habrá habido otras mujeres en tu vida… Es lo lógico —indicó—. Yo también conocí a otros.

El hombre frunció el ceño.

—¿Otros?

Anna sonrió al escuchar su voz. Posó una de las manos en su cintura y de improviso le hizo cosquillas, lo que provocó que se retorciera e incluso se apartara de ella.

En cuanto se vio libre de su peso, salió de la cama y se encerró en el cuarto de baño.

—Podrás esconderte, pero no huir. —Se colocó boca arriba con los brazos por debajo de la cabeza y dejó fija la mirada en la lámpara, mientras estaba pendiente de todos los sonidos que realizaba en el servicio.

—No quiero huir más —le anunció en cuanto abrió la puerta.

Carlo la miró, comprobando que se había enrollado una toalla alrededor del cuerpo.

—¿Qué es eso?

Ella observó la tela.

—Una toalla —señaló como si fuera lo más evidente.

Él se sentó en el lado más cercano a Anna, mostrando toda su desnudez con orgullo.

Lo miró de arriba abajo. Deleitándose con cada curva y marca que veía.

—Ven aquí —le ordenó.

—Tengo que regresar a Santoro —comentó mientras daba pequeños pasos hacia él—. Seguro que estarán preocupados…

De pronto, gritó, interrumpiendo lo que fuera decir, en cuanto Carlo tiró de la toalla y la dejó desnuda ante sus ojos.

—¡Dame eso! —le pidió, mientras se llevaba una mano al pecho y se doblaba un poco para evitar mostrar más de lo necesario.

La tela acabó detrás de él y Anna se enfurruñó, cruzándose de brazos, lo que dejó expuesto todo lo que quería esconder segundos antes.

Carlo se rio, la atrapó por la cintura y la acercó a la cama. Abrió las piernas, para colarla entre ellas, y posó las manos en su trasero desnudo.

—Así está mejor.

No pudo aguantar mucho más el enfado.

Fijó los ojos en los verdosos, donde sabía que siempre estaría su hogar, y suspiró con una sonrisa en los labios.

—¿Qué voy a hacer contigo?

Él le acarició las nalgas con delicadeza y ascendió con lentitud hacia su espalda.

—Sentir… Vivir… Amarme…

Lo observó con intensidad según dijo la última palabra.

Sus miradas volvieron a encontrarse y sus corazones latieron al mismo ritmo.

Al único ritmo.

—Carlo…

Él siseó, acallándola, y se alzó, atrapando su labio inferior. Tiró de él, pasó la lengua por su interior y Anna gimió.

—No pienses. Por una vez, *farfalla*, no pienses… Solo estamos tú y yo. Como siempre. Como siempre debió ser.

Esta vez fue ella la que lo besó. Con una caricia apasionada que le robó hasta el alma y consiguió que su cuerpo temblara de excitación.

Se subió encima de Carlo a horcajadas y, cuando se colocaba para sentirlo más profundamente, el sonido de su teléfono los interrumpió.

Ambos se miraron con la respiración alterada y su deseo inconcluso.

El tono del móvil cesó, y una sonrisa complaciente apareció en sus rostros.

Se besaron de nuevo, hasta que la melodía se reanudó y Anna, tras un gruñido de impotencia, bajó de la cama y fue en busca del teléfono.

Atrapó la camiseta de Carlo, que se puso según bajaba las escaleras, y llegó hasta el patio interior cuando sonaba el último toque.

—Hola…

—*Mamma*…, soy yo. María. —La voz de su hija le arrancó una sonrisa.

—Cariño, ¿pasa algo?

—No, no… Es solo que la *nonna* quiere saber si vendrás a comer con Carlo, por hacer más comida —la informó.

Anna suspiró y se sentó en una de las dos sillas que habían utilizado la pasada noche. Por un momento había creído que algo sucedía.

—No lo sé.

—Vale, pero, *mamma*…

—¿Sí? —preguntó, animándola a hablar.

—Dile a Carlo que, si viene, que se traiga el bañador. Voy a echarle una carrera.

Ella se rio.

—De acuerdo. Yo se lo diré. —La maravillaba como en esos días Carlo se había hecho un hueco en el corazón de su hija.

Lo había recibido con los brazos abiertos e incluso la había animado a lanzarse a sus brazos con las mismas artimañas que el resto de la familia.

—*Mamma*…, ¿estás ahí?

—Sí, sí…, perdona. Dime. ¿Quieres algo más?

—No… Sí…

Anna se rio de nuevo y la alentó a hablar:

—Dime, ¿qué sucede?

—Es que he pensado que, ya que tú has dormido fuera de casa…

—¿Sí? —preguntó, temiendo lo que se le habría ocurrido.

—Podría yo dormir en casa de Nico alguna noche.

Anna se quedó callada unos segundos, meditando sus palabras.

—Bueno…, ya lo veremos.

La niña gritó de alegría, lo que la obligó a apartarse el teléfono de la oreja, y escuchó de fondo al hijo de Franny gritando también de júbilo.

—María…, ¿sigues ahí?

—Sí, *mamma*, pero ya cuelgo —dijo con rapidez.

—¿No necesitas nada más? —preguntó con ironía.

La pequeña fue a negar, pero de pronto se acordó de algo.

—Ahh…, que dice la tía Francesca que espera que hayas cambiado las sábanas de la cama para cuando ella y el tío Giovanni regresen. Lo que pasa que no sé por qué quiere que lo hagas —indicó, quedándose pensativa.

Anna sonrió.

—Cosas de la tía —comentó—. Dile que lo haré, y ahora vete, que tengo que desayunar.

—¿Todavía no lo has hecho? Pues vaya, es muy tarde.

Ella se carcajeó, le lanzó un beso y, tras despedirse de nuevo, ambas colgaron.

Anna observó la pantalla del móvil, sin perder la sonrisa, y cuando alzó la mirada, se encontró con Carlo.

Estaba en la puerta que comunicaba el patio con el interior de la casa, se había puesto solo los vaqueros, por lo que su torso estaba al descubierto, y la observaba con una inmensa ternura.

—Franny quiere que cambiemos las sábanas.

Él se le acercó poco a poco y, cuando llegó a su altura, se acuclilló. Posó la mano en su cara y la informó:

—Quiero que sepa que soy su padre.

Anna asintió.

—Lo haré.

—¿Cuándo? —preguntó, y notó que estaba impaciente; quería que esa cuestión se resolviera ya mismo.

—Necesito tiempo.

Carlo gruñó y se levantó.

—¿Más tiempo, Anna? ¿Más del que hemos tenido? —Apretó los puños con impotencia.

Ella se levantó y fue a su encuentro. Le agarró una de esas manos, logrando destensarla, y enredó sus dedos.

—Solo quiero encontrar el mejor momento.

Sus ojos se buscaron. Los verdes en los azules, leyendo los pensamientos que cruzaban por ambos.

Carlo suspiró con profundidad y apoyó su frente en la de ella.

—De acuerdo, pero date prisa —le indicó—. Necesito que sea lo antes posible.

Anna movió la cabeza de arriba abajo y se alzó, poniéndose de puntillas.

—Te lo prometo. —Le dio un beso, sellando sus palabras.

Capítulo 24

Un par de golpes en la puerta del despacho atrajeron su atención.

—Cariño, ¿te interrumpo?

Levantó la vista de los documentos que tenía en la mano y, cuando vio parado en la entrada a su padre, cerró el cajón del archivo.

—No, pasa. —Dejó los papeles sobre la mesa, junto a las gafas que utilizaba para leer—. Estaba revisando unos pedidos antiguos de esencias, pero no hay prisa. Era por adelantar algo de trabajo, pero, con este calor, poco me ha cundido —le comentó, y se pasó la mano por la frente, quitándose un poco de sudor.

Hoy, las temperaturas eran altas y, aunque se había puesto unos pantalones cortos de tela fina y una camiseta de tirantes, un conjunto de tonos blanco y amarillo, seguía teniendo mucho calor.

El hombre asintió con la cabeza y se adentró en la habitación. Observó todo con ojo crítico, ya que pocas veces acudía allí a no ser que fuera algo necesario, y analizó lo que lo rodeaba con atención.

Esos eran los dominios de Anna, donde creaba los nuevos aromas para perfumes o jabones, utilizando siempre la lavanda de base. Desde allí controlaba los pedidos de los productos que necesitaban y revisaba que todo el trabajo que se realizaba en el campo cuadrara con la labor de los trabajadores.

No eran una gran empresa, aunque no podían quejarse de cómo les iba, y una de las cosas que los Santoro tenían clara era que pagaban bien a cambio de un trabajo justo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó su hija al ver que no hablaba.

—Sí, perdona. —Estrujó la gorra entre las manos, que solía llevar cuando estaba en el campo —. Querrás seguir y yo aquí te estoy interrumpiendo…

—*Papà*, venga, para ti siempre tengo tiempo —le dijo sonriendo.

Lorenzo se pasó la mano por el negro cabello, que estaba sudado, y los mechones blancos brillaron con la luz artificial de la lámpara.

—Solo venía para ver cómo estabas.

Ella lo miró extrañada.

—Bien. Estoy bien —indicó, y por primera vez, desde hacía mucho tiempo, sentía que era verdad.

Su padre asintió y se golpeó la pierna con la gorra, levantando algo de polvo de tierra del vaquero.

—Me alegro —afirmó—. Entonces, me marcho. —Se volvió hacia la puerta con intención de irse, pero su hija lo detuvo.

—Padre…, ¿qué sucede? —Lorenzo la miró de nuevo—. No creo que hayas venido hasta aquí solo para comprobar mi estado. —Se apoyó en el borde de la mesa y lo miró con interés.

El hombre suspiró con fuerza, un sonido que ambos escucharon sin problemas. Se rascó la cabeza otra vez y dio dos pasos hacia ella.

—Es que no hemos hablado desde que ha vuelto Carlo.

Anna sonrió.

—Sí que hemos hablado. Vivimos en la misma casa, compartimos comidas y nos vemos casi a todas horas —le recordó—. Salvo cuando tú estás en el campo y yo aquí, pero como ayer lunes

fue festivo, pudimos compartir más tiempo juntos.

—Ayer apenas estuviste por aquí, *bambina* —le indicó con un tono de voz diferente.

Anna se sonrojó al comprender qué quería decir.

—Bueno…, sí… —Se incorporó y fue hacia el otro lado de la mesa, dejando apoyadas las manos sobre la superficie—. Estuve con Carlo.

Su padre asintió y esperó a que continuara hablando, pero, como no mencionó nada más, le preguntó:

—¿Y todo bien?

Ella frunció el ceño ante su insistencia.

—Sí, ¿por qué no debería estarlo?

Lorenzo se acercó todavía más a la mesa y, tras dejar la gorra sobre esta, se dejó caer en la silla que tenía cerca.

—Porque es el padre de María y no lo sabía.

Anna abrió la boca y la cerró varias veces. La había dejado sin palabras.

—¿Lo sabes? —le preguntó, aunque no hacía falta que respondiera.

Este asintió y ella cayó sobre su propia silla como un peso muerto. Hasta el mueble chirrió por el impacto.

—Lo sabes… —repitió más para sí que para que él la escuchara.

—Anna…, está bien…

Ella parpadeó varias veces seguidas, tratando de centrar la imagen de Lorenzo.

—Pero… ¿desde cuándo?

—Casi desde el primer día, diría yo —afirmó, e incluso sonrió con orgullo.

Anna lo observó una vez más, se levantó y fue hacia la ventana. Dejó la vista fija en los campos de lavanda y observó cómo el sol ya había desaparecido por las montañas.

—¿Y nunca dijiste nada? —se interesó sin mirarlo.

—No me concernía a mí —indicó, y eso sí que atrajo toda su atención.

Sus miradas se encontraron. La azul de Anna, tan parecida a la de su madre, y la gris de Lorenzo, como la de *nonna*.

—Padre…, yo… —Se pasó la mano por el cabello que, como siempre, llevaba recogido en una larga trenza—. No quise engañarte.

Este se incorporó y fue a su encuentro.

—Lo sé, mi niña. Lo sé… —Agarró sus manos—. Yo soy el menos indicado para darte lecciones.

Anna frunció confusa el ceño.

—¿A qué te refieres?

Lorenzo le acarició la mejilla y le regaló una triste sonrisa antes de regresar a la silla.

—Estuve mucho tiempo alejado de ti cuando tu madre falleció y me desentendí de todo lo referente a tu bienestar —le indicó—. Si no hubiera sido por mi madre…

—Padre, sufrías… —Él la miró, sorprendido por esa afirmación—. Fue tu forma de sacar todo el dolor que te consumía, y, aunque no fue la correcta… —sonrió con pesar y él le devolvió el gesto—, nadie posee la verdad absoluta de cómo debemos comportarnos cuando el alma se nos rompe.

Lorenzo asintió.

—El dolor nos lleva a hacer muchas estupideces y no es hasta que despertamos cuando nos damos cuenta de que los de nuestro alrededor también sufren con nosotros, e incluso que podrían

ayudarnos.

Anna se acercó a él y se apoyó en la esquina de la mesa que tenía más cerca.

—No podemos seguir viviendo en el pasado…, en *ese* pasado —remarcó—, cuando tomamos decisiones que ya no tienen solución. —Apoyó la mano en la ajada de su padre—. Tenemos que seguir caminando porque la vida nos da más oportunidades para ser felices.

Lorenzo le apretó la mano con cariño y asintió.

—Y yo que venía para comprobar que estabas bien… —comentó, y sonrió con ternura—. Me has dado una lección de vida, *bambina*.

Ella se encogió de hombros.

—Ha sido cosa de Carlo —lo informó—. Es él quien, a pesar del daño que le pude provocar, no diciéndole en su momento lo de María, insiste en que corramos un tupido velo y sigamos avanzando.

Su padre se levantó y le dio un beso en la mejilla.

—Ese chico siempre me gustó. —Le guiñó un ojo.

—Y a mí… —afirmó sonriente, y observó cómo avanzaba hacia la puerta.

—¿Cuándo le contaréis a María que es su padre? Porque no se lo habéis dicho todavía, ¿no?

Anna negó con la cabeza.

—No, todavía no se lo he dicho, pero…

El hombre la miró, intrigado.

—¿Qué sucede?

Ella suspiró y se encogió de hombros al mismo tiempo.

—No sé cuándo será el mejor momento para contárselo —reconoció.

—Nunca —señaló, sorprendiéndola, y añadió—: Todos.

Anna frunció el ceño al oírlo.

—*Papà*, no eres de ayuda. —Se rio.

El hombre se apoyó en el marco de la puerta del despacho y se cruzó de brazos. Estaban muy morenos y el blanco de su camiseta, más negra que blanca por el trabajo, resaltaba su color de piel.

—Quería decir que no puedes esperar el «momento» —movió los dedos simulando unas comillas imaginarias—, porque siempre lo retrasarás por determinados motivos. Para esto, lo mejor es decirlo y esperar su reacción. Luego, ya podrás, dependiendo de cómo lo reciba, actuar. Es como quitar una tirita. De una y sin avisar.

Anna asintió con lentitud, asimilando su explicación, y no pudo evitar sonreír por el ejemplo.

—¿Y si se vuelve a marchar?

Lorenzo se irguió todo lo alto que era y miró a su hija.

—¿No lo has hablado con Carlo? —Ella negó con la cabeza y escuchó un bufido de indignación—. *Bambina*, no. Eso no.

—Pero…

Chascó la lengua contra el paladar y levantó la gorra hacia ella, acallándola.

—Tenéis que hablar. Tenéis que aclarar todo lo que os atañe, y ahora con mayor motivo porque tenéis una hija en común —le indicó con un tono de voz que no admitía queja.

Anna asintió, aunque algo debió ver en su rostro porque acortó la distancia que los separaba con rapidez y tomó su cara con las manos.

Fijó sus ojos en los de ella.

—No quiero que os vuelva a ocurrir lo mismo que hace años.

—Yo tampoco… —admitió—, pero tengo miedo de volver a perderlo. *Papà*, ¿y si se va de nuevo? —Lo miró a los ojos como esa niña pequeña que busca en sus padres que le resuelvan sus problemas, porque son ellos los que nos cuidan y apoyan. Porque en la mentalidad de cualquier niño, son ellos nuestros héroes y tienen las soluciones para cualquier asunto.

Bendita infancia…

—Mi niña… —susurró, y le limpió una lágrima solitaria que se escapó de su encierro sin aviso—, no debería decirte esto, pero algún día Carlo se irá, o tú… Como se fue tu madre.

Anna vio la tristeza sobrevolar sus ojos grises y ella sintió que los suyos también se inundaban de lágrimas.

—*Papà*…

Lorenzo tragó con dificultad. El recuerdo de su mujer, su ausencia, todavía lo afectaba demasiado. Siempre lo haría.

—Tenemos que quedarnos con el tiempo que vivimos con ellos; atesorar cada minuto, cada segundo que la vida nos regala y olvidarnos de la posibilidad de su ausencia, porque no sabemos cuándo el destino nos privará de su compañía. —Le limpió la cara con una tierna caricia, tratando de alejar las lágrimas que se deslizaban por su mejilla—. Hay que amar sin fin, sin miedo al futuro, construyendo una vida juntos en la que ser felices. —Le dio un beso en la mejilla y se alejó de su hija.

—Gracias… —susurró pasados unos minutos antes de que su padre llegara a la puerta mientras sus palabras la calaban hondo.

El hombre movió la mano, quitando importancia a su discurso, pero no se volvió para mirarla y a Anna no la extrañó. Había visto rastro de lágrimas en sus iris grises y sabía que tardaría tiempo en recuperarse, tras recordar a su madre.

Capítulo 25

—*Farfalla*… —llamó a su hija, que estaba dibujando, arrodillada a la mesa del salón.

Una de las aficiones de María, desde bien pequeña, había sido pintar y, aunque los gustos van cambiando a medida que se va creciendo, esta había continuado con el dibujo e incluso perfeccionando este arte.

La niña la miró y señaló el papel que tenía delante.

—Mira, ¿a que no adivinas lo que es?

La mujer se acercó y, por encima de su cuerpo, observó la ilustración.

—¿Santoro?

Asintió con una gran sonrisa y prosiguió pintando los campos violetas de lavanda.

—Se lo quiero regalar a Carlo —anunció, sorprendiéndola—, para que no se olvide de nosotros.

Anna se sentó a su lado y le acarició el cabello pelirrojo que llevaba suelto. Esa mañana no había querido recogérselo y, aunque no hacía tanto calor como el día anterior, las temperaturas todavía eran altas.

Había conseguido convencerla para que solo llevara un vestido holgado, que le quedaba algo grande, con un oso enorme saludando en su parte central, rodeado de corazones.

No era la ropa que más le gustaba, ya que opinaba que era muy infantil y ella, con sus casi diez años, ya era toda una mujer, pero, cuando su madre le insistió con la excusa de que estaría más fresca por la tela fina y los tirantes, terminó cediendo.

—Cariño, ¿no quieres que te haga una coleta?

La pequeña fue a negar, pero en el último momento cambió de opinión.

—Vale, pero no muy tirante, que luego me duele la cabeza.

—Está bien. No muy tirante —concedió con una sonrisa, ya que eso era lo que escuchaba a su tía Franny cada vez que se quejaba de jaquecas.

Su mejor amiga decía que, cuando se levantaba por las mañanas con molestias, era porque había llevado todo el día el pelo recogido.

—*Mamma*…

—Umm… —respondió mientras la peinaba con los dedos.

—¿Hoy vendrá Carlo?

Anna detuvo sus movimientos por unos segundos, para retomarlos a continuación.

—Quizás… ¿Quieres verlo?

La pequeña asintió y buscó el lápiz de color verde. Rebuscó entre todos los que había sobre la mesa y, tras dudar entre tres diferentes tonalidades, cogió un término medio.

—Me cae bien —afirmó—, y tú sonríes más cuando estamos con él.

La mujer abrió la boca sorprendida. No esperaba escuchar esas palabras de su hija… También de ella.

—Yo sonrío —se defendió.

La niña asintió, tirando de su pelo y, por tanto, de las manos de su madre.

—Sí, pero cuando está Carlo es… —se llevó el lápiz a la boca y miró un punto concreto de la pared— diferente.

—Diferente… —repitió en apenas un susurro—. Pues no me había dado cuenta.

María asintió una vez más y esta vez se quejó al notar dolor en la sien.

—*Mamma*…

—Perdona, cariño —se disculpó—. Como no paras de moverte, no puedo evitar hacerte daño.

La pequeña bufó, casi sin dar crédito a su madre, y se estiró.

—Venga, ahora. No me muevo —le anunció.

Anna sonrió y se quitó la goma de pelo que llevaba en la muñeca para pasársela por el cabello. No tardó en hacerle la coleta.

—Ya está —le dijo tras darle un beso en la cabeza.

—Menos mal porque podrías haberme dejado calva.

—Ey… —La empujó con cariño, moviéndola hacia el lado—. Un respeto, que soy tu madre.

María se rio.

—Yo te respeto, *mamma* —afirmó, pero la diversión que asomaba en sus ojos verdes decía todo lo contrario.

Anna se carcajeó y apoyó la espalda en el sofá que tenían cerca, mientras veía cómo su hija continuaba con el dibujo.

—*Farfalla*… —la llamó pasados unos minutos.

—¿Sí? —Como su madre no continuó hablando, la miró extrañada—. *Mamma*, ¿pasa algo?

Esta negó con la cabeza, al mismo tiempo que alzaba una de las manos para acariciar su mejilla.

—Te quiero mucho, ¿lo sabes?

—Joo…, *mamma*, y yo —afirmó, y se lanzó sobre ella, dándole un gran abrazo.

Anna acarició su espalda mientras su aroma la envolvía. Era una mezcla a lavanda y a hierba recién cortada. La unión de Carlo y de ella misma.

Carlo…

—Cariño, quería contarte algo —comentó, haciendo que María alzara la cabeza y que sus ojos se encontraran.

—Dime —la animó a hablar, viendo que volvía a quedarse callada, y se apartó de ella—. ¿Ocurre algo?

Anna negó con la cabeza de inmediato al notar la preocupación en su voz.

—No, tranquila. —Sonrió y María se contagió de su gesto—. Es solo que quería hablarte de tu padre…

—¿De mi padre? —la cortó, sentándose mejor. Se cruzó de piernas y la miró con expectación.

Ella amplió la sonrisa. Siempre que surgía un tema relacionado con su progenitor, se notaba las ganas que tenía de escuchar. Fuera lo que fuese. Estuviera donde estuviese. Se paraba, lo dejaba todo y prestaba atención.

Siempre había sido así desde que había mostrado curiosidad por conocer a su padre.

«Quizás debí hablar con Carlo antes…».

Negó con la cabeza en cuanto ese pensamiento cruzó por su mente, reprendiéndose por volver a hacer lo mismo. El pasado era pasado y ya no tenía solución. Ahora debía construir su futuro.

El de los tres.

—¿Te acuerdas de que te dije que trabajaba mucho y que iba de un país a otro?

María asintió ilusionada.

—Ha vivido en muchos países, pero como trabaja en mitad del mar, en una plataforma petrolí…

—Petrolífera —terminó por ella. Siempre que lo mencionaba, acababa atascándose con la

palabra.

La niña asintió y continuó:

—No puede hablar con nosotras.

Anna movió la cabeza de forma afirmativa. Era la excusa que le había dado para que no viera extraño no poder hablar con su padre. Un pretexto que sabía que, con más edad, descubriría que no era verdad, pero, hasta que eso hubiera llegado, a ella le habría servido.

Hasta ahora…

—Eso no es del todo cierto…

María arrugó el ceño, poniendo un gesto de lo más cómico en su cara, pero no era el momento de reírse.

—¿Qué quieres decir, *mamma*?

—A que se podría haber hablado con él si hubieras querido.

La niña tardó en reaccionar.

—¿Podemos llamar a mi padre? —preguntó ilusionada, levantándose del suelo de golpe. Tenía una gran sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

—Más o menos —afirmó Anna, provocando que esa sonrisa desapareciera.

—¿Qué quieres decir? —la interrogó, colocando sus pequeñas manos a ambos lados de la cadera.

—Verás, cariño… —Dudó, buscando una explicación coherente a sus actos, pero sabía que era imposible—. A veces los adultos hacen muchas tonterías…

—Sí, lo sé —afirmó María con rotundidad, sorprendiéndola.

—¿Lo sabes?

La pequeña asintió de nuevo.

—Veo el telediario a veces y me doy cuenta de que, aunque las personas son inteligentes, actúan de forma idiota.

—María…

—Perdón, *mamma*, pero es la verdad. —Se cruzó de brazos y la miró a los ojos con gesto enfadado—. ¿O tú ves normal que nos estemos cargando nuestro planeta y no hagamos nada?

Anna asintió comprensiva.

—Tienes razón, cariño. Somos muy idiotas.

María sonrió con orgullo al ver que su madre opinaba como ella.

—Muy idiotas —repitió, y se dejó caer en el suelo.

—Pues yo también he sido muy idiota con otro tema —comenzó, tratando de explicarse.

La pequeña la observó con curiosidad, extrañada de que su madre, la persona que más sabía del mundo, se hubiera comportado como el resto.

—¿Qué has hecho, *mamma*?

Anna fijó sus ojos azules en los verdes, los mismos que había heredado de su padre, y expulsó todo el aire que retenía en su cuerpo sin saberlo.

—Mentirte.

—¿Mentirme? —Ella asintió—. Pero, *mamma*, nosotras no nos mentimos —afirmó con seguridad, ya que era lo que habían acordado desde que era bien pequeña.

Desde que llegó un día a casa muy afectada por una mentira de un compañero de colegio que acabó burlándose de ella.

—Lo sé, cariño. —Le agarró una de las manos, y observó que había pequeñas manchas de pintura en su piel—. No quise, pero al final no sabía qué decirte porque tenía miedo.

María se acercó a su madre y buscó sus ojos, donde encontró un brillo especial.

—¿Tú, miedo? —La adulta asintió—. ¿Los mayores también tienen miedo?

Anna sonrió con tristeza y ternura al mismo tiempo.

—Más veces de las que crees, cariño.

—Pues vaya… —Puso morros mientras asimilaba lo que le decía—. Pero el abuelo o la *nonna* pueden ayudarte si lo necesitas —indicó de pronto, acordándose del resto de su familia.

Anna posó la mano en la mejilla de su pequeña.

—Lo sé, pero hay cosas que solo nosotros mismos podemos solucionar —señaló—. Nos apoyan, nos dan consejos, pero somos nosotros los que debemos decidir qué camino tomar o qué hacer en determinados momentos, y es en esas decisiones cuando nos podemos equivocar… —Le dio un beso—. Aunque creamos que tenemos la razón, también podemos errar —afirmó—. Ellos nos pueden ayudar, pero el paso lo debemos afrontar nosotros.

María asintió con gesto serio.

—¿Y en qué te equivocaste, *mamma*? —le preguntó con verdadero interés.

Anna respiró con profundidad y alzó la cabeza hacia el techo, como si pudiera encontrar allí la mejor forma de decirle la verdad.

—Tu padre está aquí —anunció de golpe.

—¡Aquí! —gritó, y saltó, poniéndose de pie—. ¿Dónde? —Miró lo que las rodeaba por si podía verlo.

—Espera… —le pidió reteniendo la risa—. María…

La niña la observó confusa.

—¿Dónde está, *mamma*? ¿Puedo verlo?

Anna asintió.

—Sí, pero quería contarte que…

Se arrodilló delante de ella, y en sus gestos notó la impaciencia. Ya le daba lo mismo cualquier cosa que quisiera explicarle. Ni siquiera el hecho de que su madre hubiera roto el pacto de no mentirse le importaba.

Solo quería una cosa: conocer a su padre.

—*Mamma*, da igual —le indicó—. Te perdono. Te quiero y te perdono —repitió acelerada.

Anna se rio, alejando toda la preocupación que la había embargado, e incluso dio gracias a Dios porque no quisiera conocer toda la verdad. De momento…, porque sabía que más tarde, cuando la excitación de la noticia hubiera menguado, vendría el interrogatorio.

Conocía demasiado bien a su hija.

Agarró su cara con delicadeza y le dio dos besos en ambas mejillas.

—Te quiero…

—Y yo también —aseguró—, pero ahora dime dónde está.

Anna se carcajeó y se levantó del suelo, apoyándose en el sillón para incorporarse con facilidad.

—No sé si debería…

—¡*Mamma*! —se quejó, yendo tras ella—. No seas mala.

—¿Yo? ¿Mala? —Se señaló con la mano, mirándola por encima del hombro, mientras iba hacia la cocina.

María se colgó de esa misma mano y le puso cara de «lástima», la misma que mostraba cuando quería algo.

Anna negó con la cabeza y descendió los dos escalones que conducían a la cocina. Se detuvo

al lado de la mesa y esperó a que su hija prestara atención a lo que la rodeaba.

Pero estaba más atenta a su madre que a lo que debía.

—Renacuaja…

María se quedó inmóvil unos segundos, tiempo que tardó en reconocer la voz masculina, y movió la cabeza hacia el lugar de donde le llegaba.

Vio a Carlo cerca de la ventana, que la observaba con una sonrisa entrañable.

—*Mamma*…

Esta asintió, y María comenzó a llorar sin darse cuenta.

Carlo se agachó, colocándose a la misma altura que la niña, y, cuando se quiso dar cuenta, se vio envuelto por unos pequeños brazos que casi lograron tirarlo al suelo por la fuerza con la que chocó con él.

Aspiró su aroma con una familiaridad diferente a sus otros encuentros, y miró a Anna, que los observaba con lágrimas en los ojos.

Capítulo 26

—¿Y seguro que hay una catarata? —preguntó por enésima vez María, volviéndose hacia sus padres, que la seguían muy de cerca.

Carlo asintió y señaló la brecha en la roca que había delante de ellos.

—Métete por allí y sales justo al lado de ella.

—¡Voy! —gritó con alegría, y salió corriendo en dirección a donde le indicaba su padre.

—La vas a terminar malcriando —le indicó Anna sonriendo.

Carlo la agarró de la mano y la detuvo.

—Tengo que recuperar el tiempo perdido.

Ella frunció el ceño instintivamente, pero Carlo llevó uno de sus dedos hacia esa zona, donde las arrugas eran más pronunciadas.

—Te pones muy fea cuando haces eso —le dijo divertido.

Anna le golpeó la mano y trató de distanciarse de él, pero, como la tenía agarrada, no pudo ni dar dos pasos.

—Presente. Nuestro presente —le recordó, y la besó.

Tenía todavía los ojos cerrados cuando la caricia terminó, y Carlo sonrió al observar su gesto apacible.

—Te quiero —le confesó, haciéndola reaccionar.

Sus miradas se encontraron.

Un verde oscuro que mostraba todo el amor que sentía su dueño; un azul sorprendido, que tardó en comprender lo que ocurría.

—Carlo… Yo…

Él sonrió, mitigando sus miedos, y, tras darle un delicado beso en la punta de la nariz, la soltó para seguir el mismo camino que su hija.

—No hace falta que digas nada, *farfalla* —comentó, dándole la espalda—. Dentro de mí hay amor suficiente para los tres.

—Pero eso no debe ser así —protestó.

Carlo se encogió de hombros sin mirarla. Si lo hiciera, vería el dolor que se mostraba en sus ojos y sabía que podría influirle para dar un paso al que no estaba preparada.

—No pasa nada. Tranquila.

—¡Sí, sí pasa! —subió el tono de voz, deteniéndolo—. Carlo, mírame.

Tardó en hacer lo que le pedía.

Se giró sobre sus propios pies y la vio en el mismo lugar donde la había dejado instantes antes. Con sus pantalones cortos blancos y su camiseta de tirantes azul, con el pelo recogido en un moño desenfadado, y con la bolsa de rafia donde llevaba las toallas y la ropa de baño.

—Anna, no tienes que…

La mujer chascó la lengua contra el paladar y negó con la cabeza. En su cara se apreciaba un enfado que no mostraba minutos antes.

—No puedes decirme eso y esperar que te corresponda sin más a la primera. Así no se hacen las cosas, Carlo. —Dejó caer la bolsa al suelo terroso y se cruzó de brazos.

—Ah, ¿no? —preguntó incluso divertido por su actitud.

Ella negó.

—No, no se puede.

Carlo avanzó hacia ella mientras en su cara nacía una sonrisa traviesa.

—¿Y cómo sugieres tú que se haga?

Anna enfrentó su mirada verde, que estaba ya a escasos centímetros de ella.

—Tiempo… Necesito tiempo —le pidió.

Para su sorpresa, Carlo tiró la mochila al suelo y elevó las manos al cielo para dejarlas caer a continuación.

—Siempre estás con lo mismo, Anna. Tiempo. Tiempo… —repitió—. No tenemos ese tiempo —le indicó, y ella frunció confusa el ceño. No era la primera vez que hacía referencia a algo parecido, pero no le había dado importancia hasta ahora.

—Carlo, ¿por qué dices eso?

—Por nada. Es una forma de hablar —señaló con rapidez, tratando de quitarle importancia a su comentario, pero Anna notó algo que no le cuadraba.

Ya fuera su forma de actuar, sus prisas para que María supiera la verdad o algunos de los comentarios que realizaba cada vez que estaban juntos, como si se fuera a marchar.

De nuevo…

—Carlo, ¿te vas a ir otra vez?

Este la miró a los ojos, dudando qué responder a esa pregunta, hasta que suspiró sin fuerzas y sus hombros se hundieron, agotados.

—No, *farfalla*. —Le tomó la cara con ambas manos—. He solicitado en el trabajo una larga excedencia que no tiene fecha de regreso.

Anna agrandó los ojos, sorprendida.

—¿Te quedas? —preguntó esperanzada, con una sonrisa llena de ilusión que le contagió.

Acarició sus labios y asintió, feliz de ver esa reacción en ella.

—Me quedo si quieres…

—¿Si quiero? ¿Si quiero? —repitió incrédula de que sugiriera que no era lo que deseaba—. No sé por qué dudas.

Él encogió uno de sus hombros y se apartó de su lado.

—Quizás no queráis mi compañía…

Anna no daba crédito a lo que escuchaba, por lo que avanzó con rapidez, hasta colocarse delante de Carlo, deteniéndolo. Lo miró a los ojos, los que la observaban llenos de miedos, y le soltó:

—Llevó diez años añorándote. Soñando cada noche contigo, con tu olor, con cada una de tus caricias, para que, cuando despierto, descubrir que no estás. Me ilusiono con una realidad onírica inexistente que me lleva a desear estar más tiempo durmiendo que viviendo al lado de mi hija…, que al final es la que ha impedido que me hunda del todo, y ahora —le golpeó el hombro con el dedo índice—, ahora sugieres que no queremos que te quedes, que estamos deseando que te vayas a otro país, a cientos de kilómetros, lejos de nosotras…

Carlo agarró su mano, la que había comenzado a golpearlo, y se la llevó a la boca, donde depositó varios besos, tratando de calmarla.

—Pensé que tal vez estaríais mejor sin mí.

—Pues pensaste mal —lo interrumpió, y tiró de su mano, rompiendo el contacto. Se cruzó de brazos y lo miró con cara de pocos amigos.

Carlo tardó en reaccionar.

Dio dos pasos, acortando el espacio que los separaba, y la abrazó por la cintura.

Ella se removió, intentando marcar las distancias, pero sin que fuera tan evidente, ya que le gustaba su contacto.

—¿Me quieres? —le preguntó en apenas un susurro, con los labios muy cerca de los femeninos.

Anna se fijó en los verdes ojos, los que había heredado su hija, los que la habían acompañado en cada sueño durante diez años y, tras suspirar, le confesó:

—Pues claro que te quiero. Te he querido toda mi vida, idiota.

La boca de Carlo se cernió sobre la de ella, acallando el insulto que había formulado.

Sus labios unidos por una caricia que decía mucho más que las palabras que se lanzaban, que mostraban todo el amor que se profesaban.

—Ehh…, vosotros, estáis tardando. —Escucharon a María, que acababa de regresar, buscándolos.

Carlo fue el primero en apartarse de Anna, y la miró con la ceja arqueada.

—¿Vosotros?

La mujer sonrió y encogió uno de sus hombros.

—Tendrás que acostumbrarte. Estamos en plena preadolescencia… Aunque Franny dice que la adolescencia llega ahora antes. —Se rio y se separó de él para recoger la bolsa y seguir a su hija.

—¿Adolescencia? —preguntó algo confuso, y se puso en movimiento.

Anna lo miró por encima del hombro.

—Es una etapa preciosa, ¿la recuerdas?

Él ni la contestó. Puso los ojos en blanco y continuó caminando, al mismo tiempo que rezaba para que la adolescencia de su hija no fuera ni la mitad de cómo fue la suya, porque, si no, más valía salir corriendo sin mirar atrás.

Capítulo 27

—¿Crees que es una buena idea? —preguntó Anna una vez más, en cuanto el todoterreno se detuvo delante de la puerta principal de la finca de la familia Rossi.

Delante de ella había una casa de dos plantas, algo más pequeña que la de Santoro, que se apreciaba que necesitaba una buena reforma. Había alguna contraventana desgastada, la madera estaba deslucida y una mano de pintura no le vendría mal, pero era un hogar.

El hogar de Carlo.

—Venga, *mamma*, quiero ver a mis abuelos —comentó María, abriendo la puerta de la parte de atrás del vehículo.

—Pero si los has visto hace una semana —indicó, haciendo referencia a la cena que habían compartido con los padres de Carlo en la Noche de las Luces.

—Sí, pero ahora son mis abuelos —señaló la niña con una seguridad que le faltaba a la madre, y salió corriendo hacia la casa.

Anna observó a la pequeña desaparecer por la puerta de la vivienda. Lo último que vio fue cómo su cabello pelirrojo se perdía por detrás de una de las columnas de madera y la tela amarilla de su vestido se evaporaba como si fuera magia.

Carlo le agarró la mano y se miraron.

En los ojos de Anna había dudas, miedo… En los de Carlo, la misma seguridad que su hija.

—No pasará nada —le prometió.

Ella suspiró y asintió, confiando en su palabra.

Habían estado todo el viernes fuera, visitando algunos de los pueblos cercanos. Retrocedieron hasta épocas antiguas, caminando por calles empedradas, admirando espectaculares arquitecturas y saboreando la más deliciosa gastronomía. Comieron en un restaurante al que Anna y Carlo llevaban mucho tiempo sin ir, y que preparaba los mejores postres de la Toscana italiana.

Fue en ese establecimiento, en mitad de una conversación, cuando él le propuso informar a sus padres de que María era su hija.

No pudo ni negarse.

Enseguida la ilusión de María por llamar a los señores Rossi abuelos los envolvió, lo que la llevó a ceder con rapidez.

Hasta que comenzó a ver la finca desde la carretera según llegaban y el miedo se le asentó en el estómago.

Carlo le dio un beso que hablaba de futuras promesas y Anna, tras suspirar, asintió con la cabeza, más confiada.

Salieron del todoterreno casi al mismo tiempo y, cuando alcanzaron la parte de delante del vehículo, sus manos se unieron de nuevo.

Carlo le dio un beso en los nudillos y le guiñó un ojo.

—¿Preparada?

—Preparada —afirmó, aunque su voz tembló y el latido de su corazón se disparó.

Avanzaron hacia la puerta con lentitud, siendo Carlo muy consciente de sus nervios.

Fueron despacio, sin prisas, mientras este buscaba transmitirle la confianza que poseía; por lo menos hasta que los temblores de Anna no fueran tan evidentes.

Necesitaba tomarse su tiempo.

Paso a paso…

De pronto, la entrada principal se abrió y ante ellos apareció la señora Rossi.

Era una mujer de pequeña estatura que siempre iba con el delantal —pocas veces la había visto Anna sin él—, con el cabello ya blanco recogido en un moño perfecto, y una mirada tan verde como las hojas de los bosques o como las praderas de los campos en un día de primavera. Eran los mismos ojos que su hijo.

Los mismos que tanto amaba Anna.

Los miró con un brillo muy especial en ellos, pasando de uno al otro con gesto incrédulo, y vieron cómo sus manos, ya bastante arrugadas, temblaban nerviosas.

—*Mamma*, ¿estás bien? —le preguntó Carlo preocupado, yendo hacia ella.

La pareja observó que comenzaba a llorar, lo que los alarmó todavía más.

—Señora Rossi, ¿se encuentra bien? —se interesó Anna, reuniéndose con madre e hijo.

La mujer le agarró la mano con fuerza, tanta que incluso Anna pensó que podría romperle los dedos, y buscó su mirada.

—¿Es cierto?

Ella arrugó confusa el ceño.

—¿El qué, señora Rossi?

—*Mamma*, ¿qué ocurre? —insistió Carlo, atrayendo su atención por unos segundos, para desviarla hacia Anna de inmediato.

—Señora Rossi… —la llamó esta con voz baja, comprobando que el llanto no cesaba.

—María… La niña… —Tragó con dificultad. Sentía en la garganta un nudo que la impedía hablar.

—¿Le ha pasado algo a María? —la interrogó Anna, angustiada. La acababan de ver, por lo que la extrañaba que hubiera ocurrido alguna cosa, pero el destino es una ruleta rusa que puede provocar desgracias en cualquier momento.

La madre de Carlo negó con rapidez y se limpió las lágrimas de la cara con la mano que tenía libre. Todavía agarraba la de Anna y parecía que no tenía intención de soltarla en mucho tiempo.

—No, está bien. Tranquilos.

—¿Entonces? *Mamma*, nos estás asustando —la informó Carlo, perdiendo la paciencia por el camino—. Será mejor que hable con *il papà* para ver si nos aclara algo de lo que sucede. —Avanzó hacia la puerta principal, pero de golpe se detuvo. En cuanto escuchó la pregunta que le hizo su madre a Anna.

—¿María es hija de Carlo?

Este se volvió hacia ellas y la pareja intercambió miradas cómplices.

—¿Se lo ha dicho María? —se interesó Anna bajando el tono de voz inconscientemente.

La mujer asintió con lentitud. Casi le daba miedo que todo fuera un invento de la pequeña.

—*Mamma*, ¿te parecería bien? —preguntó Carlo, regresando a su lado.

Esta miró a su hijo, mientras su llanto silencioso aumentaba, y reconoció:

—Me haríais muy feliz.

Carlo gritó de júbilo, atrapó a su madre de la cintura y la alzó, dando vueltas sobre sus pies.

—*Bambino*, suéltame —le pidió su madre, mientras lo golpeaba en los hombros, pero no revistió de autoridad su petición.

Todo lo contrario.

Las risas aumentaron y a las del hombre se sumaron las de la señora Rossi y la de Anna. Unas carcajadas que se colaron por el interior de la casa, atrayendo a la protagonista de la

conversación que habían mantenido, y que los había llevado hasta esa situación.

—¿Qué hacéis? —preguntó con mucha curiosidad.

—Bailar, renacuaja —la informó Carlo, y le guiñó un ojo travieso.

—Matarme… —indicó la mujer mayor, aunque con tono jovial.

Anna apoyó una de sus manos en el hombro de Carlo y le pidió:

—Baja a tu madre.

Este asintió y, con cuidado, la depositó en el suelo.

En cuanto la señora Rossi se vio libre, se carcajeó a mandíbula abierta, acaparando todas las miradas. Estaba feliz. Muy feliz.

—¿Tú también quieres bailar, María? —le preguntó a la niña, y esta asintió de inmediato. Se acercó a su padre, alzó los brazos y esperó paciente a que la cogiera.

Carlo le dio a su madre un beso en la mejilla a modo de agradecimiento y tomó en brazos a su hija. No tardó en hacerla girar mientras ambos se reían.

La señora Rossi agarró la mano de Anna en cuanto estuvo con los pies bien asentados en tierra firme y la llevó hacia la casa.

—Yo… querría explicarle… —Buscó las palabras que pudieran aclarar lo que tanto tiempo había callado.

La mujer mayor siseó, silenciándola, y la miró de medio lado, mientras se adentraban por la vivienda.

—No necesitas contarme nada —le indicó, y le palmeó la mano que sostenía—. Es algo entre mi hijo y tú. Yo soy feliz sabiendo que tengo una nueva nieta en la familia.

—Señora Rossi…

—Fiorella —la corrigió—. Llámame, Fiorella, Anna. Nos conocemos desde que eras una renacuaja… —sonrió al escuchar la palabra que había usado—, y, aunque deberíamos haber olvidado los formalismos hace tiempo, nunca es tarde, ¿verdad?

Ella asintió y le regaló una sonrisa.

—Lo que usted quiera, Fiorella.

La mujer movió la cabeza de arriba abajo, complacida al escuchar su nombre.

—Ahora, vayamos a preparar algo de merienda mientras el señor Rossi se despierta.

—¿Está durmiendo la siesta? —se interesó Anna, extrañada, porque ya era bastante tarde para seguir durmiendo.

La madre de Carlo negó, echándose a un lado para permitirle el acceso a la cocina. Era una puerta algo pequeña, por lo que no podían entrar las dos a la vez.

—Cuando María…, mi nieta —se corrigió, saboreando el parentesco que las unía—, ha entrado en casa…

—¿Les ha molestado? —la interrogó preocupada—. Estaba muy excitada y quizás debería haberla obligado a esperarme.

—No digas tonterías, niña —la cortó—. María siempre ha sido bienvenida a la casa Rossi, y ahora con más razón.

—¿Entonces?

La mujer sonrió como si escondiera un gran secreto.

—Nos ha soltado de golpe que era nuestra nieta —anunció—. Hablaba muy deprisa. Se ha lanzado a los brazos de mi marido, dándole muchos besos y repitiendo que era su abuelo… y el señor Rossi se ha desmayado.

—Pero ¿está bien? —preguntó alarmada, y se dirigió hacia la puerta por la que habían entrado.

Fiorella movió la mano en el aire.

—Muy bien. Roncaba como si estuviera trabajando con un serrucho —afirmó, y Anna no pudo evitar reír por la comparación—. Además, dormir no le vendrá mal, que luego se queja de que no logra conciliar el sueño.

—¿Seguro?

Esta asintió y abrió uno de los armarios.

—No te preocupes —le insistió, y dejó varias tazas de café sobre la encimera—. Además, tenemos que llamar al resto de los chicos para darles la noticia.

—Señora Rossi…

—Fiorella —la corrigió mientras servía el café.

—Fiorella —repitió ella, sintiéndose de pronto abrumada—, no es necesario que llame a nadie ahora mismo.

La mujer chascó la lengua contra el paladar y colocó la vajilla en una bandeja.

—De eso nada —la contradijo—. Es una gran noticia que hay que celebrar. Ya suficientes malas tenemos…

—¿Ha pasado algo? —se interesó Anna, acercándose a ella.

Esta la miró brevemente y, aunque le pareció que en un primer momento fue a decir algo, se arrepintió al segundo de pensarlo.

Le dio una palmada cariñosa en la mejilla para a continuación besarla en la misma, y le sonrió con cariño.

—No me hagas caso, Anna —le indicó—. Es solo la vida, que nos lanza órdagos inesperados, pero ahora no es momento de hablar de ellos. Debemos celebrar. —Le pasó la bandeja y le guiñó un ojo—. ¿Me ayudas?

—Sí, claro —afirmó, y, aunque debía estar feliz, una sensación de malestar atrapó su corazón.

Capítulo 28

Despertar…

—¿Ves cómo no había por qué preocuparse? —comentó Carlo, rompiendo el silencio de la madrugada.

Estaban los dos juntos en la cama de Anna y él no dejaba de acariciar su cabello. Su color lo fascinaba, un castaño que rozaba el moreno en algunas ocasiones y en otras incluso podría jurar ver mechones rojizos. No tenía nada reseñable que podría llamar la atención a otra persona, pero a Carlo lo fascinaba porque le pertenecía a ella.

A Anna…

Habían llegado no hacía mucho a la hacienda Santoro y se colaron en el interior de la vivienda con cuidado de no despertar a nadie.

Era demasiado tarde… o temprano, según se viera.

Subieron hasta el dormitorio de Anna, entre risas y susurros, como cuando eran unos muchachos, y, tras cerrar la puerta de la estancia, se dejaron llevar por la pasión que llevaban reteniendo desde hacía horas.

Habían salido de la casa de los padres de Carlo no hacía mucho, después de que todos los miembros de la familia Rossi se presentaran casi al mismo tiempo y los obligaran a quedarse a cenar.

Después de la cena vino una copa… y dos, porque todos estaban felices de la buena nueva.

Nadie se cuestionaba la tardanza de Anna en informar a Carlo de su paternidad. Nadie sentía curiosidad por conocer las razones que la habían llevado a ocultarlo.

Nadie preguntó nada y, en cierta medida, a Anna le chirrió, pero no lo comentó. Ni siquiera lo habló con Carlo, dejándose llevar por la felicidad que reinaba entre los presentes.

Mirándolo en perspectiva, casi que tenía que agradecerles su actitud, porque le habían facilitado las cosas. A ella y a María…, y a Carlo, porque ahora tenía que pensar que eran un conjunto de tres personas, no de dos, que se cuidaban y se querían.

Los Rossi los retuvieron más tiempo del que Anna esperaba. Entre risas y conversaciones las horas se fueron alargando y solo cuando María se cobijó agotada entre los brazos de su padre, la pareja se dio cuenta de lo tarde que era.

Los padres de Carlo insistieron mucho para que María se quedara a dormir en su casa, en la habitación que había ocupado su padre de niño y, Anna, viendo la ilusión que le hacía a Fiorella, no pudo negarse.

Acabaron los dos solos, regresando a Santoro, y terminaron en su cama dando rienda a su amor. No se cansaban de besarse, de sentirse, de amarse… No se cansaban el uno del otro, y era como si, ahora que se habían reencontrado, necesitaran recuperar el tiempo perdido.

Anna se volvió hacia él, buscando sus ojos verdes, y le regaló una relajada sonrisa.

—Eres muy listo…

Este se rio y le golpeó con cariño la punta de la nariz.

—No te voy a discutir eso.

Ella suspiró y apoyó la cabeza en su torso desnudo. Sintió su respiración y cerró los ojos mientras las manos de Carlo le acariciaban la espalda.

Podría estar así toda la vida… A su lado. Juntos.

—Anna…

—Umm… —No le quedaban fuerzas ni para hablar.

—Quiero contarte algo importante. De hecho, llevo intentándolo pero… —Ella volvió a realizar un sonido que lo animaba a continuar, y Carlo, tras respirar con profundidad, le anunció —: No he sido del todo sincero contigo…

Lo miró de golpe, apartándose levemente de él.

—¿Qué quieres decir?

Carlo le apartó el cabello que le cubría la mejilla y lo llevó hasta detrás de su oreja, acariciándola por el camino. Sus ojos verdes estaban fijos en los azules, como si quisiera que leyera en ellos todo lo que pensaba.

—Carlo…, me estás asustando —le dijo cuando vio que no proseguía.

Este suspiró y, tras darle un beso que le arrancó un gemido, se levantó de la cama. Se puso los vaqueros, se acercó a la ventana, desde donde se podía ver toda la hacienda, y comprobó que el sol comenzaba a salir por detrás de las montañas.

Esa imagen siempre lo había acompañado. Su Toscana y ella… Anna.

Devolvió su atención a la mujer que había conquistado su corazón hacía años y que seguía preso de ella sin querer resistirse, y se pasó la mano por su corto cabello pelirrojo.

—He regresado porque te echaba de menos.

Ella se incorporó en la cama y tiró de la sábana, escondiendo su desnudez.

—Lo sé. Lo hemos hablado —comentó extrañada, y le sonrió con temor.

—Siempre he querido estar contigo —insistió—. Sabía que, aunque los años pasaran y mi vida cambiara, siempre regresaría a tu lado, porque te amo. —Cerró los ojos y los abrió de inmediato —. Siempre te he esperado. Siempre te he buscado. Siempre te he querido, *farfalla*. Lo eres todo para mí…

Anna sintió la garganta seca por la declaración y notó que una solitaria lágrima se escapaba de uno de sus ojos, como si vaticinara que lo que iba a escuchar no le iba a gustar.

Su corazón se lo decía, se lo repetía…, pero ella había estado ciega.

Ciega de amor.

—Yo también te amo —le confesó—. Eres muy importante para mí, Carlo.

Él asintió con la cabeza, complacido de escucharla, y se acercó a ella para robarle un nuevo beso.

Cuando la caricia cesó y sus ojos se encontraron, le indicó:

—Pero también he regresado por otro motivo. —Se apoyó en el marco de la ventana y echó en falta un cigarrillo para llevarse a la boca, y eso que llevaba bastante tiempo sin fumar.

Ella lo observó, tratando de comprender lo que sucedía.

—Carlo, ¿qué ocurre? —Se acercó al lado del colchón, que estaba más próximo a él, tirando de la sábana que la cubría.

Este volvió a pasarse la mano por la cabeza y expulsó de golpe todo el aire que retenía.

—Hace un año, más o menos…

—¿Sí? —preguntó, cortándolo. La preocupación la llevó a adelantarse, sin esperar a que él hablara.

Carlo sonrió al darse cuenta de ello y se sentó a su lado. La tomó de una de las manos y enredó sus dedos.

—En una de las revisiones periódicas que nos realizan en el trabajo, me encontraron algo…

Anna buscó sus ojos verdes.

—¿Qué fue?

Este la miró y en sus pupilas encontró un rastro de tristeza que, si echaba la vista atrás, siempre había estado presente. Desde su regreso.

—Tengo una enfermedad rara, de esas que no tienen un tratamiento concreto porque se les escapa de lo «normal» —anunció, y ella se soltó de su agarre. Llevó la mano hasta su cuello y, aunque la sábana con la que se tapaba se deslizó hacia abajo, dejando visible su cuerpo desnudo, no le importó.

—¿Mortal? —preguntó de golpe, encontrando un valor que no sabía que tenía.

Carlo asintió y se levantó de la cama para acercarse a la ventana de nuevo. Apoyó la mano en el marco y la tensión se vio reflejada en sus nudillos blanquecinos.

—Pero ¿cómo?

Su fría carcajada heló sus venas.

—Los médicos no lo saben —la informó, volviéndose para mirarla—. Me han hecho multitud de pruebas y me han metido en muchos estudios modernos para poder acabar con ella, pero nada. No consiguen que retroceda ni que desaparezca.

—¿Nada? —preguntó con voz muy baja.

Carlo negó con la cabeza.

—No hay solución —insistió—. Aunque lo han probado todo, esta enfermedad es muy rara e invasiva. Hay muy pocos casos en el mundo y parece que me ha tocado la lotería. —Se llevó la mano derecha a la zona donde latía su corazón y mostró una sonrisa mordaz.

—Pero… tú estás… —Lo señaló con el dedo de arriba abajo.

—¿Bien? —Ella asintió con lentitud y él sonrió con pesar—. Hace unos meses que decidí terminar con el tratamiento que seguía porque me debilitaba y no me reconocía —le indicó—. Ahora soy yo y quería… —dudó—, quería que, cuando nos volviéramos a ver, pudieras reconocerme.

Anna lo observó con tristeza y, aunque no quiso mostrar compasión, no pudo evitarlo.

Los dientes de Carlo chirriaron al notarlo.

—Perdón —se disculpó con rapidez, y él negó con la cabeza.

—Tranquila, aunque no lo llevo bien, me comienzo a acostumbrar al verlo en los ojos de los demás. —Ella asintió y se tapó con la sábana.

De pronto, Anna se dio cuenta de algo que Carlo había mencionado.

—Hay un tratamiento… Has dicho que hay un tratamiento, ¿no? —preguntó con esperanza.

Él negó una vez más.

—Para alargar un final ineludible.

Lo miró a los ojos.

—¿Cuánto?

No hizo falta que especificara su pregunta. Sabía a qué se refería, lo que quería saber. Era lo mismo que llevaba preguntándole toda su familia.

—No lo saben… Un año, dos, tres…

—¿Y con el tratamiento?

Él se encogió de hombros.

—Quizás dos años más.

Anna asintió.

—Entiendo…

—Pero estaría débil, no admitiría apenas comida e incluso no llegaría al baño para… —Se pasó la mano por los ojos, gruñendo—. Lo he vivido. Lo he padecido y, *farfalla*, no sería yo. No sería yo —repitió, negando con la cabeza con rapidez. Se notaba que era una experiencia que no deseaba repetir.

No dijo nada. No opinó ni añadió nada más. Solo se quedó callada y Carlo, al ver que no hablaba, se volvió hacia el sol del alba mientras un silencio opresor hacía acto de presencia en el dormitorio.

—Tu familia… —mencionó pasados unos minutos.

Carlo la miró.

—¿Qué pasa con ellos?

—Lo saben, ¿no? —se interesó, aunque no hacía falta que se lo confirmara.

Ahora encajaban todas las piezas: el comportamiento de sus hermanos, de sus padres… El comentario de Fiorella. E incluso las prisas de Carlo porque le dijera la verdad a María. Sus palabras sobre que no tenía tiempo…

Todos estaban informados de su estado y la noticia de María era como un baño de alegría en momentos tristes.

—Tuve que contárselo cuando regresé a casa.

Ella retuvo su mirada por unos segundos y se levantó de la cama, al mismo tiempo que recogía algunas de sus prendas.

—Necesito ir al servicio —le anunció.

—Anna…

—Un momento —le pidió, pero no lo miró. Se encerró en el cuarto de baño y, cuando se vio sola, comenzó a llorar de forma desconsolada.

Carlo la escuchó sin problemas y, aunque quiso tirar la puerta abajo, prefirió vestirse y salir de la casa como un vulgar delincuente.

«En parte lo soy…», pensó.

Había regresado a su casa y, lo primero que hacía, ¿qué era? Buscar a la mujer que seguía amando por pura avaricia. Porque era un egoísta y, en vez de pensar en Anna, había pensado solo en él. En que quería tenerla a su lado esos últimos años que le quedaban para que ese tiempo fuera menos duro.

Porque sabía que con el amor de Anna, de su *farfalla*, se veía capaz de superar todos sus miedos… Como el final de su vida.

Pero no había pensado en ella.

No había tenido ni un solo segundo para pensar en lo que supondría para Anna que él apareciera en su vida, trastocara de nuevo su día a día, para luego… ¿qué?

Dejarla sola.

Sola…

Capítulo 29

—*Farfalla*…

La voz de su *nonna* la despertó. Se había quedado dormida a los pies del ciprés, y tenía el cuerpo entumecido.

—*Nonna,* ¿qué haces aquí? —le preguntó, tratando de levantarse, pero apenas le quedaban fuerzas. Las había perdido todas con las lágrimas que derramó desde que se había encerrado en el servicio hasta que se había quedado dormida por el agotamiento.

Cuando por fin logró encontrar el valor para salir del cuarto de baño y afrontar lo que Carlo le había contado, este había desaparecido de su dormitorio.

Observó la estancia vacía, sin su presencia, y una imagen del futuro…, sin él, la golpeó con saña. Sus últimas defensas se desmoronaron y se derrumbó del todo.

No hallaba consuelo.

No encontraba una solución que la satisficiera…, que la llenara de esperanza. Toda la alegría que había sentido en esos días, desde que Carlo había regresado a su vida, se había esfumado de un plumazo, dejándola abatida.

Estaba hundida.

Observó la cama, las sábanas revueltas, donde habían hecho el amor… Donde sus manos se acariciaron, compartieron besos y promesas que, ahora, sabía que serían muy difícil de cumplir y sintió que el espacio la ahogaba. Las cuatro paredes que limitaban el espacio de la habitación se acercaban a ella, robándole el oxígeno que necesitaba para respirar.

Se ahogaba…

De prisa, y sin pensar, agarró una manta que había por el suelo y corrió escaleras abajo. Salió de la casa sin mirar atrás, con un destino fijo, donde creía que podría encontrar consuelo.

La figura de su ciprés se desdibujaba entre la bruma matutina y un escalofrío la atravesó cuando llegó a él.

Seguía llorando. Se asfixiaba… Se moría por dentro…

Todos sus fantasmas habían renacido y la golpeaban con dureza, mientras Anna se derrumbaba.

Su abuela, con cuidado de no tropezar con las raíces del árbol, se acercó a ella con una sonrisa.

—Eso me preguntaba yo también, *farfalla*… ¿Qué haces aquí? Carlo estaba preocupado —la informó, y ella agachó la mirada.

Su nombre provocó que un puñal se clavara en su corazón y sintió que le faltaba el aire.

—¿Está en casa?

Su abuela negó con la cabeza y se sentó a su lado.

—No, ha llamado por teléfono —la aclaró—. Quería que te buscara porque sabía que me necesitarías. —Anna apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos. Aspiró su aroma a lavanda y notó que, desde que se había enterado de la enfermedad de Carlo, desde que su mundo se había destruido, sentía algo de normalidad—. ¿Es así, pequeña? ¿Me necesitas?

—Ohh…, *nonna*… Es horrible… —le dijo con los ojos anegados en lágrimas. No quería llorar, pero su fuerza de voluntad se había esfumado.

—¿El qué, cariño? —se interesó, acariciándole la cabeza.

—Todo —musitó, y notó como temblaba—. No es justo que…

—Mi niña…, ¿qué ocurre? —Trató de que la mirara, pero no lo logró. Su llanto era persistente y su corazón lloraba con ella por ver su dolor.

Su niña… Su pequeña…

Anna tardó en responder. Respiró varias veces seguidas, buscando el aire o el valor que necesitaba para dar voz a lo que la atormentaba.

Una vez… Dos…

Cerró los ojos, respiró con profundidad y, cuando su mirada acuosa se encontró con la gris de su abuela, le dijo:

—Ahora que lo recupero, que vuelve y podríamos ser felices, el destino se ríe una vez más de mí. *Nonna*, es injusto. La vida es una broma a la que le gusta vernos sufrir. Nos quita esa felicidad que nos empuja a buscar con esperanza e ilusión, y, cuando la rozamos…, cuando sentimos que este puede ser nuestro momento, se escapa de nuestros dedos, dándonos una bofetada de realidad.

—Anna, cariño, ¿por qué dices eso? —Atrapó su barbilla para evitar que volviera a esconderse. La frialdad y el cinismo que había en su discurso la sorprendía, al mismo tiempo que la preocupaba.

No entendía lo que podía haberla llevado hasta ese estado cuando era tan feliz, cuando la había visto durante todos esos días más feliz que hacía años.

Los ojos de Anna se movían con rapidez de un lado a otro, como si buscaran una solución al problema que tenía. Nerviosa. En un estado de ansiedad que la embargaba y la humillaba. La hacía odiar todo lo que veía, todo lo que había amado…

Odiaba todo.

Fijó su mirada en la de Rosa y notó que la sensación de ahogo volvía a apresarla. No la abandonaba.

—*Nonna*…

La mujer asintió, animándola a hablar. Le acarició las mejillas, al mismo tiempo que le apartaba las lágrimas que seguían cayendo con libertad —demasiada libertad—, y esperó, paciente.

—*Nonna*, se muere. Carlo se muere. —La voz se le quebró, su llanto se le resquebrajó y acabó cobijándose en su hombro de nuevo.

Su abuela la abrazó con cariño, atrayéndola hacia su cuerpo, y, aunque tardó en comprender sus palabras, la realidad no podía ser tan malvada… Fría y perversa.

—Anna…, no lo entiendo. ¿Qué le pasa a Carlo? ¿Qué te ha dicho? —la interrogó, insistiendo cada poco, cuando sentía que su llanto menguaba, pero no lograba que se lo explicara.

Las horas pasaron con lentitud, demasiada lentitud…

Vieron cómo el sol ascendía, siguiendo su recorrido, y escucharon al fondo como los jornaleros comenzaban su trabajo. Las voces se sucedían, cantos y risas, junto al sonido de la propia naturaleza.

El mundo continuaba con su día a día, ajeno al sufrimiento de Anna.

Su llanto fue bajando de intensidad, pero las caricias de Rosa no cesaron. Abuela y nieta juntas, pacientes, ofreciéndose consuelo ante un problema que no tenía solución.

—Tienes que hablar con Carlo —le indicó la mujer cuando, pasado un tiempo prudencial, Anna logró explicar lo que este le había contado.

—No sé si podría —musitó a media voz con la vista fija en el paisaje violeta.

—Anna, lo quieres…

Se le escapó un nuevo sollozo y Rosa acarició su cabello.

—No puedo perderlo, *nonna*. Otra vez no.

—Sé que es duro…

—¿Duro? ¡Duro! —La miró con rastro de indignación en sus ojos y se levantó de golpe, lo que la llevó a tener que sujetarse en el tronco porque se tambaleó sin control.

Había pasado demasiadas horas en la misma posición y, si se sumaba su estado, su cuerpo no se encontraba en plenas condiciones.

—Anna, cuidado…

Esta elevó la mano, pidiéndole tiempo, y, cuando pensó que podía caminar, se alejó del ciprés y de su abuela.

—*Nonna*, es mucho más que eso —retomó la conversación en el punto en el que la habían dejado—. Carlo —señaló la casa, aunque sabía que no se encontraba allí— me ha dicho que… —su voz tembló—, que se muere y que no hay forma de curarlo.

Rosa asintió con la cabeza.

—Sé que es difícil de asimilar…

—¡Que se muere! —gritó, y, aunque se lo decía a su abuela, sabía que trataba de que, si se lo repetía, quizás lo asimilaba mejor, o todo se esfumaba porque solo era un mal sueño… Negó con la cabeza y sollozó de nuevo. Se estaba autoengañando ella sola—. ¿Cómo voy a vivir sin él? ¿Cómo? —preguntó bajando la voz, y se dejó caer sobre un viejo tocón, enfrente de Rosa.

Se quedaron en silencio. Observándose, midiéndose, pensando…

De pronto, la mujer mayor se levantó con cuidado de no caerse por las raíces que sobresalían, y se acercó a ella.

—Anna, no puedes estar así.

—No tengo fuerzas —confesó, y el suspiro que emitió subrayó sus palabras.

—*Farfalla*… —elevó la vista para mirarla y se encontró con un gesto serio—, tienes que dejar ya estas tonterías.

—¿Tonterías? —preguntó incrédula—. Pero, *nonna*, ¿no has escuchado lo que te he dicho? ¿Lo de Carlo? Se muere, y yo no sé qué haré…

—Tú vas a vivir —espetó con brusquedad, lo que todavía la sorprendió más.

—*Nonna*…

Esta chascó la lengua contra el paladar y negó con la cabeza.

—Piensa en tu hija. En María —mencionó—. ¿Qué pensará si ve a su madre así? —La señaló con la mano.

—María… —Las lágrimas volvieron a deslizarse por su cara, si en algún momento se habían detenido—. ¿Qué le voy a explicar?

—Nada —soltó Rosa.

—Pero, *nonna*, habrá que contárselo, ¿no? Es su padre.

—Tú lo has dicho: es su padre y, como tal, le concierne a él explicárselo, o a los dos, juntos —señaló—, pero si estáis juntos —comentó con retintín.

—Claro que estamos juntos —indicó ofendida, y se levantó del tocón de madera—. Hemos vuelto… Habíamos vuelto… —Una duda se reflejó en sus ojos.

Rosa se cruzó de brazos y suspiró, atrayendo la mirada de su nieta, que se había vuelto a desviar hacia el campo de lavanda.

—¿Me vas a decir que ahora que te ha dicho que se muere, lo vas a dejar?

Anna frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No…, pero no es tan fácil…

—Mira, nieta, a veces no sé si eres tan lista como aparentas o muy tonta —le soltó, y se volvió con intención de regresar a la casa.

—*Nonna*, ¿qué quieres decir? —Fue tras ella, adelantándola para obligarla a detenerse.

La mujer fijó sus grises ojos en los azules y le indicó:

—Siempre os habéis querido, Carlo y tú, y ese amor, a pesar de la distancia, se ha mantenido. Nunca he visto una pareja que se quiera tanto como vosotros. Ese amor os ayudó a dejaros marchar para que ambos cumplierais vuestros sueños, aunque os echarais en falta…

—Más bien le engañé yo a él para que los hiciera realidad —le recordó, agachando la mirada.

—De eso nada, *farfalla*. —Elevó con rapidez la cabeza—. ¿Tú crees de verdad que Carlo no notaba que no querías irte de Santoro? Lo vimos el resto, y él no iba a ser una excepción. Te conocía… Te conoce —se corrigió— mucho mejor que todos nosotros.

Anna tardó en asimilar ese hecho. Dudó unos segundos en contradecirla, pero el pasado la golpeó, recordándole cómo actuó Carlo durante todo ese tiempo.

Nunca le insistió demasiado para que fuera a su lado y, ahora, acordándose de la conversación que compartieron la otra noche, se percató de que él se sentía culpable por lo sucedido… Pero el peso de la culpa que arrastraba Anna, por lo de su hija, la había cegado.

Carlo siempre fue paciente, esperando a que ella hablara, que se explicara… Paciente para que le dijera la verdad.

En el fondo, los dos habían mirado antes por el otro. Se amaban tanto que no deseaban que la persona que querían desaprovechara la oportunidad de cumplir sus sueños, aunque por el camino se perdieran ellos mismos.

Soltó el aire que retenía cuando se percató de todo ello e incluso sintió como sus piernas se desestabilizaron.

Rosa la tuvo que agarrar del brazo para sostenerla.

—Anna…, ¿estás bien?

Ella asintió.

—Es cierto…

—Pues claro que es cierto —insistió la mujer, y reanudó la marcha—, por lo que ahora mismo vas a darte una ducha, te vas a cambiar de ropa y vas a ir en su busca.

—*Nonna*, no puedo —le indicó, al mismo tiempo que se paraba en mitad del camino.

Rosa suspiró y se volvió hacia ella con los brazos en jarras.

—¿Por qué?

—Porque no sé qué decirle o hacer. —Se encogió de hombros—. Ahora mismo, lo que Carlo necesita es a alguien fuerte a su lado y yo…

—Eres justo lo que necesita —afirmó, acortando la distancia que las separaba—. Te quiere y tú lo quieres a él, y ese amor es lo único que necesita para que estos años, o el tiempo que le quede, sean el mejor recuerdo que se lleve.

—Pero no sé si podré vivir cuando no esté. Si lo soportaré…

—Pues claro que podrás —señaló con seguridad, y sus ojos se encontraron de nuevo.

—No quiero acabar como *il papà* —declaró, haciendo referencia a los años en los que ambas sufrieron la tristeza de Lorenzo por culpa de la falta de su esposa.

Rosa cobijó su cara entre las manos arrugadas y acercó ambos rostros.

—El amor es complicado y, cuando nos lo arrancan sin previo aviso, puede provocar diferentes reacciones en las personas. Es una putada…, sí —Anna sonrió sin evitarlo al

escucharla decir una palabrota—, pero hay que ser fuertes para resistir ante los obstáculos que nos ofrece la vida. Tú encontraste el amor pronto. Lo perdiste… por amor, y lo has vuelto a recuperar por ese gran sentimiento que ambos os profesáis. Construye con él los mejores recuerdos que puedan acompañarte en tu vida, para que, cuando eches la vista atrás, no puedas echarte en cara que no aprovechaste el tiempo, que no estrujaste las horas, los minutos y los segundos… Ámalo sin fin, como si no hubiera una fecha fijada para su ausencia, pero sin olvidar que durante ese tiempo solo debéis atesorar recuerdos. Caricias y besos; palabras que os lleguen al corazón y promesas inolvidables que os hagan rememorar vuestro tiempo juntos. Siempre juntos.

Anna asintió con lentitud, asimilando cada una de sus palabras.

—Te quiero, *nonna*. —Le dio un beso y la mujer sonrió.

—Y yo, *farfalla*, pero ahora sal corriendo. No dejes que el tiempo se escape de entre los dedos.

Ella se carcajeó e hizo lo que le decía.

Capítulo 30

Deseo que me recuerdes.

—¿Qué haces aquí?

En cuanto pisó las baldosas rojas que había colocado su padre en el suelo de la entrada de la puerta principal, con la excusa de que había que transformar el diseño de la casa para que los turistas pensaran que eran modernos, se encontró con Carlo.

Llevaba la misma ropa que el día anterior y en su cara se mostraba el cansancio que acarreaba. Incluso, ahora que sabía lo de su enfermedad, podía observar rastros de un agotamiento más duradero, como unas ojeras que no eran muy pronunciadas, pero eran visibles, y de su piel, la que siempre estaba morena, ahora se percataba de que tenía un color menos brillante de lo que recordaba.

—Esperarte…

Anna avanzó hacia él, pero en el último momento dudó y se detuvo, y fue lo que Carlo vio.

Su duda.

Un bufido se escuchó en el vestíbulo y la mujer observó cómo le daba la espalda para internarse por la vivienda.

No tardó en seguirlo, reprendiéndose mentalmente por ser una cobarde.

—Quería hablar contigo.

Carlo negó con la cabeza, al mismo tiempo que se dejaba caer en una de las sillas que había en el salón.

—No hace falta. Sé lo que me vas a decir. —Apoyó la cabeza en su mano y la miró con ojos extenuados.

—Carlo, yo… —Caminó hacia él, pero, cuando este elevó la palma de la mano, se detuvo. Lo que fuera a decir también acabó enmudecido en su garganta.

—Anna, no hace falta que me des ninguna explicación —le indicó—. Lo comprendo.

—¿El qué entiendes? —Soltó la manta que llevaba desde que había salido del dormitorio, incluso desde que había mantenido la conversación con su *nonna*, y la dejó caer en el suelo sin preocupación. Iba vestida con su pijama blanco de pantalón corto y camiseta de tirantes.

—El compromiso en el que te he puesto —le aclaró—. No es justo para ti ni para tu familia. —Movió la mano en el aire, abarcando el espacio donde se encontraban.

—No digas eso —le pidió, y comenzó a acercarse a él con lentitud. No quería apresurarse para evitar que se lo prohibiera de nuevo.

Carlo negó con la cabeza, para dejarla caer sin fuerzas hacia delante mientras soltaba todo el aire que retenía en su interior.

—He sido un egoísta —afirmó más para sí mismo que para que ella lo escuchara. Pero Anna lo hizo—. Solo he pensado en mi propio bienestar, sin tener en cuenta en el embolado en el que te metía…, os metía.

Anna sonrió al escuchar su explicación. Hacía años que no oía la palabra embolado. Casi desde que eran unos niños, cuando se embarcaban en alguna travesura que los llevaba a problemas mayores.

—Tú no has hecho eso —lo corrigió, y Carlo se dio cuenta de que estaba enfrente de él.

Muy cerca… Demasiado cerca para su paz interior.

Si quería hacer lo que pretendía, no podía percibir su aroma, observar sus ojos azules, tan azules como el cielo de la Toscana… y mucho menos debía tocarla.

Instintivamente, se agarró las manos para evitar la tentación: no debía tocarla.

—Sí, Anna. Lo he hecho —afirmó, y desvió los ojos de ella. Tampoco podía mirarla—. Cuando me diagnosticaron mi enfermedad, y después de la multitud de tratamientos por los que pasé, la única idea que apareció en mi cabeza, que se me aferró como el ancla de un barco que evita que se vaya con la tormenta porque está bien amarrado, fue verte una vez más. Aunque fuera una única vez. —Suspiró—. Necesitaba verte, como el campo necesita el agua de lluvia.

—Carlo…

—Fui un egoísta —insistió.

Anna se arrodilló a su lado y atrapó sus manos.

—No quiero que te digas eso —lo reprendió—. Tuviste miedo y fue lo que te impulsó a regresar al hogar. Junto a las personas que más te quieren. Junto a los que te queremos.

Carlo la miró con intensidad.

—Miedo…

Ella asintió.

—Como ya le dije a tu hija… a nuestra hija —le guiñó un ojo—, hasta los adultos más seguros, y que creen que poseen el control de todas sus acciones, tienen miedo alguna vez. Yo lo tuve cuando debí contarte lo del embarazo y, posteriormente, cuando nació María, debí llamarte… —puso los ojos en blanco, tratando de quitar importancia a ese hecho, ya que era algo que habían hablado y zanjado con anterioridad—, y tú también lo has tenido, renacuajo. —Le atrapó la nariz con dos dedos, arrancándole una sonrisa.

—¿Renacuajo?

Anna asintió y le besó los nudillos de las manos.

—Creo que se está convirtiendo en mi palabra favorita. —Le guiñó un ojo de nuevo y continuó mientras posaba una de sus manos en la mejilla barbuda—: Regresaste a mi lado, donde sabías que estarías seguro.

—¿Como un caballero volviendo al lado de su amada tras una sangrienta batalla?

Ella ladeó la cabeza, achicó los ojos y lo miró divertida.

—Como una pareja de enamorados que saben que al lado del otro estarán a salvo. Seguros.

Carlo apoyó la frente en la de ella y suspiró.

—No quiero obligarte, *farfalla*.

—Y no lo haces. Nunca lo has hecho —remarcó ese hecho, abarcando lo que ocurrió diez años antes. Mucho antes.

Él observó sus ojos con detenimiento para dejarse caer sin fuerzas contra el respaldo de la silla.

—Será muy…

—¿Duro? —preguntó sonriendo, lo que llamó su atención.

—Sí, duro. —Frunció el ceño—. ¿Por qué sonríes?

Anna se incorporó y se sentó de lado sobre él.

—Porque es lo mismo que me ha dicho mi *nonna*.

—Ahh… Rosa… Esa mujer siempre ha sido muy sabia.

Ella se cobijó en su pecho y lo abrazó.

Carlo no tardó en imitarla. Era su refugio. Su lugar seguro.

—Veremos más médicos…

—Pero… —Anna lo miró y en sus ojos vio que no tenía opción a réplica—. Está bien —se rindió.

Le dio un beso en la mejilla con rapidez y se volvió a colocar como estaba.

—Realizaremos todas las pruebas que haya que hacer y, si es necesario que vuelvas a participar en otro estudio, lo harás.

Carlo echó la cabeza hacia atrás, agotado.

—Me dejan muy débil y me convierto en un despojo andante…

Le tomó la cara y lo obligó a mirarla.

—Pero estaré a tu lado y te cuidaré…

—No he vuelto para esto, *farfalla*. —Trató de levantarse, pero le fue imposible, por lo que se dejó caer sin fuerzas—. No quiero una enfermera, ni que nadie se preocupe por mí, ni…

Anna lo golpeó en el pecho y se alejó de él mientras repetía palabras inconexas.

Carlo fue a decirle algo, pero un gesto que hizo en un momento dado le quitó las ganas.

—No digas eso —le ordenó, mirándolo de nuevo—. No quiero escucharte decir eso, ¿me entiendes? —En sus ojos había enfado, furia y miedo. Pero también amor.

—Anna…

Chascó la lengua contra el paladar y negó con la cabeza con fuerza.

—No. —Elevó el dedo índice—. Nunca más. Prométemelo.

—*Farfalla*, no quiero que sufras por mí —le confesó al fin.

Anna arrugó el entrecejo y, tras respirar con profundidad, le soltó:

—Pues vas tarde, ¿sabes? Llevo toda la vida preocupándome por ti. Incluso cuando estabas lejos, en Dios sabe dónde, trabajando. —Ancló las manos en sus caderas y golpeó el suelo con el pie—. Cuando estábamos separados, también me preocupaba por ti, porque te amo. —Acercó la cara a la de él—. Te amo, imbécil, por si todavía no te has dado cuenta.

—*Farfalla*…

—No. Ya vale —espetó subiendo el tono de voz, al mismo tiempo que elevaba los brazos al techo para dejarlos caer a continuación—. Te he querido toda la vida, desde que tengo conciencia de lo que significa la palabra amor y, ahora, cuando más me necesitas, no voy a dejarte solo.

—Yo también te quiero —le indicó Carlo, al mismo tiempo que se levantaba de la silla y trataba de agarrar sus manos, pero esta rehuyó su contacto—, y, por eso, no quiero ver cada día cómo sufres, cómo te rompes por dentro…

—¿No entiendes que estar sin ti ya me rompe? —le preguntó, aunque no esperaba respuesta alguna.

Las lágrimas silenciosas se deslizaban por su cara con libertad y, cuando trató de limpiarse, Carlo lo hizo por ella.

La agarró de la cara con una dulzura extrema y besó cada rastro de agua salada que se le escapaba de los ojos.

—Será muy duro, *farfalla*. Difícil…

—Pero estaremos juntos. —Lo besó, sellando sus palabras—. Juntos. —Lo besó de nuevo—. Atesoraremos los mejores recuerdos para que no logre olvidarme de ti aunque quiera. —Sonrió mientras las lágrimas bañaban sus labios—. Construiremos muchos recuerdos para que estés siempre a mi lado.

Carlo fijó sus ojos en los azules y notó que él también lloraba.

—No sé durante cuánto tiempo…

Anna siseó, acallando el miedo que ambos tenían; el miedo que apresaba su corazón y apretaba tan fuerte, buscando que la felicidad que querían alcanzar, la que habían alcanzado en esos días, se evaporara: ¿cuánto estarían juntos?

—El que sea —remarcó—. Da igual porque viviremos cada día, cada hora, minuto y segundo sin pensar en el mañana.

—Pero habrá un día en el que no estaré… —insistió Carlo, porque era una verdad que no podían olvidar.

Anna cerró los ojos con fuerza unos segundos y, cuando los abrió, solo vio el verde de los bosques, de la naturaleza en la que habían crecido y un amor infinito. Solo vio las pupilas del hombre que más amaba en el mundo y que nunca había abandonado su corazón.

—No es importante. —Negó y lo besó—. Ese día ahora mismo no es importante.

—Entonces, ¿dime qué lo es? —No pudo evitar sonreír.

Anna lo abrazó por la cintura y miró el techo un segundo, como si la solución a la pregunta estuviera allí.

—Tú, nuestra hija y todas las personas que nos quieren y se preocupan por nosotros. Todos juntos construiremos una vida de recuerdos para que ni María ni yo te olvidemos. —Lo besó—. ¿Es suficiente para ti?

Carlo amplió la sonrisa y asintió. Se acercó a su boca y, a escasos centímetros de ella, le indicó:

—Yo solo deseo que me recuerdes.

Anna agrandó la sonrisa.

—Lo haré. Lo haremos —repitió, haciendo referencia al resto—. Será difícil no hacerlo.

Y sellaron sus palabras con un beso donde las promesas, el amor y los miedos se unieron buscando una vida que hiciera feliz a todos.

Epílogo

—Aquí estás —le dijo Franny en cuanto llegó a su lado.

Anna la miró con cariño desde su banco. Porque era *su* banco, como le había dicho Carlo cuando lo hizo traer de la ciudad y lo colocó en su lugar favorito: debajo del ciprés. Estaba elaborado con madera oscura, con el respaldo liso y el borde del mismo curvo y, en el centro de esa superficie, una placa dorada destacaba.

—No llevo mucho —se excusó Anna, haciéndole un hueco.

Franny le agarró una mano y dejó caer la vista sobre los campos de lavanda.

—Van a destrozar las plantas —comentó, moviendo la cabeza hacia los niños que correteaban de lado a lado.

Ella solo sonrió.

—Déjalos. Es un día especial y no hacen daño a nadie.

—Tu padre seguro que se quejará luego.

Anna sonrió y negó con la cabeza.

—En cuanto lo abracen y lo besen, se olvidará de su enfado —indicó, y la miró divertida—. Se vuelve una marioneta entre sus brazos, en todo lo referente a sus nietos.

—Quién lo iba a decir —comentó Franny, y se rio.

—Carlo —mencionó a su marido—. Carlo siempre lo adivinó.

Su amiga apretó con fuerza su mano.

—También se lo puso fácil cuando vio cómo miraba su abuelo a su nieto recién nacido…

Anna no pudo evitar carcajearse ante la imagen que se le apareció en la cabeza.

—María y Raffaele saben cómo manejar a su abuelo.

—Ni que lo digas —afirmó Franny—. Seis años ya… y lo grande que está —comentó, mirando al pequeño de los Rossi Santoro que correteaba entre la lavanda.

Su madre sonrió con amor al ver a su hijo.

—Seis años ya… —musitó para sí misma, y volvió a sentir como la mano de su amiga le transmitía su fuerza—. Si lo viera ahora…

Franny se volvió con rapidez hacia ella y le agarró la cara con cariño.

—Lo vio. Lo disfrutó —remarcó—. Fueron cinco años fabulosos donde pudo conocer a su María, verla crecer y disfrutar del pequeño que engendrasteis. —Le apartó una lágrima que se escapó de sus ojos—. Vivió pleno de amor a tu lado. Juntos.

Anna retuvo el sollozo que se creaba en su garganta y aspiró con profundidad, mientras trataba de volver a la normalidad.

—Lo amé tanto…

—Y él a ti, cariño. Demasiado. —Le dio un beso en la mejilla y le palmeó la pierna con cariño mientras regresaba a su posición original—. Los dos os amasteis con locura, y construisteis una vida juntos para el recuerdo.

Anna asintió con la cabeza, al mismo tiempo que sentía las lágrimas inundar sus ojos, pero se obligó a no llorar. Se lo había prometido aquella noche cuando se fue…, pero Carlo también sabía que era una promesa muy difícil de cumplir, y le permitió que fuera en contadas ocasiones.

Pasó los dedos por la placa dorada del respaldo del banco, acariciando las letras grabadas que había en ella, y observó a sus hijos.

—Nico y María no paraban de cuchichear durante la comida y se echan miraditas cada dos por tres —comentó Franny, tratando de recuperar algo de cotidianidad—. ¿Tú crees que estarán liados?

Anna miró a la pareja, que estaba medio escondida entre los arbustos de lavanda, y negó con la cabeza.

—No creo. Son muy jóvenes…

—Tú y Carlo no erais tan mayores cuando empezasteis como novios —le recordó.

Pensó en sus palabras y de pronto sonrió.

—No estaría mal, ¿no? —Miró a su amiga—. Tú y yo como familia formal.

Franny se rio y se levantó del banco. Le ofreció una mano, que no dudó en agarrar, y comenzaron a caminar entre los cultivos de la hacienda Santoro hacia sus hijos.

—¡Giovanni junior! —llamó la atención a su hijo, que era apenas un año mayor que Rafaelle —. Te vas a manchar la ropa si sigues así.

—*Mamma*, ya no hay solución. —Les mostró las rodillas de sus pantalones, que estaban negras.

Las dos mujeres se miraron y, aunque no se rieron, en sus ojos se ocultaba la diversión que no querían que los pequeños notaran.

—¿Qué hago con él? —preguntó a nadie en particular, y fue hacia su hijo—. Vamos a ver si podemos arreglarlo, porque como te vea tu padre, a la que regañará es a mí.

—¿Por qué a ti, *mamma*? —preguntó el pequeño.

—Por dejarte corretear por aquí —le indicó, y le agarró de la mano—. Raffaele, ¿te vienes conmigo? Hay helado.

El pequeño miró con rapidez a su madre y Anna, antes de asentir con la cabeza, observó una vez más que era la viva imagen de su padre, pero con sus ojos azules.

—Sin problemas. Vete —le indicó, y el pequeño, antes de salir corriendo tras su mejor amigo, le dio un beso en la mejilla.

—María, Nico… —Franny llamó a la pareja, que ahora sí que habían desaparecido de la vista de las dos mujeres—, vamos a comer helado.

—No quiero, *mamma* —dijo Nico, apareciendo de la nada, aunque se dirigió hacia la casa. Llevaba de la mano a María, a la que soltó con rapidez para que nadie lo viera.

Anna sí se percató de ello y sonrió complacida.

—Dile a tu madre que me deje algo de chocolate —le indicó al chico cuando pasó por su lado, y detuvo a su hija un segundo—. Me hacéis feliz.

María la miró sin comprender sus palabras.

—¿Qué quieres decir, *mamma*?

Esta movió la cabeza hacia Nico, que se había detenido unos pocos pasos por delante, a la espera de su amiga.

—¡*Mamma*! No digas tonterías…

Anna se rio y la besó con cariño la mejilla.

—Sí, tonterías. —Le palmeó el trasero y la animó a que fuera al encuentro del hijo de Franny, quedándose sola.

Estaba en mitad del campo de lavanda y su vestido blanco resaltaba entre tantas tonalidades de violeta. Llevaba el cabello castaño suelto y una pamela de paja que la protegía de los rayos del sol.

Observó lo que había construido junto a su familia y se sintió orgullosa de su logro. Era su

pasión, su mundo y, por un escaso tiempo, también lo fue de la persona de la que se enamoró.

De Carlo.

A su lado construyó su vida, atesoró sus recuerdos y fue feliz…

Fueron felices.

Se volvió hacia el viejo ciprés y la silueta del banco que Carlo la regaló se materializó ante sus ojos. Desde donde se encontraba no leía lo que la placa rezaba, pero no hacía falta. Se lo sabía de memoria.

Deseo que me recuerdes.

Era lo que había pedido… Aquel día, cuando hablaron y dejaron atrás sus diferencias, sus temores. Cuando miraron a la cara a sus miedos y dieron el paso que les regaló los mejores años de su vida.

Su vida…

Una en la que estar juntos.

Breve pero intensa.

Llena de dicha y felicidad.

Completa de amor.

Anna alzó las manos al cielo y gritó:

—Te recuerdo…

FIN

Agradecimientos

El tiempo ha sido una gran dificultad para terminar esta novela. Tiempo que ha ido pasando y que ha influido para que los temores y los miedos hicieran acto de presencia. Ya fuera por la historia, tan difícil y alejada de lo que estaba acostumbrada, o porque yo misma necesitaba descansar. A veces no somos conscientes de lo que nuestros cuerpos soportan hasta que dicen basta y nos convertimos en nuestros propios enemigos.

Pero, en fin, como siempre digo, es la propia vida las que nos coloca esos obstáculos que tenemos que sortear para proseguir…, aunque a veces no se vea la luz al final del túnel.

Esta historia es un cúmulo de vivencias, de experiencias de esa vida que experimentamos y de los golpes que nos da la realidad, pero, al mismo tiempo, es un canto a la esperanza porque, aunque lo veamos gris —o negro—, siempre debemos buscar o estrujar lo que nos haga feliz. Lo que nos haga reír… y los recuerdos son parte de nuestra vida.

Es cierto que todo suena muy rosa, pero si nosotros no buscamos nuestra propia felicidad, si no construimos nuestros recuerdos y hacemos de esta vida algo bueno, ¿qué nos quedaría?

Bueno, que me pongo filosófica y no es ni momento ni lugar. Es hora de agradecer.

Agradecer a mi familia que siempre está a mi lado y que en esta ocasión han notado más mis ausencias, perdiendo tiempo para estar juntos.

Agradecer la infinita paciencia de Juan y Gaby, que son los que la sufren más directamente y los que se alegran cada vez que termino una novela. Sobre todo, esta, que según Gaby, «he estado un pelín insoportable mientras la escribía».

Gracias a la gente que me apoya y está al otro lado del WhatsApp o del teléfono, o más que dispuesta para tomar un café y charlar con tranquilidad. Gracias a Mar, Moru, Laura, Sara, Mary, Diana y Sonia, entre otras muchas personas.

Gracias a Ediciones Kiwi por, también, su infinita paciencia. Con esta novela sí que los he hecho sufrir, pero, aun así, siempre han creído en mí y no sabéis lo importante que es para un escritor esto. Sentir su apoyo me ha hecho creer más en mí misma.

Gracias a los *instagrammers*, blogueros, *booktubers*, etc. Vuestro apoyo, vuestra insistencia por querer leer una de mis novelas, me anima siempre a continuar con esta locura.

Y gracias a ti, lector, personalmente, por estar al otro lado, por darme una nueva oportunidad, por creer en mis historias.

Se os quiere.

Enlaces de interés:
Web: https://www.merchediolch.com/
Instagram: @merchediolch
Twitter: @MercheDiolch
Facebook: Merche Diolch